



LO QUE HA UNIDO EL ARROZ



QUE NO LO SEPARE
LA

P-OLLA



LO QUE HA UNIDO
EL ARROZ
QUE NO LO SEPARE
LA
P-OLLA



Título —Lo que ha unido el arroz que no lo separe la p-olla

© 26-01-2020 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Imágenes interiores: Freepik.com

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

Agradecimientos

Este libro va dedicado a mi marido, mis hijas, y todas esas lectoras que siempre están ahí. Gracias por el apoyo y el cariño que recibo de vuestra parte, sin vosotras esto no sería posible.

Nombraré a unas cuantas personitas maravillosas, pero sé que hay muchísimas más. Un beso enorme.

Gracias Mariangeles Caballero Medina, Paula Incera Gavira, María Teresa De Jesús Piñón Esquivel, Jenny Hugo, Olga LB, María Jesús Palma Villalobos, Mónica Sánchez, Gael Obrayan, Ana María Padilla Rodríguez, Carmen L. Scott, María Camús, Marisol Zaragoza, Izaskun Maguregui, Rosario Esther Torcuato Benavente, Lupita Hernández, Toñi Jiménez Ruiz, Laura Guerrero, Sonia Rodríguez, Rosa Cortes, Ana Moraño Diéguez, Carolina Hernández, Luz Marina Miguel Martín, Jessy Glez, Oli Ro, Itziar Martínez López, Mann Hernández, Ana María Manzanera y Sonia Martínez Gimeno.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Índice](#)

[Preludio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Muchas gracias](#)

Preludio

Cuando tu mejor amiga acaba de dar el espantoso “sí, quiero” a un hombre de largas patillas y boca de sapo lo único que puedes hacer es darle una fiesta que no podrá olvidar nunca. ¿Nuestra meta? Ser muy malas. ¿Odiábamos al novio? Un poco. Es posible que no tenga una boca tan horrenda y no sea precisamente feo, pero el cabrón se llevaba a nuestra Kat a otra ciudad, ¡nos obligaba a madurar a la fuerza cincuenta años antes de lo que teníamos pensado!

Vale, ya se me ha ido la olla... ¿Se me permite empezar de nuevo? Poniendo las ideas en orden... Poniendo las ideas en orden... ¡Bien!

El gilipollas de Evan se había convertido en el hombre con más suerte de este universo, se acababa de llevar a un pibón moreno de ojos verdes, una gatita traviesa con la que es imposible que nadie se aburra. Solo nos separaban unos metros, (privilegio de ser una de las tres damas de honor), pero a pesar de estar cerca no conseguí ni que le explotase la cabeza, ni que se rompiera una pierna. ¡Solo buscaba un poco más de tiempo! No creáis que soy una ingenua, con el paso de los minutos pedí cosas más sencillas... una diarrea, indigestión, combustión espontánea... ¡Para estar en la casa de Dios pasó de mí y ni un puñetero estornudo!

Ahora ya está todo perdido, tras ese nefasto “sí, quiero” sus vidas estaban unidas y tendríamos que soportarlo, no obstante, el pobre aún no sabía lo que se le venía encima porque, si creía que se la llevaba solo a ella, lo tenía claro.

Desde mi posición ya podía ver la sonrisa de Arianna y como Elani se frotaba las manos. ¿Yo? ¡No me llamo Kaia por nada! Bueno es posible que mi madre no tuviera esto en mente, ¡pero va a desear no habernos quitado a Kat!

Capítulo 1



Kaia

“No me mires las tetas, aunque sé que lo estás deseando...”

Todos esperan besos, abrazos, carantoñas... y eso hacían nuestros novios mientras los regaban a base de arroz. Mini misiles blancos, puntiagudos, con la capacidad de colarse por espacios tan diminutos que ni Superman podría atravesar ciertas barreras. Y allí estaban ellos, parecían pulpos, sus lenguas iban de una boca a otra y yo me negaba a mirar semejante espectáculo. Tuve la impresión de no conocer a aquella mujer de sonrisa perenne y manos escurridizas, ¿quería follárselo delante de todos?, pensé con una mueca divertida.

Las damas de honor siempre cerca, llevando todo lo que la novia podría necesitar y haciendo malabares. Que sí, era su día, pero nadie podría culparme por tropezar...

Y de pronto yo estaba entre ambos, ¡casi me llevo una lamida de regalo! Los arroces impactando, cerré los ojos en un acto de autoprotección y las manos de él rozaron mis caderas. Yo golpeé, el gimió y dio dos saltitos, Kat empezó a reírse y me retuvo por el codo para evitar que mi acto de intervención acabase como algo vergonzoso. ¡Suerte tuvo Evan de que mis tacones fueran bajos!

Inspiré con fuerza varias veces, bufé para alejar lejos aquellos granitos y moví la cabeza al estilo perrito. Sonreí al terminar mi actuación levantándome la falda del vestido, más de lo debido, y mostrando unas piernas que lo suyo me habían costado en el gimnasio.

—Creo que no les caes bien —solté mientras, en forma de abundante caspa, seguía descubriendo pequeños invitados en mi perfecto peinado—. Han ido a matar.

—Jajaja. No te pongas de morros que acabas de dejar tuerto a mi chico —respondió ella sin dejar de reírse. A su favor diré que no hizo amago de correr en auxilio del cabrón, no se separó de mi lado. Tuve ganas de girarme a echarle la lengua al intruso, sin embargo, me mantuve cuerda el tiempo suficiente para no caer en la tentación—. Nada de ataques contra su hombría, tengo intención de usarla esta noche.

—No sé a qué te refieres. —Mentir nunca fue lo mío, preferí girarme y volver junto a mis compinches dejando a la novia muy bien atendida.

Arianna, Ari para las amigas, y Eli me rodearon en modo camaleón. Me perdí entre sus voluminosos vestidos y decidí que era mejor quedarme atrás. Ya saboreaba la fiesta, lo que durante semanas nos había tenido tan ocupadas. No éramos precisamente genios del mal, aunque no lo habíamos hecho tan mal.

—Contrólate, es su momento. —La dulce de Eli siempre al auxilio de las causas perdidas.

—¡Empezó él! —respondí de morros.

—Eso es cierto...—recapacitó ella.

—Míralo, casi parece reírse de nosotras. —Si me hubiera visto desde fuera habría visto a un pibón de ojos azules de morros, pequeña, enana, ¡pero de tetas inmensas!

—Ella está feliz...

—Eli, si lo estás deseando, no seas frígida y di que sí. —Los ojos verdes de Eli brillaron ansiosos, yo rodeé su cintura y giré con ella divertida. Ari se cruzó de brazos esperando.

Bailamos en medio de una iglesia, riendo sin control, dejando que lo correcto dejase de importar, la locura nos hacía felices y no nos importaba lo que los estirados, del resto de los

invitados, pensasen.

—¿Recordáis cuando se conocieron? —inquirió Ari con ironía —Ella nos debe mucho. —Eli y yo asentimos enérgicamente deteniendo nuestra función.

—No podrá enfadarse —susurré, mirando de reojo la figurita de Jesús—. Y nadie saldrá herido.

Y recordé sin cerrar los ojos, mientras nos subíamos al coche, tratando “con elegancia” de acomodar aquellos inmensos tutús que formaban nuestra falda en un compartimento estrecho del diminuto mini.

2 años antes

La música estridente, nuestros conjuntos sugerentes y cero intenciones de ligar. Ari acababa de terminar la carrera y los chupitos empezaron a descender por nuestras gargantas con rapidez, pero siempre con cabeza. El trato era detenernos cuando la lengua se trabase, los pies tropezasen y empezásemos a ver a aquellos hombres atractivos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Viajar? Te mereces un descanso después de tantos años hincando los codos, aunque ¿seguro que no has tenido nada con el profesor de ojos verdes y cuerpo de infarto? —Eli siempre tuvo predilección por los hombres autoritarios, le toqué el brazo deteniendo aquel interrogatorio.

—Mira —solté señalando a Kat, y es que Kat parecía concentrada en algo, más bien en alguien. Escaneaba la esquina como una auténtica loba en busca de alimento, pobre del que se encontrase al otro lado. Me acerqué y le tapé tan hermosa vista—. ¿Algún ratoncito perdido necesita ayuda?

—El moreno de ojos negros tiene algo... —Y se mordió el labio, ¡iba buena! Seguí su mirada y fruncí el ceño.

—¿El del traje y la camisa morada? ¿Estás loca? Tiene pinta de aburrido, me lo imagino leyéndote el diccionario para conseguir ponerte cachonda.

—Parece dulce...

—Y tú te has pasado, a camita y a dormir la mona —sugerí señalando la puerta, aunque no tenía ganas de largarme todavía.

—Kaia... Míralo...

—¡Que no! Conoces la regla... O físicamente es un Dios capaz de hacer que se nos caigan las bragas o, —Hice una ligera pausa, estirándola hasta que un pellizco suyo en mi brazo me hizo pegar un respingo—. mínimo 24.

—¡Me está mirando! ¿De verdad no te parece dulce? —¿Seguro que no se había dado un golpe en la cabeza?

—¡Tierra llamando a Kat! ¿Dulce? ¡Mínimo 24!

—¡Está bien! —Se recolocó las tetas con demasiada fuerza, por la cabeza se me pasó que no se hubiera arrancado una, alejó un mechón de su cara y me apartó con suavidad.

—¿Vas a la guerra?

—Al baño, ¿no lo ves? Soy humana. —Y me guiñó un ojo. Al pasar al lado de Evan lo cogió por la corbata y tiró de él como un perro. Contra todo pronóstico, su ahora marido, la siguió mansamente con una sonrisa, casi podía verlo mover la colita contento.

Al final tuvo suerte, ¡veinticuatro! ¿Quién lo diría al mirarlo?

Capítulo 2



Arianna

“Sin tetas hay paraíso.”

Es jodido sonreír y ser testigo de aquella parejita perfecta una semana después de encontrar a tu novio en la cama con otra. ¡Era yo la que iba a darle la jodida sorpresa a aquel cabrón! ¿Por qué lo digo? Porque era yo la que más ganas de guerra tenía. Ya sonreía pensando en lo que habíamos preparado.

Me apoyé sobre el lavabo y cerré los ojos con fuerza alejando aquel dolor lacerante, negándome a permitir que un hombre con la polla pequeña y un gran ego me jodiera más la vida. Se había centrado tanto en cuidar y desarrollar su cuerpo que se olvidó del cerebro. ¡¿Qué coño le había visto?! Tomé aire y pensé en venganza, me re Coloqué el vestido y comprobé los enganches.

—¿Estás lista? —preguntó Kaia con su sonrisa perfecta. Como siempre miré lo bien que le quedaba el escote, preguntándome internamente si mis tetas se desarrollarían algún día y dejaría de parecer una niña de instituto.

—Por supuesto.

—Ari, ¿seguro que estás bien? —Eli, en su eterna bondad, no se apartaba de mi lado creyendo que en algún momento me rompería y que debía estar ahí para recuperar los pedazos antes de que montase el dramón del siglo.

—¿Vamos? —Y tomándolas del brazo descendimos aquellas escaleras rumbo al salón principal, donde estaban sirviendo el aperitivo. Los novios acababan de llegar y sus rostros mostraban agotamiento, tras tener que saludar a más de cien invitados para que nadie se sintiese insultado.

Una señal y la música comenzó a sonar. Los ojos de Kat nos buscaron, presintiendo que algo ocurría, posiblemente deseándolo, aunque no quisiera reconocerlo. ¿Qué tendría de especial su boda si nosotras no le diéramos algo de vidilla al asunto?

Nos detuvimos. Cada una envuelta en un vestido vaporoso, cada una de un color. Yo rojo, describía mi furia a la perfección, Kaia verde, lleno de vida, y Eli celeste, como la brisa de una mañana de verano. Miramos a nuestro público e hicimos una teatral inclinación ante ellos.

—¡Hola! —Levanté la mano de manera exagerada en una representación perfecta—. ¡¿Creíais que dejaríamos que el lobo se comiera a nuestra caperucita sin que presentásemos batalla?! —pregunté inclinándome ligeramente y apoyando las manos sobre las rodillas.

—¡Cierto! ¡Kat, debes tratar bien a ese calzonazo o tendremos que castigarte! —Era extraño ver a Kaia, con su apenas metro sesenta y cinco, sacar un látigo y golpear el suelo con él.

—¡Chicas! —Eli, con un tono gruñón descendió un par de escalones más y miró a los novios—. ¡Antes de que la novia ate a Evan a la cama y lo obligue a comer lo que hoy no tendrá oportunidad! —La risa se extendió por la sala—. ¡Vamos a disfrutar por ella! ¡Ahora tiene que repetir siempre con el mismo! ¡Menudo aburrimento!

Y la música mutó a una más cañera, pero aderezada con notas graves que invitaban a la decadencia y a perderse. Era la típica que pones antes de tirarte a tu novio adolescente, no recordaba su título, pero Kat seguro que sí.

—¡Kat! —grité con picardía —¡La primera vez nunca se olvida! —Ella frunció el ceño—. ¡Que te casas, por supuesto!

Y bailamos, me sabía cada paso de memoria. Cerré los ojos y, durante unos segundos, me olvidé de todo. De dónde estaba, de lo que haría a partir de aquel momento. Mi futuro, aquel que había llegado a planear, se había desvanecido dejándome perdida y me negaba a reconocerlo. Yo era fuerte, siempre lo había sido, no iba a dejarme convencer de nuevo por ningún musculito de rostro bonito que tuviera a bien decirme todas esas cosas que siempre deseé oír porque, ¿para qué negarlo? En el fondo yo también tenía mi corazoncito.

Cuando volví en mí las tres tirábamos del vestido para dejar paso a un corsé y un pantalón más parecido a un culote, lanzamos lejos aquel trozo de tela con el pie derecho y acercándonos, descendimos sensualmente para ascender echando el culo hacia atrás.

Con lentitud desabrochamos los botones de aquel corsé, que hasta hace nada estaba debajo del vestido, al mirar a los hombres les faltaba el aliento, no se creían que tuvieran tanta suerte, aunque sus mujeres o novias parecían más que dispuestas a darles sendas collejas que los hicieran regresar de sus mundos de fantasías.

El corsé se había abierto, nosotras nos giramos sin permitir que se viera nada. Lo lanzamos lejos y tiramos del pantaloncito hacia abajo para dejar al descubierto otro igual, pero mucho más ajustado. Habría jurado que escuché como todos allí tomaron aire, ¿se habían olvidado de respirar? Me sentí sexy, poderosa, y comprendí que era eso precisamente lo que necesitaba. No quería sentirme utilizada, ni recordar que se habían reído de mí, jugar con otro, moverlo a mi antojo era lo justo.

Un camarero se acercó y dejó una figurita con dos novios a unos metros. A cada una nos dio algo más, las tres nos giramos de golpe, mostrando un sujetador hermoso y dejando con un empalme de narices y una decepción de cojones a los asistentes.

Caminamos como auténticas diosas y nos colocamos ante aquellas figuritas. Queríamos algo teatral, quizás la parte más peliaguda y era la que nunca habíamos practicado...

Yo tenía que echar el acelerante, quizás estaba demasiado emocionada y me pasé... Cuando Kaia echó la cerilla una gran llamarada ascendió y su flequillo se evaporó. Olía a cerdo quemado y ella dio un salto que casi lanza disparadas sus inmensas peras.

—¡Apagadlo! ¡Apagadlo! —gritó Kaia. Miró a Eli, como si ella con aquel vasito de agua pudiera hacer algo. Los invitados cogieron los móviles, alguien habló de ¡los bomberos! ¿La policía? Perdimos el control y acabamos viendo llegar a todas las fuerzas del orden mientras nos vestíamos a toda prisa, sus sonrisas al llegar no tenían precio.

Capítulo 3



Elani

“Soy dulce, pero puedo romperte los dientes...”

Aunque pueda parecer que no, nos alegrábamos mucho por Kat, aunque también teníamos envidia, de la sana, pero envidia al fin y al cabo. Ella había conseguido lo que todas deseábamos, alguien que compartiera lo bueno y lo malo, algo tan sencillo que pocas veces se llegaba a alcanzar.

Cierto, yo siempre he sido la romántica del grupo. La tonta, la que ve buenas intenciones donde no las hay y a la que protegen el resto sin pensar. Estaba cansada de la visión que tenían de mí y había decidido cambiarla, dejar salir a la valquiria que llevaba dentro.

Lo que no creí es que, con aquel striptease, que tanto me había costado hacer, se liaría tan grande ni que acabaría viendo a un regimiento de tíos entrar, devastándolo todo a su paso. Eran como rinocerontes, inmensos, preparados para un incendio de proporciones épicas que nos miraron como a chaladas mientras, con un pequeño extintor, apagaban “nuestro proyecto”.

—Deberían dejar de jugar con fuego, no tienen edad para estas tonterías. —Me giré furibunda, para dar de morros con un armario de ojos azules y pelo castaño.

—¿Y tú eres? —Mi voz destilaba veneno.

—Lander, para servirlos. —E hizo amago de quitarse el sombrero.

—Vamos, un patán con más músculo que cerebro. ¿Qué edad dice que tengo? ¿Quién le ha dado permiso para determinar lo que puedo o no hacer? —Nunca había hablado de aquella manera, era yo la que tendía a tratar de suavizar las cosas, con él me ocurría justamente lo contrario. Y, cuanto más deseaba golpearlo, más sonreía él.

—¿Flampear a su amiga? —inquirió guasón, señalando a Kaia, que seguía demandando un espejo a todo aquel con el que se cruzaba.

—Solo es un flequillo —susurré bajando el rostro.

—Deja de comportarte como una niña y agradece que estuviéramos cerca.

—¡No soy una niña! —Mi grito atrajo varias miradas, yo sentí aquel calor vergonzoso avanzando por mi piel hasta asentarse definitivamente en mis mejillas y orejas. ¡Tierra trágame! No tuve tanta suerte. Lo miré y fingí, como mejor pude, que no estaba completamente avergonzada deseando correr lejos—. Una pena que te hubieras perdido el espectáculo —solté. ¿Por qué? Cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo con detenimiento y descaro apreté las manos con fuerza negándome a huir. Soporté las caricias de sus ojos y traté de mitigar el calor que provocaban.

—Una auténtica pena.

—No te hagas ilusiones —refunfuñé.

—No sabrías cómo jugar con mi manguera, te falta carácter. —Y cuando uno de sus compañeros se acercó y golpeó su hombro me dejó con la respuesta en la boca, (aunque no digo que la tuviera lista ni que fuera coherente) y se largó a hablar con ellos. Miré a Kaia y Ari, ambas parecían ocupadas y yo me escabullí escaleras arriba.

Traté de escapar, de esconderme durante un rato para evitar encontrármelo. Pronto se iría, ¿por qué no lo había hecho ya? Fue en ese momento cuando mi cerebro, en un acto de traición atroz, se afanó en recordarme sus músculos, su sonrisa juguetona y aquellas manos fuertes, en las que sin querer me había fijado. Yo siempre deseé alguien parecido, alguien capaz de hacer que

cortocircuitasen mis neuronas, pero Lander no lo era.

Sonreí al recordar su nombre, ¡iba a enterarse! Puede que me interesase un poco, aunque ya no se trataba de eso. No era la primera vez, ni probablemente sería la última en la que al compararme con mis amigas me veían como una niña, alguien dulce, perfecta para ser la amiga y consejera, no como mujer. ¡Yo también tenía dos tetas, un culo y un...! Me aferré al pasamanos desde la cima de las escaleras.

Abajo las voces se alzaban unas sobre otras, la situación ya era más distendida y habían vuelto a poner la música. Quería hacer algo, pero ¿qué? Kat siempre dijo que a nuestros miedos hay que cogerlos por los cojones y apretar, no dejarles salida para conseguir lo que de verdad deseamos. ¡Qué valiente era la jodida!

Descendí aquellos dichosos escalones que, teniendo en cuenta el temblor de mis manos, se habían convertido en pequeños precipicios insalvables. Llegué al fondo y lo vi en la esquina. Estaba apoyado sobre la barra, se pedía una cerveza y revisaba la zona mientras un par de hombres seguían interrogando a mis amigas con bastante interés, pero no me detuve a pensar en eso. No, en aquel momento era Elani, una Elani cansada de escuchar que era tierna, de que le dijeran lo encantadora que era. Necesitaba que me comieran, que me devorasen, y afilar mis uñas en la espalda de un hombre de manos fuertes.

Me quedé absorta mirándolo, me detuve a su lado, con las palabras atragantadas en mis cuerdas vocales, sintiendo el silencio entre ambos como una pesada losa que volvía a dejarme en ridículo ante él, por algún motivo eso era todavía peor. Él se giró, sus ojos azules brillaron divertidos y volvió a llevarse el vaso a la boca.

—¿Quieres beber algo? —preguntó girándose hacia mí —No creí que fueras a volver, fue bonito verte huir.

—No hui. —Cada palabra era dolorosa, rasgaba mi garganta ante mi imposibilidad de hablar. Quería decirlo, lo tenía pensado, lo había repetido durante cada maldito escalón hasta llegar a su lado. ¿Por qué ahora me veía incapaz de pronunciar palabra alguna?

—Me dejaste una buena visual de tu culo.

—¿Siempre eres tan maleducado? —inquirí ganando tiempo.

—Sincero, diría yo. Las mujeres como tú y tus amigas están demasiado acostumbradas a que les laman los zapatos. —Me lo imaginé en tal situación y me relajé lo justo para suspirar.

—¿Tienes miedo? —Me atreví a dar un paso, mi mano se posó sobre su pecho. No llevaba la chaqueta y aquel pantalón tenía unos graciosos tirantes, aunque lo único que sentí fue su piel cálida bajo mis manos.

—¿Un nuevo juego? Creo que te gusta demasiado jugar con fuego. —Él aproximó su rostro, pude oler la cerveza en su aliento—. Aunque yo podría apagarlo. —Yo jamás, jamás, jamás habría hecho eso, de verdad. Yo nunca... Aproximé mi boca y rocé sus labios, esperaba que él terminase el acercamiento, no lo hizo. El gesto se quedó ahí, en una caricia, más parecida al leve aleteo de una mariposa, con el regusto amargo al no sentirme correspondida. Esperaba otra cosa, ¿por qué habría de negarlo?

Me alejé y re Coloqué el pelo sin saber qué hacer, conteniendo el impulso de gritar, conteniendo mi labio para que no se pusiera a temblar. Me mantuve firme, nerviosa, impotente ante él. ¿Había ligado antes? Muchas veces, con los hombres que reparaban en mí después de ser rechazados por mis amigas, con hombres divertidos y guapos sin más. Él era realmente sexy, no de facciones perfectas, pero su rostro, su cuerpo, todo él había sido cincelado en roca, desprendía un aura de sexo que se podía enroscar en mis entrañas y acariciar mi carne más sensible solo con sonreír, me

dejaba húmeda y preparada para él y yo no sabía cómo traerlo a mí. ¿Jugaba conmigo? Esa era mi impresión.

—No es para tanto. —Me senté en el taburete y me volví hacia Lander. Sus ojos azules eran un imán para los míos y al evitarlos caí en su sonrisa—. Cerveza —dije mirando al camarero, que me sonrió al instante. Me acercó el botellín y no esperé por el vaso, me lo llevé a la boca y bebí conectando nuestras miradas. Lo dejé sobre la barra y me mordí el labio. (Reconoceré que se lo había visto hacer a Kat)—. Podrías presentarme a algún amigo —sugerí.

—¿No te ha gustado? Estás acostumbrada a hombres complacientes y no sabes cómo has de manejar a uno de verdad. ¿Prefieres otro más pelele? —Sonreí sin ganas, sin fuerzas. Ahora fue él el que se aproximó.

—¿Qué haces? —Quería retroceder, pero no pude. En sus ojos una determinación que me hacía sentir muy débil, febril incluso. Se me secó la boca, me sudaban las manos, mi corazón se revolucionó—. No...

—¿Seguro? —inquirió prácticamente sobre mis labios. Más, un poco más. Eso era lo que deseaba sentir. Ese fuego, esa pasión que te lleva a cometer una locura. Bastaba de pensar, y sin embargo eso era lo que estaba haciendo en aquel preciso instante.

—¿A qué esperas? —Oía a deseo, a sexo. Era un aroma especial, algo que solo le pertenecía a él y que, para mí, era la esencia del hombre en estado animal.

Y a diez minutos de conocerlo, por primera vez, me vi entre sus labios.

Él se colocó tan cerca que nuestros cuerpos se comprimieron el uno contra el otro, si eso era vivir una aventura de una noche yo quería mucho más, pensé sintiendo sus manos en mi espalda. Aquello era estar a las puertas del mismísimo cielo, recibí aquel beso con ansia, dejando que me mostrase el camino, jugando con su lengua con audacia, enlazándome con él en un baile caliente, húmedo, que mezclaba lametones y mordiscos, encendiéndome muy eficazmente.

¿Cuánto tiempo transcurrió? No lo sé. Olvidé donde estábamos, le habría permitido desnudarme allí mismo y tomarme sobre la barra. Nunca antes unas caricias habían logrado atravesarme y hacerme perder la cordura, el decoro. Yo quería una aventura y eso vivía, pero ¿hasta dónde llegar?

Una de sus inmensas manos se enredó en mis sedosos y rubios cabellos. Tiró de mí hacia atrás para ganar acceso y jugó a atrapar mis labios entre sus dientes. Me sentí como una niña, no obstante, no me molestaba porque podía sentir en toda su extensión el deseo que prodigaba hacia mí.

El tiempo voló y acabamos separándonos. Él ni siquiera se despeinó, yo respiraba agitadamente, sentía el hormigueo en los labios, bueno, y en otras zonas mucho más interesantes.

—Creo que tus amigas te buscan —susurró Lander divertido. Sus ojos brillaban, sus labios estaban algo rojos y no se había separado mucho. El aire no corría entre ambos, solo había electricidad—. ¿No vas a contestarles?

—¿Te gusta dejar las cosas a medias?

—Siempre podría darte un repaso en el servicio. —Y la idea no me pareció tan atractiva, quizás no era tan “lanzada” como quería pensar. Pasado el primer calentón sentí que una cama y cierto cariño por su parte era un requisito indispensable.

Kaia nos observaba con los brazos cruzados, tenía el ceño fruncido y los labios apretados con fuerza. ¿Qué ceño estaría pensando? Fuera lo que fuese no podía ser algo agradable.

Lo empujé y salté de aquel taburete. No quise responder, no habría tenido las palabras adecuadas para hacerlo. Si creía que podría escapar con rapidez y de forma limpia estaba jodida.

Me agarró el brazo y tiró con suavidad, pero firmeza, de mí. Me envolvió y me sentí diminuta, él se inclinó y volvía a estar sobre mí, él era el depredador y yo su presa, me habría dejado morder.

—No me has contestado.

—No voy a hacerlo. No me gusta que me traten como a una más —sentenció con rotundidad. Con las manos sobre su pecho lo mantuve lejos, era mi manera de ser civilizada y no acabar mandándolo todo a la mierda y aceptando las migajas rápidas que tenía pensado darme.

—¿Crees que con un solo beso podrás manejarme como a una marioneta? Las he probado mucho mejores. —Había cierta agresividad en sus palabras, una bravuconería que no me acobardó. Si pretendía acobardarme tendría que hacerlo mucho mejor.

—Vuelve con ellas o busca a otra entre las invitadas, estoy segura de que no tendrás problemas. Siempre puedes poner la polla sobre la barra y hacer una ronda, como con los chupitos. —Chasquéé la lengua, antes de añadir—. Aunque, es posible que te sorprenda descubrir que no les interesas tanto como crees.

—No creo que tú pusieras muchos reparos.

—¿Eso crees? —Sonreí tensando la piel y enseñando los dientes como un lobo que se aproxima a su presa y se dispone a saltar sobre ella. Busqué la frialdad en mis ojos, algo en mi interior que me mantuviese firme—. Me gusta que me llenen la boca y que sepan usarla.

—No sabes lo que es un orgasmo. Te falta práctica para poder reconocer la calidad.

—Ya te he probado.

—No lo suficiente —contestó con rapidez, yo no había terminado de hablar.

—Pobrecito, tienes una lengua venenosa y te gusta ser sincero...—Mantuve la última palabra en el aire unos segundos—. Lo prefieres a tratar bien a alguien, empiezo a ver cierta debilidad que tratas de ocultar. ¿Quién desea más a quién?

—Acabarás en mi cama. —Su voz grave, ronca, era como un gruñido que reverberó por mi piel, descendió por ella como una culebra a través de mi columna vertebral, me dejó sin aire, lo perdí todo en un gemido silencioso.

—Es posible, pero será con mis términos. —Me aferré a uno de sus tirantes y lo acerqué. Aquella pelea me estaba ayudando a no temer, a perder el control, a convertirme en una Eli que tomaba lo que anhelaba para después desecharlo y dejarlo con ganas de más. Yo era peligrosa, sexy, podía ser un volcán, solo necesitaba demostrármelo, vivirlo y permitirme arriesgar—. Las bodas son la mar de entretenidas, y sintiéndolo mucho tengo amigas que me esperan e invitados a los que atender.

—Te falta experiencia, muñequita. —Y lo abofeteé por sentir que había dado demasiado cerca de la verdad, o de lleno. Había acertado y me jodía que pudiera ver a través de mí, no tenía motivos para pensar eso. Él llevó una de sus manazas a la marca que dejé y contra todo pronóstico acarició mi huella. Su cara de placer fue un orgasmo silencioso. Aquel tipo me descolocaba—. ¿Repetimos? —Abrí la boca sorprendida y él me atacó de improviso. Su lengua, sus dientes... exhalé dejando que el aire se escapase con lentitud. Sus manos se cerraron en mis caderas como garras, apretando, anclándose a mi piel con fuerza, posesividad—. No dejas de sorprenderme. —Y sí, es posible que correspondiera con el mismo “entusiasmo”, en mi defensa añadiré que él se había bañado en feromonas y yo llevaba tres meses a pan y agua. La carne es débil y nunca me había atrevido a catar a alguien que no solo me calentase sino que me hiciera temblar las piernas.

—Suéltame —susurré, casi sin voz.

—No estás atada, todavía.

—Parece que no necesitas una cuerda. —Y miré sus largos dedos, pasé mis uñas por ellos y ascendí por sus brazos, para terminar colgándome de su cuello. Nadie diría que éramos dos desconocidos cachondos que habían encontrado un caramelo dulce—. Me largo, cuando me aburra igual te busco, nunca se sabe.

Pero nunca había salido de una situación parecida, quizás porque nunca me había atrevido a colocarme en tal posición. Estaba tan cerca que podía percibir con claridad aquel bulto, rozándola, demostrándome que la dureza con la que le hablaba no era lo único que se encontraba en pleno rigor mortis.

Miré de reojo a Kaia, si no quería que ella me sacase a la fuerza de allí, por la forma en la que nos observaba a mí no me haría nada, no obstante era más que probable que a él le arrancase los huevos antes.

Y fue mi dolor de pies lo que trajo a mi mente aquellos tacones de aguja que apenas me mantenían erguida y me hacían parecer un pato al lado de mis amigas, nunca estuve muy acostumbrada a ellos, le iban más a Kat o Kaia, sin embargo, dicen que para estar guapa hay que sufrir y era el día de Kat.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó él.

—Lo siento.

—¿Qué...? —No tuvo tiempo de más. Pobrecito, al menos me disculpé...—¡Joder! ¡Estás loca!

—Lo siento. Lo siento.

Y me alejé a pasos rápidos, casi saltitos y con una sonrisa tonta en la cara mientras él también saltaba, aunque por otro motivo.

Puede, solo puede que me pasara y aquel tacón fuera más peligroso de lo que había calculado, sin embargo, con las botas gigantes en las que había enfundado sus barcas, comúnmente llamadas pies, creo que más bien se trataba de una buena interpretación. No digo que no lo hubiera notado, no obstante, su sonrisa de medio lado cuando apenas había transcurrido medio minuto desde mi fechoría me dejó sumida en muchos pensamientos diferentes. También sentí la necesidad de volver a encontrarme con él a lo largo de aquel día... o noche.

Poco podía saber en aquel momento que Kat ya había metido mano al destino invitando a todo aquellos que lo desearan a quedarse y disfrutar del espectáculo.

Capítulo 4



Kaia

“No me mires las tetas, aunque sé que lo estás deseando...”

Es muy difícil ser una buena amiga cuando conoces a alguien desde que ambas tenéis cinco años. Prácticamente la recuerdo desde siempre, en las buenas y en las malas, ella me tendió la mano cuando más lo necesitaba y yo sujeté sus hombros las noches de grandes borracheras. Y mientras los demás interactuaban (y la dulce de Eli se quitaba la tontería de golpe magreando a uno de aquellos tipos) mis ojos se centraron en Kat, cuya atención recaía exclusivamente en Evan.

Cuántos recuerdos se amontonaron en mi mente, fragmentos que pasaban con velocidad, años que colapsaron con fuerza dejando lo mejor que ambas tuvimos, luchando con el miedo a que la distancia nos fuera alejando, borrando el lazo que nos mantenía a las cuatro cerca, pero sobre todo a nosotras dos.

No quería perderla, temía hacerlo, no sabía seguir sin saber que ella estaba ahí. ¡Qué complejo era sonreír! Una mueca que trataba de emular siempre que alguien se acercaba lo suficiente, siempre que me sentía observada, pero que no conseguía ganar calidez. Ella, mejor que nadie, sentía que algo iba mal, éramos mucho más que amigas.

Me apoyé sobre una columna, cerca de todos y muy lejos al mismo tiempo. No precisé cerrar los ojos, con las pupilas fijas en un lugar incierto en la distancia sentí formarse el aula, los pupitres y la pizarra. Tantos años en aquel lugar, del que creí que nunca lograría escapar, lo habían convertido en nuestro segundo hogar.

El paso de los años nos cambia, aunque tratemos de evitarlo. Yo me alegro por ello, doy gracias porque no me gustaba la niña tímida que llegó a aquel colegio, temerosa de todo y todos, me había encerrado en mi misma.

Sin motivos reales los niños se percataron de que algo era diferente en mí, eso fue el pistoletazo de salida, yo saboreé primero la indiferencia, la demostración palpable de que, para ellos, no tenía valor alguno, el destierro. Después los insultos y amenazas, temí cuál fuera el último peldaño. Los niños, ¿seres indefensos y sin maldad?

Aquella mañana yo estaba agotada, realmente cansada. Me había pasado la noche anterior estudiando y apenas conseguía mantener los ojos abiertos, cuando Javi se colocó a mi lado. Me sorprendió, nunca se aproximaba demasiado, si lo hacía era para fingir que olía mal o cualquier cosa por el estilo, en aquella ocasión no fue el caso.

Posó su mano sobre mi hombro y comenzó a gritar.

—¿No tienes lengua? —preguntó para el público que se arremolinó con prisa a nuestro alrededor. Yo era el espectáculo, alguien cuyos sentimientos no parecían importarle a nadie, temí que la puerta no se abriera a tiempo y la profesora llegase tarde—. ¡Habla! —Y me zarandeó. Después golpeó mi nuca, no con fuerza, estaba ganando confianza. Era un proceso lento, como ver caminar a un bebé que se envalentona, saber que llegará el momento en el que echará a correr, no obstante, al elevar los ojos y ver tantos rostros no me sentí con fuerzas para defenderme de todos, ni siquiera de las palabras—. Deberíamos...—Y levantó de nuevo la mano.

Mi Kat, una loca con cara de ángel. Un rayo de luz con un carácter de mil demonios. Éramos dos huracanes, pero necesité encontrarla para comprenderlo, para llegar a conocerme

a mí misma.

—*Javi, no me gustas. —Y la pequeña, diminuta en aquel tiempo, Kat lanzó una patada al aire sin mirar. La suerte estuvo de nuestro lado, su pie acertó de lleno en los huevos de aquel cabrón, que acabó sobre el suelo, lloriqueando y moqueando como el cobarde que era.*

Aquel día me lancé en los brazos de mi salvadora, no me importó el castigo que llegó después, como si yo tuviera parte de culpa, pero cumplí cada día de penitencia con una enorme sonrisa. Jamás volví a estar sola, al comienzo era algo extraño, temía hacer cualquier cosa que la desagradase, que un solo error por mi parte pudiera alejarla, eso no sucedió. Ella era única, una joya en bruto que parecía estar hecha de granito, pero cuyo interior era dulce y tierno.

Pocas personas conocían esa historia, solo las que de verdad importaban. No era algo que me avergonzase, no se trataba de eso. Yo era Kaia por ella y Kat era una parte muy importante de mí misma. Sentía que aquel día estaba perdiéndola, lo único que me apetecía era beber hasta perder el sentido y vengarme. Miré a Evan con auténtico rencor.

—¿A quién quieres matar? —Un bombero, uno en toda la extensión de la palabra, se encontraba a mi lado apoyado en la misma columna que yo. Vale que yo era bajita y él me sacaba con facilidad veinte centímetros, ¡pero habría apostado que lo que miraba con tanta atención desde su superioridad eran mis tetas!

—¿Algo interesante? —inquirí con retintín, acostumbrada a todo tipo de reacciones ante mi pechonalidad. De verdad, había escuchado de todo.

—¿Perdón? —¿Era cosa mía o había logrado que le subieran los colores? Levanté la ceja derecha con estupor, un gesto innato que mi padre siempre contaba que había heredado de mamá.

—Sé que son grandes, que no caben en la boca, que parecen...

—No sé...

—¿No? Pensé que me estabas mirando las tetas. —Él no sabía dónde podía meterse.

—Solo te vi tan seria y concentrada que me preguntaba qué estaría rondando tu cabeza —explicó con suavidad, pareciera que trataba de aplacar a un león, por la forma en la que se separó de la columna y movió las manos.

—Recordaba cómo dar una patada a alguien y subirle los huevos a la garganta. Creo que no hay situación más placentera. —Creí, ingenuamente, que eso haría que desistiera de su burdo intento de seducción. No era la primera vez que mis dos “encantos” llamaban la atención de alguien. ¡Él se rio! No de manera estruendosa, sin embargo, me sorprendí pensando que era un sonido agradable.

—Espero que se lo mereciera. —Y que no preguntase me gustó, simplemente dio por hecho que el sujeto en cuestión no era un santo.

—Tuvo suerte. —Miré a Kat de nuevo y desistí. No quería aguarle aquel día, no podía ser el nubarrón oscuro que ensombrecía su momento especial. ¿Lo mejor? Beber un poco, seguro que después de dos lingotazos lo vería todo de otra manera—. No tengo tiempo para ser educada. Lárgate, tendrás más suerte con alguna de las invitadas. La hermana del novio tiene cara de frígida, quizás logres sacarle los colores. Nunca se sabe —rematé, recordando lo mal que me caía la harpía después de nuestra última conversación. Ella no me creía suficiente. Sonreí, al ver cómo un plan diabólico se formaba en mi mente.

—No voy a rendirme. —Y se dio la vuelta. Sin más intenciones, sin convertirse en una babosa que se te pega incansablemente. Se alejó dejándome ensimismada, durante unos minutos. Era guapo, muy guapo en realidad. Sus ojos eran dorados, color extraño donde los hubiera, quizás cuando en mi sangre corriera más alcohol que sobriedad... No estaba mal y seguro que Kat estaría

contenta de saber que había catado a un espécimen como aquel. Aunque dudaba que volviéramos a compartir con tanta naturalidad ciertos “detalles” sexuales que tantos monólogos habían ocasionado, (y noches en las que directamente nos descojonábamos).

Rezaba porque nada cambiase cuando miré a Eli. No sabía si aquello era una pelea o un coito a punto de comenzar. Su rostro emitía cierto temor, pero yo mejor que muchas otras conocía el velo brillante que el placer y el deseo dejaban en los ojos de alguien. Preferí no intervenir, aunque tampoco les quité ojo por si necesitaba jugar al fútbol con sus pelotas.

¿Soy mala? No, aunque puede que rezase para que aquel hombrecillo que, por cierto, no me llamaba ni de lejos la atención tanto como el de los ojos dorados (tendría que preguntarle el nombre cuando volviera a verlo, si es que eso ocurría, el hotel era pequeño...), bueno rezaba para que cometiera algún error y poder pagar con él lo que otro con sus jodidos 24 centímetros me había arrebatado.

Capítulo 5



Kat

“Descubrí que lo amaba al tiempo que lo cataba.”

El día de mi boda, un momento único y que esperaba no tener que repetir nunca. No penséis que no estaba enamorada, bebía los vientos por aquel hombre de mirada juguetona y paciencia infinita. Él lograba aplacar una parte de mí que muy pocos conocían, encontraba ese lugar oculto que todos poseemos y sabía acariciarlo hasta que mis miedos se quedaban dormidos.

No obstante, mucho antes de aquel gran espectáculo, protagonizado por las locas de mis amigas, me encontré a mí misma aferrada al lavamanos del baño lista para salir corriendo. ¿Temía una vida entera al lado del hombre que tantos orgasmos me había proporcionado? En absoluto, pero mi nueva familia política era otro cantar. Quiero ser justa, sin embargo, nada más verme vestida de novia me hicieron ver el minúsculo detalle de que con el maquillaje mis ojos verdes me hacían parecer un mapache enfermo. Siempre con el toque de una enorme sonrisa, queriendo hacerlo pasar por el mejor de los cumplidos.

La realidad es que socializar, al contrario de lo que pueda parecer, nunca fue mi fuerte. Mis amigas eran mis consejeras, mi escudo contra el mundo. Dentro de mi pequeño universo me desenvolvía con soltura, había encontrado mi voz y estaba orgullosa de mis defectos y virtudes. Pues no tenía tanta paciencia como creía poseer, en el interior de mi cerebro el día de mi boda descuarticé a la hermana del novio y sobre todo a su prima.

Nadie sabe cómo es realmente hasta que tiene que encajar entre pecho y espalda sus palabras sin reaccionar, manteniendo la compostura y respuestas corteses que escondían mucho veneno. Me sentí como una guerrera, enfundada en mi traje blanco de escote corazón y una máscara de pintura resistente a la humedad, batallando contra una hidra de infinitas cabezas con bocas enormes y gran imaginación. Solo me mantenía contenida el saber que, si explotaba, si arrastraba a alguna de aquellas víboras que esperaban a que Evan se alejara para hundir en mí yugular sus dientes, todos lo verían.

Sé que a todos nos gustan los detalles, poder juzgar por nosotros mismos y sentir que tomamos la decisión, no que nos dejemos guiar por la opinión de otro. ¿Ejemplos? ¡Ya sé!

Mi amado y perfecto Evan tiene una prima, ¿cómo podría describirla sin caer en errores? Es una mujer a la que le encanta vestir bien, se maquilla a conciencia y ve como un insulto no poder ir a darse un masaje o una sesión de peluquería por semana. Lo mejor es que ella siempre ha conocido lo que todos a su alrededor han de hacer o pensar para alcanzar la felicidad espiritual. Dado que ella cree que ese es su cometido no pierde la oportunidad en dejar caer lo que ella jamás permitiría que nadie le comentase. No importa si se trata del día más importante de la vida de una mujer, sin contar el nacimiento de sus hijos.

Describiré la escena, la iglesia preparada, los invitados llegando y yo a un lado esperando que todo diera comienzo y correr a los brazos de mi amado. Siempre he mantenido que aquella tontería no era más que una formalidad, algo que hacía por complacer a otros, aunque los últimos días un nudo en mi estómago parecía desmentir tal afirmación con rotundidad.

¿Sabéis lo que es un déjã vu? Se trata del universo avisándote a gritos de que algo ocurrirá, no algo bonito, hermoso, sino algo que habrá de ponerte a prueba. Para mí el aviso fueron sus mini tacones, de sus zapatos de diseño (horribles, por cierto) resonando contra la piedra de aquel lugar.

La miré, apreté los labios y cuadré los hombros. Me sentí como el mejor de los jugadores de rugby, lista para recibir el golpe.

—Hola. —Nunca he sido muy elocuente con ciertas personas.

—Quedaste en comentarme cómo serían los ramilletes y no lo hiciste. —La miro, cuento hasta veinte, la vuelvo a mirar mientras veo como sigue llenándose el lugar. Sé que todos los ojos acuden a mí, comprendo los motivos, aunque temo que terminen derivando en otros menos festivos.

—Te lo comenté hace unos días —replico con el tono más suave que logro encontrar. Me parece tan ridículo que por semejante estupidez ponga cara de bruja y en sus ojos se pudiera adivinar que deseaba descuartizarme... Cierto que desde el primer día dejó claro que yo no tenía las cualidades que ella habría deseado para una nueva incorporación en su familia, me faltaba el palo por el culo y mucho dinerito rico. También creí, ingenua de mí, que lo dejaría correr, tal vez no me diría que me veía hermosa, pero dejarlo correr...

—No lo hiciste. Mientes. —Y ahí comienza a elevar el tono. ¿He comentado que cuando se acercó no estaba sola? Y ahí mis amigos y conocidos mirándola en un silencio sepulcral, mientras, yo me alegraba que mis inseparables no se encontrasen presentes o la estarían arrastrando por la iglesia, cierto eso no es algo que se pueda hacer en un lugar sagrado...—Odio que mientas cuando no lo hiciste.

—Lo hice —añadí segura de ello. Podía no haberme escuchado, no recordarlo, mil motivos diferentes explicarían que no lo recordase, e incluso aunque ella tuviera razón... No obstante, quería pelea. Le faltaban las dos líneas en sus mejillas y el barro. Ahí, mirándola, me planteé dónde se encontraba la clase y la educación de la que aquella señora presumía. No vi en ella nada que yo quisiera emular algún día, comprendí que lo que menos deseaba era convertirme en alguien tan amargado—. No... Da igual, no es el día. Déjalo correr. —Y no corras tú, pensé, concentrando mis ojos en por quién me encontraba en aquel lugar. Tuve que mirarlo, fue complicado no mandarlo todo a la mierda y dejarlos allí.

—Odio que...—Y ahí me giré y me acerqué a saludar a alguien. No recuerdo a quién, habría besado al mismísimo demonio si así pudiera esquivarla. Sin embargo, tuve la ocasión, ocasiones, de escuchar de refilón cómo comentaba, con cuantos tenía a mano, lo mentirosa y demás apelativos que tenía dedicados para mí. Todo esto en medio de la iglesia y mientras trataba de disimular.

¿Qué trato de contar con esto? Que en aquel momento no supe si me compensaba aguantar a ciertas personas por él, algo ruin por mi parte. Respiré y, cuando me encaminé al altar, sonreí al ver a mis amigas, refugiándome en esas personas que conseguían iluminar mi mundo. Ellas, que ahora, estaban convirtiendo el convite en todo un espectáculo digno del circo más aclamado.

Y si del hombre que más amo y amaré nunca dudé, de ellas jamás lo haría. Hay almas destinadas a encontrarse, que estarán ahí siempre, a las que acompañarás cuando no se atreven a marcar tu número y, más importante todavía, cuya falta sería una herida incurable en tu corazón. Ellas me completaban y, por eso, entre otros muchos motivos, cuando Ari me contó su plan para vengarse de una vieja rival de instituto no pude decirle que no. ¿Mi boda? Aquel evento nos pertenecía a todas porque la familia para mí no va en la sangre sino en aquellos que se ganan ser llamados como tal.

Posdata: Estoy casada y sigo sin sentirme como una mujer respetable.

Capítulo 6



Arianna

“Sin tetas hay paraíso”

Es posible que en la actualidad siga sin conseguir encajar en el canon de belleza actual. Quizás, cuando los hombres me miran me encuentren aniñada, muy poco mujer, como me han dejado caer en ocasiones, no obstante, en mi adolescencia tuve a mi propio Pepito grillo.

Todos tenemos uno, incluso los más populares, pero yo era tímida, y eso me convirtió en un blanco demasiado fácil. Aquella zorra de inmensos pechos y culo redondo, que envidié en secreto, fue una de las pocas personas que me veía aquel año, no para bien. Fueron tiempos complicados, todo ocurrió antes de toparme con el trio de locas que ahora me acompañan, en un momento de mi vida en el que los complejos escondían mi ser, mis virtudes y mis palabras.

Recuerdo cada pulla como un dardo, incluso ahora, eran crueles y hacía reír a los demás a mi costa, sin tregua mientras me recordaba que jamás lograría estar con aquel que, en aquella época, me arrebató el aliento.

Un tópico, pero era el jugador de baloncesto más guapo que había visto, ahora está gordo y calvo, no obstante, en aquella época estaba... para mojar pan y no dejar gota. Lo peor fue cuando ella misma se encargó de contárselo y él se rio, sin mucha amabilidad ambos dejaron claro que jamás tocaría a un bicho como yo mientras se comían el morro, haciendo movimientos de cópula escandalosos que a mí terminaron de hundirme.

Aquello corrió como la pólvora y yo acabé siendo popular, pero no de la manera agradable. Era aquella, la que señalaban al pasar y sobre la que cuchicheaban mientras escondía la cabeza en uno de sus múltiples libros para evadirse con historias mucho más agradables en las que las feas siempre renacen con rostros nuevos y hombres de escándalo. ¿Dónde estaba mi millonario? ¿Y mis tetas? ¿Por qué seguían las pecas en el mismo sitio que tantos años antes?

Las series de la televisión mienten, no encuentras un príncipe millonario por sorpresa en el lugar más insospechado ni tus defectos se convertirán en virtudes, prueba de ello está mi talla 85 de sujetador. Por eso lo primero que hice fue aceptarme a mí misma, lo segundo prometerme que algún día me desquitaría. No se trata de una venganza, era más bien un ajuste de cuentas a la vieja escuela, como los antiguos mafiosos.

Con el paso de los años quiero pensar en que al menos mi mente maduró, eso no quita que, durante todo este tiempo, siguiera con auténtico interés la vida de Te-Tania, así se llama la susodicha. Siempre con fotos perfectas y momentos increíbles, no obstante, hace mucho que dejé de envidiarla.

Ari, ¿de verdad vas a joderla por un chico hace mil años? Por un chico, porque me abriera la puerta del servicio en medio de un descanso, por los continuos insultos, porque me escondiera mi ropa tras un partido de baloncesto y me dejase un disfraz de payaso... Sí, muy imaginativa ella. Niñerías que cuando las sumé hicieron que un año parecieran diez.

Confesaré que creí haberlo dejado todo atrás hasta que encontré a mi novio en mi cama con otra, hasta que recordé las veces que alguien me había hecho daño y yo lo había dejado correr, sentí la necesidad de vengarme carcomiendo mi mente, envenenándome y comprendí que debía hacerlo, no quería nada más de lo que arrepentirme, debía ser fiel a mí misma y mis deseos por primera vez.

Sí, en todo grupo hay una gruñona y esa soy yo. La que se piensa todo mil veces y encuentra posibles problemas en cualquier desvío del camino. Si Tania, Te-Tania, creía que me conocía iba a ser divertido demostrarle todo lo que había cambiado.

Una auténtica pena que el cabrón de mi ex hubiera decidido mudarse de ciudad, al menos, entre la tira de insultos que me dedicó por haberle quemado la ropa y destrozado su pantalla plana, eso fue lo que entendí.

Volviendo a mi presente, a mi vida, a aquella fantástica celebración, decidí sonreír y me acerqué a recepción. Como en todo buen hotel que se precie un inmenso ramo de flores, un cuenco con bombones para que los invitados puedan endulzar su paso por aquel lugar y la típica publicidad. Tras el mostrador una morena espectacular con un uniforme que no hacía más que realzar sus atributos. Si había sido elegida al menos el cincuenta por ciento de la entrevista había sido la foto que ella había adjuntado al curriculum vitae.

—Buenas tardes, espero que haya encontrado todo a su gusto. ¿Desea que le dé la llave de su habitación para que pueda asearse un poco? —pregunto Tania con cortesía en unas frases cientos de veces repetidas. Ni siquiera me veía, me miraba, no obstante, sus ojos me atravesaban mientras me dedicaba una sonrisa tirante que mostraba su dentadura perfecta. Ni una sola imperfección en su piel, un pecho de infarto y una cintura de avispa. ¿Acaso no podía encontrar ni un solo defecto al que aferrarme?

—Buenas tardes, sí, por favor. —¡Cuántas frases preparadas! No dije ninguna de ellas, me quedé observando a aquella mujer sintiéndome ridícula de nuevo. Recogí uno de aquellos panfletos sin pensar, lo apreté entre los dedos dejando mi marca sudorosa impresa en sus páginas. Cogí aire y la miré a los ojos, esperando que la luz del reconocimiento se encendiera tras sus pupilas.

—Habitación 219. Segunda planta, al bajar del ascensor a mano...—Ella miraba la pantalla sin pestañear, sus labios rojos, a causa del carmín, chocaban contra el blanco nuclear de sus dientes. ¿De verdad pretendía restregarle mi éxito por la cara? ¿Por qué habría de importarle? Era ridículo.

—¿No me reconoces? —inquirí casi sin voz. Esperé dos segundos hasta que nuestros ojos se conectaron. Recorrió mi rostro, mis rasgos, finalmente su sonrisa tembló.

—¿Sin tetas Ari? —No pude responder, no a aquel estúpido mote—. No has cambiado nada.

—Por lo que veo tú tampoco. —Me estiré, si quería mirarme el escote no iba a impedirlo. Antes de que supiera que añadir ella demostró que su maldad no provenía de la adolescencia ni era algo pasajero, la llevaba incrustada en el alma desde siempre.

—¿Has venido a la boda? Debe ser duro ver como las demás se casan sin que nadie...—Su hermoso rostro ya no lo era tanto. Vi una oscuridad que antes no estaba ahí, como si ella me conociera mejor que nadie, como si a sus ojos no pudiera ocultarle mi verdadera naturaleza.

—Y eso lo sabes porque...—susurré dejando la última palabra pendiendo en el aire.

—Solo hace falta verte. La típica dama de honor, habitación individual. Deducción, siempre se me ha dado muy bien ver en el interior de las personas. —Me recordó a un gurú de los malos.

Unos pasos se acercaban despacio, pero seguros. Era uno de los policías que habían llegado ante las llamadas de terror que nuestro pequeño incendio había ocasionado, solo que ese iba de paisano. Siempre he tenido un don, jamás olvido una cara y eso jugaría a mi favor.

—Disculpe...—Su voz varonil trató de pasar por encima de la de Tania, probablemente en un intento de hacer una pregunta rápida y dejarnos continuar nuestro “pacífico” debate.

—¿Cansado? —pregunté casi ronroneando. Posé mis manos en sus hombros, él se giró hacia

mí confuso. Sonreí tratando de mantenerlo ocupado, retrasando alguna palabra por su parte que dejase mi engaño al descubierto —Hubo un problema con la habitación, pero estaba intentando resolverlo. —Me acerqué y me puse de puntillas, él entreabrió los labios despacio. Poseí sus labios con cierta rudeza, él no cooperó, no esperaba nada diferente. Me separé y aferré su mano, él apretó los labios conteniendo las múltiples preguntas que seguro que trataban de escapar por ellos—. Tania, ¿crees que tardarías mucho en darme una habitación de matrimonio? —Los ojos de la arpía se abrieron repasando al maromo que tenía a mi lado. Vi mucha envidia y fue ahí cuando yo misma reparé en su pelo rubio y su piel dorada. Alto, fuerte, de mirada decidida. Era mi tipo y el de cualquier mujer con ojos en la cara.

—No...—Coloqué un dedo sobre los morros de aquel bombón antes de que cometiera un gran error.

—No es molestia, creo que comprende que necesitamos unos minutos a solas. —Con mi mano izquierda descendí sobre su pecho, fui bajando hasta que mis uñas se quedaron atrapadas en su cinturón.

—Pero...—Y volví a atacar su boca, esta vez mi lengua se internó buscando la suya y contra todo pronóstico él me acompañó. Sus brazos pasaron de estar laxos a ambos lados de su cuerpo a atrapar mi cintura. Si lo que pretendía era que aquella bruja se lo creyese la representación estaba quedando perfecta, más que perfecta. Mis braguitas negras se habían transformado en una fuente, no quise ser yo la que lo apartase y solo cuando la tos insistente de Tania era demasiado evidente lo dejé marchar.

—Creo que comprendes nuestra urgencia —solté con un tono demasiado agudo. Aquello se me estaba yendo de las manos, pensé mientras me planteaba seriamente desnudar a aquel hombre en una habitación y dejar que me proporcionara una cura milagrosa que solo un buen polvo puede aportar—. Rápido...—Me sorprendí de veras al escuchar aquella risa grave a mi lado y al sentir su mano de manera posesiva en mi cadera. En aquel hombre no había nada dulce o tierno, en sus movimientos había una fuerza intrínseca que descubrí que me encantaba.

—La trescientos doce. El tercer piso tras...—dijo Tania sin despegar los ojos de mi hombre putativo.

—La encontraremos, tranquila —la corté con rapidez y, tras arrebatarme la tarjeta de los dedos, tiré de mi chico desconocido rumbo a los ascensores. Solo cuando la puerta de metal nos dejó aislados del resto tuve los arrestos de mirarlo de nuevo. Él lo estaba esperando, me acorraló contra el cristal de inmediato.

—¿No me lo vas a explicar? Estoy acostumbrado a sonsacar la verdad a todo tipo de criminales, no obstante, contigo te daré una oportunidad a hablar. Siempre puedo buscar las teclas correctas.

—¿Es una amenaza? —Deseé que lo fuera. Lo empujé, él no se movió—. ¿Vas a esposarme? No estaría nada mal, por variar. El último tío que caté era un soso y de polla andaba más bien corto.

—Menuda lengua te gastas. —Sonrió con ironía, pero no vi ninguna recriminación—. Aunque estoy más que tentado a aceptar todo lo que me ofreces.

—Hazlo. Estoy cansada y necesito un buen meneo. Un hombre de verdad —recalqué entreabriendo los labios, de manera sugerente.

Me giró de golpe y lo miré a través de aquel frío espejo. Apoyé las manos sobre él y sentí un escalofrío. Sus manos empezaron en mis muslos y ascendieron, llevándose la tela por el camino. Hicieron un revoltijo extraño con mi vestido y se pegó a mí para que pudiera sentir lo que le había

ocasionado, mientras respiraba agitadamente contra mi nuca.

Su aliento contra mi cuello, mi oído, en aquella posición sumisa al tiempo que un desconocido me palpaba sin pudor, estimulándome de manera exquisita, me estaba volviendo loca. Pude ver los efectos de aquel calor en mis mejillas, en mis ojos. Estábamos casi pegados, pero sus dedos seguían encontrando rutas secretas, llegaban hasta mi piel desnuda y ocasionaban escalofríos que me debilitaban.

—¿Qué habitación era? —preguntó con voz grave. Tardé un minuto largo en percatarme de que se había alejado y, no solo eso, sino que también se había detenido el ascensor.

Caminar era algo complejo, los tacones se mecían hacia los lados y yo trataba de mantener la elegancia, la compostura, quería mostrarme como una diosa y que el mismo infierno nos consumiera.

Me olvidé de la fiesta, de mis amigas, de Tania, del cabrón de mi ex. Penas y planes para mañana. Solo veía aquellos ojos castaños y su pelo rubio. Sus labios finos se movían de manera deliciosa sobre los míos, de nuevo, un beso arrollador que me atontaba lo suficiente para necesitar al menos seis intentos hasta que la luz verde de la puerta nos dejó entrar.

Oí el click, el sonido de la intimidad, una cama próxima, ocultos de ojos curiosos que podrían detener lo que yo ya veía imposible. Quería arrancarme aquel trozo de tela, desgarrar sus pantalones con los dientes y relamer cada diminuto pedazo de su hombría. No necesitaba promesas o palabras hermosas, ya me las habían dicho y no significaron nada.

—No te contengas. No pienses en mí y toma aquello que desees —supliqué con diversas emociones bajo la superficie. Sentirme deseada era lo primero, quería ver aquella emoción primitiva, visceral, aquel olor inequívoco de la carne sudorosa antes incluso de tomar lo que busca en el otro.

—Será cómo dices —me prometió, así lo sentí yo.

—Quítame el control. Necesito dejar de ser yo por un rato, necesito...—Y me iba entristeciendo. Me habría gustado poder explicarme, él no me lo permitió, quizás notó que en el camino mis ojos se nublaron y aquel calor se evaporó a mi alrededor.

—Necesitas luchar. —Y me sentí conectada. Lo miré sin datos, sin ideas preconcebidas. Lo vi desnudo antes de quitarle la ropa, sentí que podía comprender lo que me ocurría aún sin que yo se lo hubiera contado. Apreté los labios, temía verme ridícula a sus ojos si lo soltaba. ¿De verdad la traición de un hombre pesaba tanto en mi vida? ¿Lo amaba? ¿Se trataba de eso? Lo dudaba, no había llegado a extrañarlo, nada de él me parecía único. Se trataba de mí, de lo que había luchado porque funcionara, de mi necesidad por sentirme querida. Un hogar, algo que muchos tenían y yo deseaba. Un beso, un abrazo de alguien que esté ahí incondicionalmente. No estaba sola, me recordé pensando en mis locas, ellas estarían siempre a mi lado, aunque no calentarían mi cama. Miré a aquel hombre y asentí.

—Yo...—Di un paso hacia él.

—Cereza. —Lo observé confundida mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre una silla. Estiró su mano, esperando la mía, y yo se la ofrecí con la duda resonando en mi cabeza, la impresión de estarme perdiendo algo importante.

—No lo comprendo.

—Temo hacerte daño. —Y besé su mejilla en agradecimiento. ¿Quién era yo? Me pregunté viendo la dulzura con la que lo había tratado. ¿Dónde estaba mi genio incontrolable y mi mala leche? A su lado me transformé en un dulce corderito que necesitaba que lo curasen—. Si quieres detenerte solo debes decir cereza. Por lo demás todo está permitido. ¿Te parece bien?

—¿Qué es todo? No me gusta el dolor. —Bajé el rostro y me miré las manos.

—¿Y qué es lo que te gusta? —Tomó mis cabellos entre sus dedos y tiró de mi cabeza hacia atrás para catar mis labios. Gruñó sobre ellos—. ¿Esto?

—Sí.

—¿Qué más?

—No lo sé. Lo quiero todo. Quiero...—Pero no podía decirlo, no poseía el coraje suficiente para expresar en voz alta aquellos anhelos prohibidos.

—¿Qué más? Dímelo...—Me tentaba. Sus labios pasaron a mi oreja, donde mordisquearon y lamieron a su antojo.

—Quiero pelear —repetí, sabiendo que no le explicaba nada realmente. Me mordí el labio tímidamente, un gesto poco habitual en mí—. Empujarte mientras me tomas, arañarte la piel hasta que tengas que atar mis manos, yo...

—Soltar el odio. —No lo habría expresado mejor ni yo misma—. Una mezcla de odio, deseo, sumisión y placer. Me gusta, soy tu hombre. —El calor reapareció con más fuerza todavía ante aquellas palabras. Mío, esperaba que aquel momento se estirase durante horas, poder saborear su cuerpo y dejar que mi alma se desperezase sobre el colchón hecho de placenteros orgasmos.

Sacó sus esposas y me las colocó. Lo miré sin saber qué hacer, queriendo luchar, resistirme, no lo hice. Esperé mi momento, sabiendo que llegaría. Él me miró esperando una reacción por mi parte, temiendo haberme hecho algún daño.

Sus dedos eran ágiles, desabrocharon mi vestido y se deshizo de él en un abrir y cerrar de ojos. El sujetador, negro sin tirantes, corrió la misma suerte. Solo la braguita permaneció en su sitio, mientras me observaba y se desnudaba frente a mí con una lentitud que me estaba poniendo de los nervios.

A pesar de que creía haber cambiado a lo largo de los años, seguía faltándome confianza y bajo su escrutinio quise taparme, no pude, cuando lo intenté el volvió a levantar mis brazos, dejando las miniaturas que eran mis pechos completamente expuestos. Mis pezones conocían mis miedos y se alzaron en modo de protesta, pero él solo sonrió complacido.

—Eres hermosa —dijo. Yo giré el rostro y lo tapé bajo uno de mis brazos.

—No me tortures más.

—Pensé que era eso lo que te gustaba.

—Tócame, lo necesito. —Era mucho más que una necesidad, sin sus dedos sobre mi piel la soledad ganaba terreno en mi interior. El frío, las dudas, aquel inmenso vacío que llegó con la traición de alguien que dijo amarme siempre. No quería pensar, si lo hacía sabía que me largaría de allí y acabaría arrepintiéndome, por eso sus caricias era mi única medicina.

—¿Qué necesitas exactamente? —preguntó mientras se acercaba solícito. Su peso hundió el colchón a mi vera —¿No querías pelear?

—Nunca lo he hecho. —¿Cuántas verdades ocultas en tan pocas palabras! Aquello decía mucho de mí, demasiado.

—No tengas miedo. —Su voz ronca me atravesó, acarició las cuerdas de mi cuerpo de manera exquisita. Solo una voz, jamás me había ocurrido antes, sin embargo, sentí el impulso de arquear mi cuerpo en su busca. Necesitaba sentir su piel contra la mía y aquella espera se estaba haciendo eterna. Nadie me había preparado para aquella intensidad que, a pesar de no tocarme, seguía incrementándose—. Pelea conmigo, no me voy a romper.

—Cierto. —Concedí cuando trató de ponerse sobre mí y lo empujé con las piernas. Casi salió despedido de la cama, aunque tenía buenos reflejos. Su risa me hizo ganar confianza, la justa y

necesaria.

Y cuando volvió a posarse sobre mí yo cerré las piernas con firmeza, él hizo fuerza sin despegar sus ojos de mi sonrisa, llena, feliz, sintiendo que los nudos que apretaban mi interior y me arrebatan el aire cada día se soltaban poco a poco. Fue obligándome a abrirme para darle paso, para que él pudiera colocarse entre ellas.

—¿Quieres que me detenga? —Su sonrisa brilló en aquellos preciosos ojos castaños, tan comunes y que, sin embargo, a mí se me antojaron únicos y hermosos.

—No.

—Eres una fierecilla. —Me gustó su visión de mí misma—. ¿También vas a tratar de morderme? —Con su mano derecha retuvo las esposas y con la otra comenzó a hacerme cosquillas, tomándome por sorpresa. Dejé de pensar para convulsionar bajo él tratando de alejarme. Pasé de unos grititos a carcajadas nerviosas, histéricas, a dejar que mis pulmones expulsasen todo el aire en forma de agudos chillidos.

—¡No! ¡Para! ¡Por favor! —dije con los ojos llenos de lágrimas y el corazón desbocado.

—¿Seguro? —Volvió a preguntar sobre mi oído, me estremecí de pies a cabeza al sentir sus dedos internándose bajo mi braguita. Rompió mis esquemas al acariciar de arriba abajo mis labios, sentí sus dedos y gemí con fuerza—. ¿Quieres que pare?

—Yo...

—¿No? —Mordió mi cuello, al inicio con suavidad, hasta que sus dientes volvieron aquel gesto en algo doloroso.

—Duele. —Mi voz apenas era audible, pero él la escuchó. Se separó al instante.

—¿Mucho? —Sus dedos me penetraron de un golpe, abrí los ojos y me mordí los labios—. ¿Paro? ¿Quieres que me detenga? —Negué con la cabeza—. No tengas miedo de hacerme daño, si lo que quieres es ser dura no te contengas. —Moví las caderas con insistencia, no sabía si para que incrementara el ritmo de entrada y salida o tratando de alejarlo. Me gustaba, traté de girar mis caderas, empujándolo, un intento infructuoso de colocarme encima.

—No logro moverme como quiero —suspiré poniendo morritos.

—¿Quieres darme pena?

—¿Pena? —Él se inclinó para besarme, lo hizo con una dulzura exquisita. Iba a retirarse cuando lo retuve, mordiendo su labio inferior. Él gruñó, yo sentí un tirón en mi entrepierna al notar su ausencia.

Fue un segundo, ese momento insignificante durante el que alguien baja la guardia, lo único que precisé. Él me veía solo a mí, lo que anhelaba de mi persona, pero no me conocía. Usando las piernas logré desestabilizarlo y me coloqué encima.

—Eres una sorpresa con unas piernas preciosas e interminables. —Acarició mi diminuta cintura y acabó en mis diminutos pechos. Se veían todavía más pequeños entre sus manos, aunque sus dedos se entretuvieron apretando con fuerza mis pezones.

—No sé lo que soy. —Coloqué las manos sobre su cuello, con los brazos estirados. Él no hizo amago alguno por alejarme, se quedó mirando mientras yo sentía mis dedos agarrotados, listos para apretar, necesitando hacerlo, llegando al punto exacto en el que el dolor haría aparición—. Podría matarte.

—No deberías decirle esas cosas a un policía. No querrás que te detenga. —Su ceja derecha se elevó con promesas mucho más oscuras que pasar un par de noches en una celda, era su celda privada y una cama enorme lo que adiviné en aquellas pupilas que oscurecieron sus ojos, todavía más, al dilatarse.

—No me ves capaz. —Bajé los ojos con lentitud, para alzarlos a continuación con decisión. El tiempo me había cambiado, sin embargo, en el fondo de mi ser seguía siendo la misma, con los mismos sueños y miedos nadando en el centro de mi pecho—. Podría hacerlo.

—¿Quieres intentarlo?

—Estás loco —concluí, sin creerle del todo.

—No he dicho que no vaya a defenderme. Por mi parte también quiero tomar algo de ti. ¿Puedo follarte hasta que se te pongan los ojos en blanco?

—¿Cómo si estuviera poseída?

—Algo así, poseída por una anaconda inmensa que te recorrerá haciendo que la cabeza no deje de darte vueltas. —Por la seriedad de su rostro cualquiera podría pensar que lo decía completamente en serio, yo reí con fuerza.

—Aún llevo bragas y...

—¿Esto? —No me permitió terminar, las apartó hacia un lado, aprovechando que yo estaba apoyada en mis rodillas, y agarrando su erección la restregó contra mi entrada—. ¿Vemos quién consigue antes lo que quiere?

Pero con aquella caricia en mis labios más sensibles mis ojos se cerraban, por mucho que tratase de evitarlo.

Apreté y él me penetró. Gemí, sus manos eran hierros candentes en mis caderas, me elevaron para dejarme caer. Yo perdí el contacto con mis neuronas, es cierto que mis dedos se cerraban en su cuello, no obstante, era más para mantenerme anclada a algo y no salir volando ante el placer que a cada embestida me despegaba un poco más de mis preocupaciones.

—Fierrecilla...—gruñó entre jadeos —me estás volviendo loco. Cooperá conmigo.

—Yo...

—Muévete, —Lo intenté, pero no íbamos compenetrados y al cabo de un par de segundos acabé por detenerme y dejarlo hacer—. toma lo que quieras, fierrecilla mía. ¿No quieres morderme?

Era difícil hablar cuando el orgasmo me amenazaba, envolviéndome despacio, llevándome a un punto en el que solo lo veía y sentía a él. Quería fundirme con su piel, penetrar su espíritu y llegar a donde nadie había llegado. Él era alguien complejo, no obstante, sentí que lo conocía, que lograba leer en él. Estúpido, ¿verdad?

—Estoy muy cerca —confesé, dejando que mi cabeza cayera hacia atrás.

—No te alejes, mírame —me pidió. Con su mano derecha agarró mi mentón para obligarme a hacerlo, yo me sentía demasiado vulnerable—. No te escondas.

—¡No lo hago!

—Mira como mi polla te penetra y nuestros cuerpos chocan. El sonido es exquisito. Podría correrme solo con mirarte, solo con lamer tus labios, tus pezones...

—Deja de decir eso. —Me desconcentraba, o quizás me gustaba demasiado. Razonar no estaba en mis prioridades en aquel instante.

—¿El qué? ¿No es cierto? —Incrementó el ritmo—. Eres hermosa, una amazona que me está dejando seco. —Y lo abofeteé con ambas manos, su cara se giró y en unos segundos volvía a estar mirándome—. ¿Más? —Volví a hacerlo. Viendo que nada le molestaba, me incliné y agarré sus cabellos. Mi culo se elevó en aquella postura, dejando espacio suficiente a mi acompañante. El sonido de nuestros cuerpos al chocar se incrementó.

Y ya no pude más. El orgasmo llevó a mi cuerpo a tensarse como una cuerda de guitarra, pero él no se detuvo hasta varios segundos después. Me dejé caer a su lado y él me tapó con la sábana.

Sus dedos repasaron mi espalda al alejarse.

—¿Estás bien? —me preguntó con dulzura, besó mi mejilla y yo no sabía dónde meterme. ¿Era el mismo hombre? ¿Acaso no comprendía que ya podía largarse? Todo había terminado.

—Las esposas.

—¿No puedo dejártelas un poco más? Si me das media hora...

—¿Otro combate cuerpo a cuerpo? —inquirí con sorna —Debo volver con mis amigas, es el gran día de kat.

—Pocas veces me han recibido tan bien en un aviso. He terminado mi turno, podría seguir haciendo de tu novio. —Y me guiñó un ojo de manera traviesa.

—Haz lo que quieras, pero quítame esto que tengo que vestirme.

—Veo que te cuesta decirme un simple sí. Puedes probar con “Oh, Dios del sexo, quédate conmigo y enséñame el arte del placer.”

—Creo que te tienes en alta estima —solté refunfuñando. No sé de dónde sacó las llaves, no llevaba nada encima, sin embargo, de pronto estaba libre. Me coloqué el sujetador en tiempo récord y solo entonces me atreví a volver a girarme—. Hay más mujeres en la boda, no me gusta repetir.

—Eres de las difíciles.

—¿Eso crees? Me siento en la responsabilidad de dejar las cosas claras, —Tomé aire para ganar fuerzas—. los musculitos están muy bien para un polvo rápido, repetir solo trae problemas.

—¿Tienes miedo? —Sin taparse, con su miembro mucho más pequeño y flácido meneándose con cada paso que daba, caminó hasta colocarse ante mí—. Me quedaré cerca por si vuelves a necesitarme —prometió, ayudándome a levantar el vestido. Se pegó a mí mientras me ayudaba a abrocharlo, tratando de dejar todo en su lugar—. Te ves preciosa. —¿Por qué se acercaba tanto?

—No me gusta que me regalen los oídos, si lo que buscas es una mujer tonta que cumpla todos tus caprichos no soy yo. —Quise avanzar hacia la puerta, no me lo permitió.

—¿Sabes lo que me gusta? —Se colocó a mi espalda y abrazó mi cintura. Su pecho estaba tan pegado a mi columna vertebral que podía sentirlo todo, como si la tela de mi vestido no existiera—. Las mujeres con carácter, con personalidad propia. No quiero arrebatártelo, jamás trataría de modificar una piedra preciosa, pero me encantará tratar de domarte, creo que los dos nos lo pasaremos en grande.

—Estás loco.

Capítulo 7



Kaia

“No me mires las tetas, aunque sé que lo estás deseando...”

Nuestro primer encuentro, poco podía saber yo en aquel momento, cuán decisivo sería. En aquel momento estaba tan absorta en lo que estaba perdiendo que no me preocupé de nada más. Habían pasado cinco minutos desde las misteriosas palabras de aquel bombero y ya no lo recordaba. Tres vasos diferentes habían pasado por mis dedos y tocaba fingir que escuchaba a una de aquellas familiares molestas mientras inspeccionaba la sala en busca de alguna de mis amigas. Asentí de nuevo al ver que me contaba algo con vehemencia para, a continuación, llevarse la mano al pecho y reír con fuerza.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó con voz aguda.

—No, lo cierto es que no. —Ella siguió con su carcajada y yo vacié el contenido de mi vaso. Ya no sentía el calor del líquido al descender por mi garganta, estaba cansada, pero no físicamente. Era algo mucho más profundo, una despedida silenciosa que debía aceptar con profesionalidad. Lo supe cuando vi a Kat acercarse con paso decidido.

—Kaia, ¿puedo hablar contigo? —No dejó que nuestra acompañante pudiera replicar algo, tomándome del brazo con firmeza ambas nos alejamos de aquella congregación de personas que estaba mucho más preocupada de disfrutar que por el verdadero motivo de aquella reunión—. ¿Te encuentras bien? Te noto rara —confesó apartándose un mechón de delante de los ojos, mechón que yo ni siquiera sentía.

—No pienses en mí, ¿has abierto mi regalo? Es para que juguéis, pero si quieres también puedes metérselo por el culo a Evan. —Mi lengua se trabó, a mi favor diré que una sola vez.

—¡Kaia!

—Kat, no me hagas caso. —Tomé aire y pegué nuestras frentes, un gesto que a ambas nos había tranquilizado en algún momento de nuestra vida. Cuando peor estábamos pegábamos nuestras mentes y la energía fluía—. Solo tengo que acostumbrarme, Evan me cae bien.

—Nadie lo diría. —Sus brazos me envolvieron la cintura y giramos con suavidad, yo hice lo mismo en un extraño baile—. Seremos felices. —Miré al novio fijamente y ella se detuvo sonriendo—. Ni lo pienses.

—¿Qué? No sé de qué me estás acusando.

—No le hagas nada, seremos felices, me ama. —Y eso me hizo sonreír a mí.

—Entiendo, es un intocable. —Nuestra corta lista de intocables eran las personas que de verdad nos importaban. Para anotar un nombre en ella dicho individuo debía cumplir unos requisitos bastante estrictos—. Pero su hermana me debe...

—Deberías dejarlo estar.

—¿Eso debería hacer? —Agarré su rostro entre mis manos, desde fuera parecía que fuéramos a darnos un morreo allí en medio y, en otro momento, lo habríamos hecho sin que a ninguna nos importase lo más mínimo. ¿Había cambiado nuestra relación sin que nos diéramos cuenta? Ahora no sabía lo que era correcto y lo que no, aunque ella no cesaba en repetir que era la misma—. Su hermana pagará los pecados de Evan —Poco podía sospechar Kat que le mentía, que tenía mis propios y oscuros motivos para desear venganza.

—No seas testaruda —replicó sin mucho entusiasmo.

—No parece invertir mucho esfuerzo en detenerme. Confíesalo, también disfrutarías mucho viendo como su vestido explota o... Bueno tengo que pensarlo bien. —Aunque la primera idea no era tan mala—. Te has unido a una familia de estirados adinerados que nos miran por encima del hombro. Que no nos creen suficiente —añadí con la boca pequeña. La de las verdades dolorosas.

—Evan no es así. —Me encogí de hombros negándome a claudicar.

—Lo conocerás.

—Su hermana pagará —dije yo sin hacerle caso.

—Haz lo que quieras, si eso te hace sentir mejor...—Y acercándose a mi oído añadió—. Me dijo que a Evan siempre le habían gustado las causas perdidas, pero que no tardaría mucho en aburrirse de mí.

—Zorra. —El veneno no me cabía en la boca. Y los ojos de las dos acabaron depositándose sobre la familia del novio, las dos mujeres más cercanas a él se encontraban rodeadas de personas, exhibiendo sendas sonrisas y gesticulando de manera excesiva a la más mínima oportunidad. Fue entonces cuando lo vi—. ¿Qué hacen ellos todavía aquí?

—¿Ellos?

—Los del uniforme. —No necesité decir más. Pocos invitados de una boda se visten de policías o bomberos, creo que no era la etiqueta elegida, ni siquiera por los más audaces—. No te hagas la tonta.

—Solo quería ser amable. —No la creí ni por asomo.

—¿Qué planeas?

—Son guapos. Creo que uno de ellos ya te ha echado el ojo. He visto cómo hablabais. —Y el susodicho se encontraba al lado de la hermana del novio mientras ella, coqueta, le tocaba el antebrazo.

—No me interesa.

—También hay mujeres muy hermosas. —La miré con ojos como platos—. Solo ella conocía mi bisexualidad, no porque me avergonzase, sino porque no creía que fuera algo que tuviera que ir pregonando a los cuatro vientos. Yo era mucho más que eso.

—Puede.

—Pues el tío no te quita los ojos de encima.

—No me gusta que me controlen. —Ante mi réplica ella puso los ojos en blanco—. Lo intentaré. —claudiqué al fin. Ella besó mi mejilla y Evan apareció a su lado. Siempre cerca, siempre pendiente de su mujer, en silencio me alegré por ella, concediéndole el espacio que todos los recién casados precisan.

Una persona con dos dedos de frente se alejaría, yo caminé hacia la hermana de la novia. La odiaba, no la soportaba, nada de eso se reflejó en mi rostro cuando me coloqué al lado del bombero.

—Siempre puedes aceptar mi propuesta. —Estaba sugiriendo ella, tendiéndole una tarjeta con discreción. Asombrosamente él se hizo el tonto para evitar cogerla y, con esto, rechazó “elegantemente” su “oferta”.

—Creo que le gustan con más clase —solté, colocándome junto a la rubia de bote. El bombero quiso huir, dio un paso y creo que se vio a salvo, pero el eché el lazo al agarrarlo por el codo—. Y con más... personalidad.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes a nadie más a quién molestar? —preguntó Marta con retintín. Su rostro era hermoso, pero su máscara de maquillaje la hacía parecer una muñeca sintética sin vida.

—Te extrañaba. —Me giré y miré al bombero de frente, haciendo que Marta no existía—. Aunque deberías darle una oportunidad, las zorras como ellas son excelentes en la cama y no tiene problemas en meterse de todo en la boca.

—¡Ya basta! —gritó ella, hundiendo sus uñas en mi brazo derecho. Apreté los labios con fuerza.

—¿Si? Una auténtica pena, cualquiera diría que la última vez que nos vimos nos llevábamos mucho mejor. Claro, —Chasquéé la lengua como si me hubiera dado cuenta, de repente, de algo importante—. antes de que descubriera que eras toda una zorra. Eres una actriz fantástica.

—Solo estás molesta porque has perdido a tu coñito favorito.

—No la insultes de esa manera. Ella y yo jamás...—Me detuve, no tenía por qué dar explicaciones ni por qué dejar que malmetiera en mi amistad con Kat.

—Porque a ella no le van tus mierdas. —Me dolió, decir lo contrario sería mentir. Ella supo tocar los hilos adecuados.

—¿Y a ti? —Coloqué las palmas en el pecho de aquel bombero de ojos dorados—. ¡Qué maleducada soy! ¿Te llamabas?

—Adrián —contestó algo cohibido.

—Adrián, bonito nombre. —Tomé aire y, poniéndome de puntillas, me acerqué a su boca—. Adrián, ¿a ti te interesa tocar mis hilos? Podríamos crear juntos una melodía preciosa.

—Por supuesto. —Parecía tan feliz que me sentí mal por él. Poco sabía aquel gigante de los motivos que me habían llevado a hacer tal sugerencia. No iba a echarme atrás.

—Marta, tendrás que buscar otra víctima. Hazlo rápido, no queremos que la máscara se te derrita demasiado pronto y los invitados crean que te has convertido en un payaso asesino. —Solté una risita rápida. Busqué mi propia tarjeta de habitación y la dejé sobre la mano del bombero, sabía que me arrepentiría, debía usar la cabeza—. ¿En una hora? Aún quiero disfrutar un poco de este circo. —Había bebido demasiado, pensé antes de girarme para dejarlos con la palabra en la boca. Me alegré de no poder verme desde lejos, habría sido muy triste.

Unos tacones a mi espalda me confirmaron que Marta estaba furiosa. No iba a quedarse callada, eso no iba con ella. Temí el show que estaba a punto de formar y la arrastré hasta una esquina alejada.

—¿Y bien? Pensé que ya no querías ni tener que mirarme. La gente como yo te da asco, ¿recuerdas? —La odiaba, ambas lo sabíamos. En aquella ocasión había sido despiadada y no iba a olvidarlo tan fácilmente.

—Pensé que tendrías un mínimo de educación.

—¿Si? ¿Un engendro de la naturaleza como yo? ¿Eso creías?

—No te comportes como una cría —soltó con aquella voz que demostraba que siempre sería mucho mejor que yo.

—¿Estás borracha, Marta? ¿Es eso? —La interrogué con rapidez, ella dio dos pasos hacia atrás hasta que chocó con la pared. Vi con lentitud cómo su mente buscaba una respuesta, pero la clave fue percatarme de que su respiración se volvía irregular—. Ya tienes excusa, ¿acaso piensas que no tengo autoestima?

—¡Jamás permitiría que volvieras a...!

—¿Qué? ¿Qué te hice? Parecías muy contenta y participativa. Casi diría que te corriste como la zorra que eres.

—¡Cállate! ¡Alguien podría oírte! —Miró a ambos lados con auténtico pavor, temerosa de lo que los demás pudieran pensar, aunque no le importó destrozarme a mí con sus ponzoñosas

acusaciones.

—Te dije que te arrepentirías, zorra. —Y suavicé mi expresión, tras suspirar con fuerza y posar una mano sobre mi bonito e inmenso escote—. Me tiraré a otro que, por cierto, está como un queso. Tú te quedarás sola por mentirosa, por tratar de esconderte de ti misma. Al menos tienes dedos, aunque quizás necesites meterte la mano entera de lo mucho que...

—¿No podrías dejar de hablar como una cualquiera? —Y mientras discutíamos nos íbamos aproximando. Yo lo notaba, ella lo notaba. Estaba tan cerca que su aliento espeso y dulce volvía a hacer de las suyas bajo mi piel.

—Vuelve a tu minúsculo mundo de rubia tonta y perfecta. —Me coloqué con cuidado el pelo, ganando tiempo para pensar en algo que no fuera que le estaba haciendo daño y me importaba. Para no recordar los besos que aquella noche, tras la despedida, habíamos compartido. Caricias ebrias que desembocaron en algo más, aquellas horas en las que descubrí una Marta diferente, alguien que se escondía bajo la ropa y el maquillaje, pero que estaba ahí. Divertida, sagaz, capaz de llevar a cabo posturas imposibles. Ella tenía cualidades dignas de admiración, pero junto a todo eso también se odiaba, nos odiaba, con fervor.

—Deberías olvidarlo. Jamás volverá a ocurrir. Deja de inmiscuirte en mis asuntos como una celosa compulsiva. —Me acerqué y la sentí temblar. Nadie veía nada extraño, no nos tocábamos, solo hablábamos, pero entre ambas había una corriente extraña. No era necesario acariciarnos, nuestros cuerpos temblaban como si lo hiciéramos.

—No estoy celosa, fue un polvo. Lo que me asquea fueron tus palabras después, la forma en la que me trataste. —Me sacudí del vestido un polvo imaginario. Quise negar la atracción, convencerme de que jamás, hiciera lo que hiciera ella, regresaría a sus brazos. Yo era mucho más fuerte que eso, tenía amor propio—. ¿Quieres comprobar por ti misma lo que digo? Mi habitación es la 243, avisaré en recepción para que te mande una llave electrónica. —Le guiñé un ojo.

—Eres asquerosa. Una puta que cree que todo está permitido.

—¿Así es como lo ves? Solo soy una mujer que disfruta de lo que desea, lo acepta y lo lleva como algo normal. No me siento mal conmigo misma porque he aceptado que amo a la persona, sin encapsular mi amor en los genitales de mi compañero. Soy libre, mucho más que tú y sé que en el fondo me envidias.

Aunque mentía en parte, no fue tan sencillo. Fue Kat la que me ayudó a verlo de esa manera, pero no quería retroceder ni esconderme. No lo iba pregonando, tampoco lo negaba cuando me lo preguntaban.

Caminé queriendo aferrarme a mi convicción, a aquel bombón de ojos dorados que me deseaba, que me veía como una diosa. Yo era libre, no le debía nada a nadie. ¿Entonces por qué no dejaba de pensar en lo suaves que eran los labios de Marta? Una parte diminuta de mí se negaba a creer que ella fuera así, no casaba con la persona que yo había tenido en mis manos, entre mis sábanas.

Era como ver a otra Marta, una que no me gustaba en absoluto.

Adrián, me recordé mirando a mis amigas. Eli se había cambiado de ropa y se hallaba ante la mesa de pastelitos. Sabía que siempre que estaba nerviosa comía, era una señal silenciosa de que necesitaba hablar y me aproximé pensando que quizás de esa manera pudiera olvidar por un rato mis propios fantasmas que, casualmente, llevaban tanga y un vestido azul que le quedaba de infarto. ¡Putita Barbie de plástico!

Capítulo 8



Elani

“Soy dulce, pero puedo romperte los dientes...”

Y cuando el calentón se apagó la vergüenza me hizo esconderme frente a la mesa de los pastelitos. Aquella valentía que demostré era algo efímero, se desvaneció entre mis dedos con rapidez, me sentí ridícula al ver como el mismo tío flirteaba ahora con otra de las invitadas.

Y es que yo nunca sabría separar sentimientos, no podría tener jamás una noche loca y seguir mi camino sin suspirar por el hombre que me hubiera llevado hasta las nubes. Siempre buscando el felices para siempre, no obstante, a mi favor diré que es difícil dejar marchar a alguien capaz de hacerme sentir como él, en apenas unos minutos.

Pero de una saltó a otra. Siempre había alguna mujer hermosa a su lado, en media hora llevaba tres y sabía que habría muchas más. Cuando terminase la noche su bolsillo estaría lleno de números de teléfonos de hembras que dejarían la puerta entreabierto esperando.

—¿Qué haces tan solita? —Kaia me abrazó con suavidad y se colocó a mi lado. Yo tenía la boca llena y me tomé tiempo para tragar. Cuando lo hice bajé los ojos antes de responder.

—La cagué. No es mi día.

—Pues yo te veía en tu salsa mientras le inspeccionabas la campanilla a aquel maromo. —Ella siempre tan directa. ¿No le temía a nada? A pesar de su altura y de sus rasgos suaves tenía una fortaleza que todas envidiábamos, pareciera que lo que pensasen los demás de ella le resbalase.

—Lo pisé y se ha enfadado.

—¿Solo por eso? Entonces no es un hombre de verdad, busca otro, sino siempre puedo pasarte al mío. —¿Lo decía en serio? Con ella nunca se sabía, muy capaz era. Me encogí de hombros, ¿quería ser tan atrevida? No, por algún motivo después de aquel morreo en toda regla mis ojos siempre volvían al mismo—. Pero...

—Me gustó.

—¿Gustar, gustar? Cielo, siempre tienen algo especial y luego son patanes que te destrozan el corazón. Deja de pensar que todos son el definitivo. —Mis ojos se nublaron y ella apoyó su cabeza en mi hombro—. Lo siento, cielo. Tampoco tengo un buen día, pero no me gusta que te hagan daño.

—¡No soy una niña! —Viendo que había gritado más de la cuenta terminé de hablar con un tono mucho más suave—. Solo busco sexo.

—Con él.

—¿Tan malo sería? ¿Cómo puedo convencerlo? Ni siquiera me ha mirado —reconocí, sintiéndome una acosadora.

—No soy la indicada para dar consejos —susurró Kaia. Miró hacia la mesa nupcial, parecía ausente, mucho más de lo normal—. Parecías feliz comiéndotelo delante de todo el mundo y el mundo no se ha terminado. Nadie ha perdido los ojos. Búscate otro, quizás no sea igual, pero es peor quedarse suspirando por alguien que ya te ha reemplazado. —En sus palabras no parecía hablarme a mí. Yo no quería eso, me percaté al verla tomar un pastelito y llevárselo a los labios.

—Kaia, ¿te encuentras bien?

—Deja de preocuparte por todos menos por ti. —Por su forma de hablar casi parecía un insulto, decidí dejarlo correr.

—Si necesitas hablar...

—Lo sé, cielo. Perdóname, ya te lo contaré, lo prometo. —Y supe que lo haría, ella sabía que contaba conmigo pasase lo que pasara. Nos abrazamos, lo necesitábamos. Entre sus brazos, durante un minuto escaso, me sentí protegida de los demás.

La música sonaba, yo comencé a mecarme. Siempre me gustó bailar, siempre en la intimidad, demasiado vergonzosa. Cerré los ojos para esquivar las miradas, para no recordar que podían verme. Mi cintura era de gelatina, mi cadera encontró el vaivén exacto.

Sentí unos brazos, el olor era el de Kaia. Ella no me dejaba sola, yo me aproximé más. Me movía como si la quisiera volver loca, no obstante, no era para ella para quién me mecía. Buscaba seducir, lograr convertirme en el objeto de deseo de alguien, quería... Daba igual.

Empezaba a sentirme en una nube. Aquella música, me encantaba danzar, mi cuerpo alcanzaba una sincronía con las notas maravillosa, mi auténtico yo se desperezaba bajo mi piel, ganaba fuerza y se demostraba rebelde.

—¿Puedo acompañaros? —No podía ser verdad, era él.

—No —respondió Kaia con rotundidad. Abrí los ojos para verlo boquear antes de reponerse. Yo sonreí y acaricié la mejilla de mi amiga.

—¿Qué quieres? —pregunté mirando a Lander a los ojos —Creí que estabas muy ocupado.

¿Alguna vez habéis tenido la impresión de que os encontráis perdidos? Sentir que las opciones no existen, que lo que más deseas es algo que te va a hacer mucho daño, pero no puedes evitarlo. Caminas mansamente hacia el dolor aun cuando deberías evitarlo, sin embargo, me había cansado de caminar por la zona segura.

Siempre fui esa persona en la que todos confían, mis palabras causaban consuelo y todos sabían que en mí podían encontrar un oído listo para escuchar, porque todos necesitamos en algún momento confesar nuestros grandes miedos y no ser juzgados en el proceso.

En medio de aquella pista de baile, apoyada por Kaia, me pregunté si la Eli real siempre había sido esa. Me divertí, me sentí libre, a cada uno de mis movimientos las cadenas se rompían y volvía a sentir bajo la piel aquella corriente eléctrica que me encendía. No me di cuenta en qué momento me había conformado con una existencia sencilla, no obstante, precisaba algo más.

Dejar de lado los prejuicios, incluso hacia mí misma, era lo más complicado. Al mantener los ojos cerrados estaba allí sin estarlo. Sabía que Lander se encontraba a mi vera, también que había mucha más gente, pero podía hacer que se perdieran entre las notas de la melodía.

—¿Estás borracha? —preguntó directamente. Giré sobre mí misma soltándome también del abrazo de Kaia. Me sentí libre, moví la cabeza con suavidad. Alguien la tomó entre sus manos, eran inmensas —¿Te encuentras bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? Y... ¿Por qué te preocupa? —Solo entonces despegué mis párpados. La luz me cegó, pero el efecto duró poco. ¿Se podía ser más sexy? Aquel hombre poseía un magnetismo sexual que yo deseaba, pero no quería arrastrarme ni suplicar. Necesitaba que me viera como la fiera que se escondía en mi interior, no como la que se mostraba en el cuerpo de una mujer sin tetas, culo o rasgo alguno reseñable.

—¿Podrías decirle a tu rottweiler que no voy a comerte? —Kaia literalmente se preparaba para golpearlo. Suspiré al verla tan pequeñita y adorable sin miedo ante un hombre que casi duplicaba su tamaño, era valiente, luchadora.

—No.

—¿Quieres que me vaya? —Se pegó a mí. Él no se movía, chocaba contra mi cuerpo cada vez que yo me mecía, era mi columna de granito, aquella contra la que, en la intimidad, no dudaría en

restregarme en medio de la pasión y la ensoñación de saberle solo mío.

—¿Importa? —Apoyé mi mano en su pecho, sonreí al ver que Kaia había golpeado su rodilla y él gemía para postrarse a mis pies.

—A mi amiga la respetas y la tratas como se merece. —La furia que Kaia demostró me sorprendió—. Si no vas a hacerlo lárgate, porque no dudaré en convertirte en eunuco.

—¿Estáis todas locas? —inquirió Lander. Se levantó apoyándose en mí, sujeté su cintura, aunque sabía que yo no tenía fuerza suficiente. Él no solo me lo permitió, sino que prácticamente se pegó para que yo notase aquella dureza—. No me obligues a castigarte. —Me lo decía a mí.

—Como le toques un pelo te corto los huevos aquí mismo. ¿Acaso crees que puedes abusar de tu fuerza física y...? —Kaia apretó los puños con fuerza, temí lo que pudiera pasar.

—Kaia. —La toqué, pero mi amiga no me veía, no me escuchaba.

—¿Crees que es inocente? A ella le gusta y tú no deberías meterte. —Me atraganté. Él no tenía derecho a decirle aquellas cosas.

—¡Retíralo! —ordené. Me interpose entre ambos, golpeé su pecho con fuerza —¡Pídele perdón!

—¿Por qué? No es para tanto, no sé por qué os gusta tanto el drama a las mujeres. —Por fuera sería hermoso, pero por dentro era un cabrón.

—Por el mismo motivo que nos acostamos con basura, pero nunca nos quedamos con esos. Al final siempre elegimos hombres dulces, atentos, cariñosos. En otros... solo vemos una distracción momentánea. —Me tapé la boca tan pronto terminé de hablar. Sus ojos me atravesaron y Kaia se detuvo—. ¿Podrías dejarnos solos? —Ella asintió y se alejó, no dejó de observarnos—. Lo siento, no quería...

—Era exactamente lo que querías. —Su aliento voló sobre mis labios cuando, tras atrapar mi pelo y tirar con suavidad de él, me obligó a alzar el rostro. Sobre mi boca planeó como un avión listo para aterrizar, sin embargo, temía aquel contacto, no sabría al anterior, su sabor sería amargo—. ¿Solo sirvo para calentarte durante unas horas? ¿Quién juzga a quién?

—No quería...

—Sí querías. —Y me besó. Intenté no sentir aquel fuego, que mi piel no ardiese ante la proximidad de su cuerpo, no sentirme tan endemoniadamente bien—. ¿Quieres que te enseñe lo bien que se me da? ¿Tienes una habitación? —Pareciera que quería castigarme, denigrarme por la forma en la que me miró. Me estremecí al saberlo cerca, al percibir que si no aceptaba quizás no tendría otra oportunidad y al no querer que se alejara. Aquel era mi momento, mi experiencia excitante, ¿por qué no aceptar? Quizás porque pasara lo que pasase no sería mágico, habría algo que lo empañaría siempre.

—No me mires así.

—Te deseo, mi polla está dura y lista para ser usada. Prometo no hablar si eso es una molestia.

—Yo no soy así —susurré avergonzada. Cerré los ojos de nuevo queriendo retroceder en el tiempo. Si tuviera ese poder... tan solo unos minutos—. Quiero ir contigo, lo deseo.

—¿Pero?

—Si lo hiciera en este momento no me lo perdonaría y si no lo hago también. —Miré sus ojos y acaricié su mejilla. Vi su duda, mi rayo de esperanza—. Confío en ti. —Y le tendí la mano, ahora fue él el que se tomó su tiempo.

El sexo puede parecer un acto desprovisto de sentimientos, no obstante, incluso cuando sabía que una vez saciados no volvería a saber nada de él, yo era consciente de que iba a dejar algo de mí en aquellas sábanas. Así era yo, estúpida de naturaleza, aunque eso no era algo de lo que me

avergonzase. Era mi secreto, él no sabría que guardaba cada caricia, cada momento en un rincón de mi mente al que volvía cuando mi vida diaria no era tan plena como cabría de esperar.

Con los dedos entrelazados caminamos hacia mi habitación. Yo iba en automático, mi mente conocía el camino y mi cuerpo lo siguió sin que fuera consciente de las órdenes que mediaron.

¿Cómo podía enfrentarme, con mis complejos a cuestas, al odio de su mirada? La puerta se cerró y me vi presa, él se convirtió en mi león peligroso, no obstante, el sabernos solos me hizo ganar confianza.

—¿Vas a montarme con cara de funeral? ¿Me dejas pintarte al menos una sonrisa? —Si pretendía animar el ambiente él no ayudó. Viendo que se sentaba sobre el colchón y se quedaba inmóvil caminé hacia el tocador. Cuando me volví llevaba mi neceser entre los dedos—. ¿Y bien?

—Puedes empezar cuando gustes. ¿Me quito la polla o toda la ropa?

—Tumbate. —Si quería molestar me yo era más testaruda. Cambiaría el momento, no iba a dejar de luchar.

Lander era orgulloso, se dejó caer y cruzó los brazos sobre su pecho. Yo me coloqué sobre su cadera, cada vez que me movía lo rozaba “sin querer” y vacié el contenido de mi precioso neceser rosa al lado de su cabeza.

—¿Qué pretendes? —Giró la cabeza, asustado.

—Shh... ¿tienes miedo?

—¿Qué haces? —Yo ya me acercaba con el colorete.

—¿Yo? Si te comportas como un payaso al menos quiero que parezcas uno. Seguro que así además de un orgasmo me regalas una sonrisa.

—Desvarías —soltó. Cuando se le escapó una sonrisa, casi se me pasó desapercibida, casi. Solté el aire ganando confianza—. ¿Empezamos? No tengo todo el día.

—Precioso, si queremos hacer las cosas bien es mejor que nos lo tomemos con calma. Soy una mujer compleja, quizás tengas tiempo suficiente para desentrañar mis misterios.

—Todas las mujeres tenéis las mismas teclas.

—¿Sí? ¿Y cuáles son? —Sin previo aviso me hizo girar en el aire y, viéndose sobre mí, apretó sus caderas. Jadeé al sentirlo tan inmenso, me arqueé e hinché su ego en un segundo.

—Os gusta tener la razón. —¿Eso no me lo esperaba! —Entonces planeabas jugar a ser artista.

—Lo soy, ¿no te lo había comentado?

—¿Sí? —Peleamos como dos niños mientras él trataba de arrebatar me el pintalabios que ahora aferraba mi mano derecha. Las risas se volvieron en la melodía de fondo, cambiando la tensión por diversión. Poco a poco, nos olvidamos de los complementos, de los juguetes. Traté de hacerle cosquillas, él era más rápido.

Sus dedos eran ágiles, hallaban puntos desconocidos en mi cuerpo. Convulsionaba dejando ir el miedo, abriéndome a él hasta el punto en que mis labios lo buscaron con inocencia en un casto beso tras rodar por tercera vez, deshaciendo la cama.

Los dos nos sorprendimos ante aquel gesto, fue como despertar en aquel preciso instante. No supe si continuar o alejarme, si disculparme o hacerme la valiente. Pero mi mano también era un órgano independiente y se deslizó por su mejilla. Al final yo era yo, la misma niña tonta que ansiaba mucho más, nunca me había conformado.

—Me cuesta mucho castigarte —reconoció, al tiempo que deslizaba sus dedos desde mi mentón hasta llegar a mi escote. Mi piel se erizaba a su contacto, apretó uno de mis pechos con fuerza.

Ví el deseo descarnado en sus ojos y no pude evitar comparar. Yo no era virgen, aunque

tampoco muy versada en el arte del sexo. Lo mío eran las relaciones de alta duración, conocer a un chico que me dedicaba un poco de atención y atarlo a mí, convencerme a mí misma de que aquellas citas llenas de palabras bonitas y sexo tranquilo, sin sobresaltos, significaban que la conexión que existía entre ambos era mucho más intensa.

Todo mi mundo se basaba en tratar de encontrar un hombre con el que compartir mi vida, en formar la familia que siempre había deseado y el felices para siempre. Sin embargo, lo único que había conseguido acumular era una serie de desastres amorosos de lo más diversos. Había de todo un poco, desde el tío que creía que ducharse una vez a la semana era suficiente hasta el que trataba de hacer monólogos mientras lo hacíamos. Era la polla tratar de correrse mientras te contaba que aquella misma tarde se había tirado un zurullo del tamaño de un bebé, y el cabrón se echaba a reír. Yo los justificaba, todos tenemos defectos... pero no era verdad. Yo era la que siempre me amoldaba, la que cedía y olvidaba quién era realmente y estaba cansada. Quizás por eso, por primera vez, el hombre era el enemigo y el sexo era de una sola vez. No importaba lo bien que estuviera, me repetí al ver cómo se quitaba la camiseta por la cabeza.

Cuando besé a Lander y nuestras lenguas se enredaron el fuego explotó en mi interior. Escalofríos potentes que atravesaban mi piel y me dejaban febril, a merced de sus atenciones. ¿Sabéis lo más extraño? ¿Mi gran revelación? Las palabras exactas que atravesaron mi mente fueron “Hasta ahora había comido sin sal.” Sonreí separando más los labios, enredándome a él y envolviéndolo con las piernas.

Cuando dejó de besarme esperaba el siguiente movimiento, en su lugar se quedó mirándome fijamente y sentí la necesidad de romper el silencio, pues aquella ausencia de sonido entre los dos ganaba peso con rapidez, oprimiéndome el pecho.

—Lo haces bien —concedí.

—¿Esperabas otra cosa? —sonrió de manera orgullosa, su mentón cuadrado, sus labios, rojos por los besos, aquella forma de mirarme, como si fuera un trocito de chocolate que quería devorar con ansia...

—He tenido musculitos, peleles, poetas y deportistas. He probado a muchos y eres una excepción.

—Hablas muy raro —dijo Lander apretando su mano a mi mejilla—. Solo estás excitada y te queda mucho. Te lo prometo. —La última frase fue un cálido y húmedo ronroneo en mi oreja. Lo creí, sentí una confianza imposible de fingir.

Una de sus manos descendió por mi cintura y más abajo. Sus dedos esquivaron la tela de mis braguitas con maestría, acariciaron allí donde podía, rozaban con precisión y yo no sabía qué hacer.

Como única respuesta apreté las sábanas a ambos lados de mi cuerpo, me retuve a mí misma, se lo di todo.

—¿Lento o rápido? —preguntó. ¿Cuál era la respuesta correcta? Lo quería todo ya, aunque que todo terminase me daba ganas de llorar. Si todos los hombres que antes me habían tocado tenían polla, brazos, manos, dedos... ¿Por qué mi cuerpo parecía haber nacido en el mismo instante en el que él me miró por primera vez?

—No lo sé.

—¿Duro o suave? Antes habría dicho que te gustaba la juerga, pero ahora...

—¿Soy una niña tonta? ¿Necesito dulzura? —Pero es imposible anular nuestra naturaleza, cambiar es difícil.

—¿Te he molestado?

—¿Ahora te preocupa? ¿A qué viene tanta conversación? —inquirí con dureza. Mi voz era fría, cortaba como el acero, aunque mis piernas se movían inquietas cuando él me penetró. El cambio siempre me había asustado, ahora lo que de verdad me producía auténtico pavor era volver a mi pasado, a la rutina de una vida insulsa y monótona —Quizás sería mejor que me comprase un consolador, los tíos siempre necesitáis...

—¿Sí? —Me tapó la boca, sentí mi humedad en su mano—. Estás loca.

—Estoy perdida. —Mi mano derecha voló a su pelo. Apreté, apreté y apreté sin control. Él frunció el ceño, se mordió el labio como respuesta—. No soy dulce, no soy tierna, soy una mujer, eso soy.

—Estás como una cabra. ¿Qué vas a ser sino? ¿Un robot o un asesino a sueldo? —sonreí, sonreí y el gesto creció despacio. Cogí aire.

—¿Asesino a sueldo? ¿Tan peligrosa te parezco?

—Has prendido fuego a tus amigas, me has destrozado el pie, me has insultado...—Se tocó el mentón—. Déjame pensar... ¡Y ahora pretendes mancillarme! Deberías respetarme e invitarme a una copa al menos. —Era una forma de verlo.

—Hoy ha sido un gran día —reconocí—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —Y las conversaciones transcendentales en los momentos menos indicados, así era yo. La persona menos oportuna del planeta.

—Me has invitado, aunque creo que más bien ha sido un reto, amenaza y deseo que ambos compartíamos. Querías esto y no te has detenido ante nada, —Me besó, lo hizo con ternura. Había mucho en el interior de aquel gigante y no sentía vergüenza de mostrarlo. El deslenguado y patán que conocí aquellas horas era mucho más, un niño y un hombre complejo que no se escondían, directo, pero sincero, tal vez era en la sinceridad en lo que los otros habían fallado. Quizás las emociones nunca fueron tan intensas porque, mientras estaba con los otros, ambas partes hacíamos lo que se esperaba de nosotros y no lo que de verdad deseábamos. No obstante, entre los brazos de Lander solo había algo que yo precisara y era a él en cuerpo y alma durante unas horas, aunque fueran solo unos minutos serían maravillosos—. ¿no lo necesitas? —Golpeé su mentón al darme cuenta, después sonreí.

Era un hombre joven y bien dotado, eso es lo que voy a decir. Si tuviera que añadir algo más sería que era un tramposo y que sabía cómo jugar sus cartas. Si quería hacerme olvidar, que mi mente dejase caminos tan pantanosos y se concentrase en los que “literalmente” teníamos entre manos, lo había conseguido. La pregunta importante era, ¿cómo?

Fácil, mientras yo estaba concentrada en nuestro breve intercambio dialéctico, él también lo estaba, pero en deshacerse de su prisión y liberar a su polla. Su carne, dura y lista, me acarició.

—Sí. Un condón. —Estiré los dedos y él me tendió uno. Estaba sentado sobre sus talones con su pequeño amigo, o no tan pequeño, me miraba con su agujero que se me asemejaba a una boquita sorprendida—. ¿Yo?

—¿Por qué no? Tus manos son mucho más suaves. —Se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Podría hacerte daño...—Lo dejé caer y él tomó mi mano derecha, con el profiláctico ya fuera de su paquetito—. aunque yo no soy tan cruel. No te arrebataría tu juguete más divertido.

—Lo subestimás, los dos hemos practicado mucho y nuestra técnica es de las mejores que probarás nunca.

—Creído.

—Mentirosa. ¿Vas a terminar pronto? A mí también me apetece estar en caliente, ¿no ves que

poco le falta para estornudar? —E hizo una representación para mí. Atónita me dejó cuando, ¿podemos llamarlo mini-malote?, pues atónita me dejó cuando mini-malote se movió arriba y abajo dos veces.

—Si no para quieto no voy a ser capaz —expliqué poniendo morritos. Me soltó y apoyó las manos tras su nuca. Me acerqué a mi objetivo decidida, Lander tomó aire cuando mis manos y su mini-malote entraron en contacto.

—¿Y bien? ¿Estás nerviosa?

—¿Y tú impaciente? ¡Terminé! —Aquel grandullón era rápido, en un abrir y cerrar de ojos ya estaba de nuevo sobre mí y, sin previo aviso, me traspasó. Yo era diminuta, frágil entre sus manos.

—¿Más? —¿Por qué su voz sonaba normal mientras que yo apenas conseguía tomar aire, respirar? —¿Más rápido? —Levanté las piernas. El ritmo se incrementaba, sus manos me recorrieron y estrujaron. Su necesidad de mí, de más, de mis besos, que demandaba con ferocidad. Mordió y yo le devolví cada dentellada, chupó mi cuello y yo lamí su pecho. Nuestra piel, aquella que estaba al descubierto, brillaba fruto del sudor, pero el olor era maravilloso, uno de los mejores afrodisíacos.

Si estuvierais ante el mismísimo demonio y os ofreciera uno de sus famosos contratos, os concediera aquello que más queríais a cambio de vuestra alma, ¿qué pediríais? Cuestiones extrañas para un momento perfecto, ¿por qué entonces no podía dejar la mente en blanco? Sencillo, porque temía el final.

A medida que mi cuerpo se tensaba, que el placer se incrementaba y los dedos de mis pies se estiraban presintiendo el orgasmo apocalíptico, temí.

—Estoy cerca...—solté entre gemidos profundos. Él mordió mi labio y tiró de él, soltándolo poco a poco, sin dejar, en ningún momento, aquel movimiento —No quiero que acabe.

—Shh... ven conmigo...—Me apaciguó, su voz me guiaba hacia su terreno, llevándome al mismo precipicio y forzándome a saltar con los ojos cerrados.

Hasta el final de aquella locura era perfecto. El orgasmo me invadió y nuestras manos se buscaron, entrelazamos nuestros dedos, nos miramos a los ojos.

Y dejé que todo fuera perfecto, memoricé cada sensación, olor, pensamiento. Sus ojos azules eran dos estrellas brillantes, se volvieron casi blancos. Sus brazos eran inmensos, fuertes, cadenas de hierro forjado que apretaron mi cuerpo, lo contuvieron cuando los espasmos ganaron intensidad.

Y él también perdió el control, la batalla, cómo queráis llamarle. Se dejó ir entre mis paredes, lo sentí latir con intensidad tres veces, descargando en mi ser aquella pasión y deseo, dejándolo todo atrás para caer laxo sobre mí.

Y cuando los dos más sensibles y débiles nos sentíamos la conexión entre ambos era más intensa que nunca. Una mujer independiente, cuyas ideas estuvieran claras, se habría alejado, se habría vestido y habría regresado a la fiesta. Se habría quedado con un buen recuerdo, en lugar de eso acaricié su espalda con gestos lánguidos. Permití que mis dedos jugueteasen con su piel, no obstante, Lander era más cabal.

—¿Te gusta posponer lo inevitable? Creo que te esperan, —Levantó el rostro. Contuve las palabras que de verdad quería decir. No quería ver cosas donde no las había, ni hacer promesas, ni volver a forzar lo que no estaba ahí. Él había sido sincero y yo sabía lo que me encontraría, ¿qué había sido la polla? Lo había sido, no obstante, eso no era un argumento lo suficientemente sólido—. ¿regresamos?

—Siempre que saques tu enorme culo de encima. Pesas demasiado.

—¿Me estás llamando gordo? —No se tomó mal mis palabras, su pregunta tenía un marcado tono divertido.

—¿Gordo? No, solo digo que mis frágiles músculos no pueden soportar dos toneladas de peso muerto. Tal vez si pusieras algo de tu parte... ¿Una ayudita? —Quise sonreír, aunque bajo la lengua sentía el sabor de la despedida. Quería que, si nuestros caminos volvían a cruzarse, él me mirase con cierto cariño. Un buen recuerdo, me conformaba, era el momento de enterrar a la Eli romántica, debía permitirme vivir sin consecuencias.

—¿También necesitas que te ayude a vestirme?

—Creo que solo me has movido las braguitas. —Ambos estallamos en carcajadas.

Capítulo 9



Mario

“No os enseñe su foto porque querríais quitármelo, pero os prometo que habla él.”

Las bodas son una auténtica locura. Debería colarme en una cada semana, las mujeres pierden sus inhibiciones cuando ven como una amiga o conocida consigue su hombre soñado. Ver la felicidad tan cerca las hace buscarla, vivirla, experimentarla. ¡Las locuras que se podrían recopilar de enlaces como este!

Lo más extraño fue que, cuando bajaba en el ascensor y me dirigía hacia el salón, agotado física y mentalmente después de, no solo un turno de doce horas sino también un polvazo, aquella recepcionista cañón me interceptó.

Si algo me ha enseñado mi experiencia es que las mujeres son competitivas, no les gusta perder ante alguien que creen inferior y, por lo poco que había llegado a escuchar entre la recepcionista y aquel bombón de ojos marrones y pechitos comestibles que acababa de tirarme, no eran precisamente amigas.

—¿Te ha dejado solo? —inquirió aquella morena de ojos negros. Su cerebro maquinaba algo y yo siempre he sido muy curioso.

—Ella bajará enseguida —respondí cortés, acercándome al mostrador y apoyándome en él. La revisé de pies a cabeza, era un acto reflejo a causa de mi trabajo, no dejé ningún rincón sin inspección.

—Lo lamento —dijo ella, sin añadir nada más. Los dos sabíamos lo que estaba buscando y se lo concedí con una sonrisa. En mi carrera había que ser un poco de todo, fingir era sencillo.

—¿Y eso?

—No, nada. La conozco desde que ambas éramos unas niñas y...—Se llevó una mano a la boca, como queriendo contener sus palabras. ¿De verdad había alguien que fuera a creerse su cara de arrepentimiento? —Lo siento. No debería ser yo quién te contase esto. Aquello ocurrió hace muchos años. —Lanzaba el cuchillo y escondía la mano, odiaba a aquel tipo de personas, eran como las culebras, muy traicioneras. Mi instinto nunca me había fallado.

—Comprendo. No quiero ponerte en un compromiso, no obstante, te agradecería que me lo contaras. —La miré fijamente.

—Está bien, pero quiero que entiendas que yo no tengo la culpa. Lo hago por ti. No me gusta que se rían de un agente de la ley. —Era una gata en celo, me miraba como un caramelo, yo era el premio gordo en la pelea que tenían entre las dos.

—Deja de darle vueltas y suéltalo. Así será mucho más sencillo.

—Parece una mosca muerta, no obstante, siempre ha sido muy famosa entre el género masculino. Yo, por mi parte, no sé por qué os gusta tanto, no tiene nada de especial, aunque está mucho más que usada.

—¿Usada? —¿De verdad estaba hablando con una mujer de menos de treinta?

—A ver, entiendo que todos tenemos derecho a disfrutar con quién queramos, yo misma lo hago cuando puedo. —Me guiñó un ojo—. Pero soy legal y cuando estoy con alguien soy fiel. Con ella puedes esperarte cualquier cosa, creo que es una de esas adictas al sexo. Pobrecita, casi me da pena. —Y envidia, pensé con asco. Contuve todo lo que pensaba, aquella mujer iba a traer problemas y preferí mantenerme como un amigo, por el momento.

—¿Crees que me ha engañado?

—Seguro, su fama era muy conocida por todos. La pobre no suele gustar por sí misma y usa mentiras y engaños. No tiene ningún respeto por nada, —Se inclinó sobre el mostrador, dejando su escote más que a la vista—. no le importa que sean hombres casados.

Y me vi en una situación surrealista. Estaba hablando con una desconocida sobre otra, pero mi instinto primaba. Me re Coloqué la chaqueta y eché en falta mi placa, siempre que me vestía de paisano me pasaba lo mismo.

—Ahora tengo que irme, —Me giré dispuesto a entrar en el salón antes de que mi “nueva novia” hiciera acto de aparición, aunque si aquella mujer creía que iba a dejar las cosas así no me conocía—. pero no me olvidaré de lo que me ha confiado.

—Solo recuerda que, si en algún momento me necesitas este es mi teléfono. No importa la hora, para ti siempre estoy disponible. —Y me tendió una tarjeta con todos sus datos. La discreción la llevaba mal.

—¿Puedo pedirte un favor? —Sus ojos se encendieron con interés.

—Por supuesto, mi trabajo es complacer a todos mis huéspedes —replicó solícita.

—¿En una hora podrías reunirte conmigo en su habitación? No me gusta que jueguen conmigo. —Su sonrisa, pintada con descaro, apenas cabía en su rostro. Al mirarla era difícil descifrar que rasgos le pertenecían y cuáles habían sido diestramente dibujados. ¿Era aquel su color de piel? ¿Serían sus ojos negros o usaría lentillas? Odiaba las mujeres camaleón, siempre valoré la naturalidad.

—En una hora estaré puntual. Me alegra que hayamos tenido la oportunidad de conversar a solas, con ella presente jamás habría podido prevenirte. Es una traidora de cuidado. —Asentí y me despedí con la mano. Ella no dejaba de mirarme, antes de desaparecer de su vista me giré levemente. Iba a ser una noche interesante.

Capítulo 10



Kaia

“No me mires las tetas, aunque sé que lo estás deseando...”

Entre las risas, los platos que eran servidos sin orden ni control, las fotos y felicitaciones, ahí estaba yo. Me encontraba sentada en una mesa, con la copa entre los dedos, escondida entre invitados que tenían conversaciones insulsas, pero cuyo alcohol en sangre convertía todo lo que decían en un motivo válido para echarse unas risas.

Quedaban muchas horas por delante, aquello no terminaría hasta la madrugada. Solo cuando los novios estuvieran tan agotados que tuvieran que recogerse podríamos largarnos y apenas eran las seis. El minuterero avanzaba despacio, burlándose de mí al haber juntado a dos personas que me atraían en un mismo lugar, podía tenerlo todo, podía intentarlo al menos.

Adrián, mi bombero no dejaba de mirarme desde la barra. Yo apenas había probado bocado y mi estómago llevaba un buen rato quejándose, sin embargo, pasé de nuevo de aquel rumor que revolvió mis entrañas. Mi cerebro decía que aquel terremoto se debía más a lo ocurrido con Marta que a no haber comido un par de bocados más de mi entrecot.

Con pasos decididos me acerqué a aquel gigante. Sus ojos dorados casaban con su sonrisa bonachona y gestos pausados. Al sentarme a su lado encontré cierta calma, no me vi forzada a iniciar la conversación, simplemente me miré los dedos y dejé que mis hombros cayeran sin fuerza.

—Aquella mujer es algo más que una amiga —soltó él. Me sorprendió su ojo crítico, la manera en la que había sabido ver más allá mucho mejor que todos los que nos conocían. Asentí, ¿por qué negar lo evidente?—. ¿Desde hace mucho?

—No, ya no importa. ¿Te molesta si pido algo? Me viene bien la compañía.

—Ya sabes que yo te ofrezco mucho más que un par de tragos. —Asentí y levanté la mano llamando al camarero. El barman se acercó al momento y, tras señalar la cerveza de Adrián, cumplió su misión y se retiró, dejándonos algo de intimidad.

—Ella es la hermana del novio, tiene un carácter complicado —intenté excusarla, aunque no comprendía muy bien por qué. Aquellos meses, en los que habíamos coincidido cada vez más para ultimar los detalles de la boda, me había reído a su lado, disfrutado de sus anécdotas y había sido testigo de una Marta mucho más agradable que la que mostraba diariamente. La arpía de la que todos hablaban no hacía acto de aparición conmigo y, sin darnos apenas cuenta, casi siempre terminábamos quedándonos solas con alguna excusa tonta. No obstante, solo en la despedida de soltera, empapadas en alcohol como excusa, ella me permitió avanzar—. Yo no la engañé en ningún momento, pero se arrepiente.

—Le da miedo. Comprendo.

—¿Lo haces? Estás hablando de una tía con la mujer que intentas llevarte al catre. Creo que no tienes todos los detalles claros.

—Sé ver cuando no le soy indiferente a una mujer y te gusto. Eso no quiere decir que no puedas sentir interés por nadie más.

—¿Y si tú fueras el segundo plato? —Se llevó el botellín a la boca, tomó un trago y volvió a dejarlo. Lo hizo despacio, me estaba poniendo de los nervios.

—No me importas lo suficiente, todavía. —Me sorprendió que marcara aquel todavía, como si

esperase conocerme más, dejando la historia en el aire. Sentí que algo bueno podría salir de aquella pesadilla, porque, aunque al final solo fuera un polvo, estaba segura de que podríamos ser buenos amigos—. Si quieres hablar soy bueno escuchando.

—No tiene sentido. Le repugno, ella misma me lo dijo. —Y dolía por mucho que ante los demás gritase que las opiniones de los retrógrados no me importaban. Siempre llevaba puesta mi máscara de dura pues me servía para adelantar golpes, a algunos los persuadía de intentarlo.

—Y has optado por el segundo plato.

—Busco consuelo. En mi experiencia es uno de los grandes motivos por los que dos personas tienen sexo. El consuelo, el no sentirse tan mierda durante unos segundos. —Seguí bebiendo para acallar al traidor de mi cerebro.

—¿Eso es todo? ¿Te dijo algo que no te gustaba y ya te rindes? —Me dolió que lo deformase de aquella manera. Yo no era tan... tan...

—¡No es lo que te he contado! —grité, no me importaba que nos mirasen.

—Tranquila, tranquila. Solo me pregunto cómo te tomas las cosas. Yo también necesito reírme un rato y estoy fuera de servicio. —Levanté una ceja con curiosidad—. ¿Te enfadarás mucho o sabrás estar a la altura?

—¿Me estás retando? —pregunté sintiendo la adrenalina. Yo jamás perdía, prefería arrastrarme por el suelo, morder, arañar, haría cualquier cosa por ganar. Vale, se podría decir que era algo competitiva —¿En qué estabas pensando?

—Una tontería que jugaba en mi época de universidad. Es probable que nos echen de aquí a patadas, pero... —Asentí con fuerza—. Está bien, al menos nos reiremos de lo lindo.

La época de la universidad... ¡Cuántas locuras y llantos sin motivo! En aquellos tiempos todo parecía importante, se magnificaba de manera desproporcionada. Si supiera lo que sé ahora en aquellos días, o pudiera volver atrás, me habría dado una buena colleja.

—¿Y bien? Estoy impaciente.

—¿Conoces el juego de verdad, atrevimiento o reto? —Asentí temiéndolo—. Éste tiene una ligera variante. Aquí no hay verdad o reto, es puro atrevimiento.

—No te entiendo.

—Es fácil. En el juego solo tienes que hacer aquello que deseas sin que las consecuencias te importen, sin que te importe lo que puedan opinar o decir. Solo estás tú y tus deseos. —Miré a mi alrededor con dudas.

—Ya hago lo que quiero.

—¿De verdad? —Me levantó y agarró mi mentón con suavidad. Alzó mi rostro y, cuando parecía que iba a darme un ligero pico, se retiró—. Ahora no me apetece, quizás luego. ¿Sabes lo que quiero hacer? Aunque creo que te vas a mosquear...

—Me das miedo —dije con una sonrisa.

—¿Sí? —Ahora era él el que se reía. De un salto se subió a la barra, cuando ya creía que iba a ponerse a menear el culo y hacer un striptease que yo, sin ninguna duda, habría visto, se dejó caer al otro lado—. ¿Quieres algo de beber?

—¿Qué vas a hacer? —pregunté con el hormigueo en el cuerpo. Miraba a todos lados, esperando a ese adulto que vendría a poner algo de cordura y nos detendría.

—Yo aprovecharía para pedir algo ahora, por mi parte tengo mucha sed. —Cuando hablaba, se movía, caminaba, todo él parecía que estaba cansado. Quizás por eso su actitud me sorprendía de aquella manera—. Mucha sed. —Me miró el escote, se relamió y sonrió como un lobo antes de atacar—. ¿Algo en especial?

—¿Qué me ofreces?

—¿Te dejas aconsejar? —Temblé de nuevo. Asentí sin voz—. Así me gusta. —Se acercó al grifo de cerveza y, en una posición en la que creí que iba a romperse el cuello, empezó a beber a morro. ¿Beber? El líquido ambar caía con demasiada fuerza sobre su boca y el noventa por ciento acababa fuera, manchándolo todo. El barman corrió hacia él, pero el grandullón levantó una de sus manazas mientras proseguía en su tarea, el barman se detuvo confuso. Cuando Adrián se incorporó tenía los carrillos llenos. Hacía gestos extraños señalándose la mejilla y mi boca, yo no sabía que buscaba.

—¿Te ahogas? ¿Estás bien? Respira, ¡usa la puta nariz! ¡Estás loco! —Y viendo que no lográbamos ponernos de acuerdo volvió a saltar la barra. Aquella cerveza debía estar ya caliente. Me tomó de la nuca y me besó. Me manchó toda, apenas unas gotas entraron entre mis labios, bueno, unas gotas y su lengua.

Que conste que yo odio mancharme, no obstante, por algún motivo en aquella ocasión terminé riéndome con él.

—Tenía sed.

—¿Tanta tontería por un beso? —pregunté restándole importancia a su acto.

—Si quisiera besarte podría haberlo hecho antes —replicó el aludido cruzándose de brazos. Se asemejaba a un bebé gigante con una rabieta y yo volví a reírme. Me contagiaba de alegría, yo misma me vi mirando a mi alrededor. Lo único que me apetecía...

Pensé en comerme todos los pastelitos de chocolate de una asentada, lo descarté. Pensé en tocarle el culo a alguno de los presentes, era una tontería... Aunque cuando mis ojos, inevitablemente, volvieron a Marta y la vi hablando con otro diferente...

—¿Me toca? —Creo que todo aquel que me mirase podría haber visto la maldad reflejada en mi rostro.

—Sí, pero... no es buena idea —contestó siguiendo la dirección de mis ojos—. Es para divertirse no para vengarse, la idea es hacer locuras no daño.

—No voy a herir a nadie.

—No lo parece.

—Te prometo que nadie se hará pupa. Confía en mí —susurré tomando su mano. Lo llevé conmigo hasta la mesa de los pasteles, allí lo dejé, con una vista de primera del lugar al que me dirigía. Antes de alejarme de Adrián recogí un pastel de considerable tamaño, de esos de frutas, pegajosos a más no poder. ¿Tengo que decir que los odio? El chocolate es el único que está bueno.

Ella me vio llegar, su acompañante estaba demasiado ocupado devorándola con los ojos.

—¿Kaia? —inquirió preocupada. Creo que percibía que algo no iba del todo bien —¿Sigues molesta?

—¿Molesta? ¿yo? —Iba a tocarme el pecho con la mano cuando la detuve y miré el pastelillo que en ella se encontraba—. Cielo, ¿sabes por qué no vas a gritar o formar un show?

—¿Gritar? ¿Kaia?

—Tómalo con deportividad. Me has insultado y menospreciado, no quieres que nadie conozca tu pequeño secreto, tu vergüenza personal —comenté mirando a aquel hombre de nariz afilada que nos oteaba, primero a una y después a la otra.

—Kaia no es el momento.

—Cierto, pero ya no quiero hablar más. Esto no es nada personal. —Y tomando impulso aplasté aquel pastel en su precioso pelo dorado. Lo espachurré hasta que se fundió con sus mechones y los convirtió en nudos de diversos colores.

—¡Ahh! ¡Qué haces! ¡Estás loca! —gritó ella.

—¿Pero qué...? —El acompañante era algo lento... ¿Mi gran respuesta?

—Shhh... No quieres montar un show, no queremos que se me escape algo. Ya sabes, si quieres llamarme zorra ahora tienes motivos. —Y me alejé riéndome a carcajadas.

Quise centrar mi vista en Adrián, aunque también vi: la estruendosa risa de Ari, que por cierto acababa de volver de algún lado incierto; la sonrisa comedida de Kat, controlada en todo momento por su adorado y recién estrenado esposo; y a este último mirándome con cara de asesino. ¿Dónde cojones estaba Eli?

Capítulo 11



Elani

“Soy dulce, pero puedo romperte los dientes...”

Tras mi tórrida experiencia llegué a tiempo de ver cómo Evan reprendía a Kaia, ella asentía con una inmensa sonrisa a todo lo que él decía, por experiencia no le estaba haciendo ni puto caso, pero el hombre lo intentaba y a eso había que darle algún mérito.

Caminé hacia ellos con curiosidad, me coloqué tras mi amiga y la abracé con fuerza. Ella se giró sorprendida para, con un gesto rápido, besar mi frente.

—Creí que el tío te había matado. ¿Estuvo bien? —Mis mejillas ardieron.

—Sí. —Bajé la cara—. ¿Qué ha pasado? —pregunté, llevando la conversación por donde me convenía. Evan no había dejado su discurso en ningún momento, tuve la impresión de que le gustaba escucharse a sí mismo, Kat tampoco le hacía mucho caso.

Kat se veía preciosa, con aquel inmenso vestido blanco de princesa. Se colocó a mi lado y tomó mi brazo. Cogiendo también a Kaia caminamos hacia el balcón. No le importó mucho dejar a su marido con cara de atontado, aunque se giró en el último minuto y le lanzó un beso. ¿Qué es lo que tiene el amor para que, al instante, en el rostro de Evan se asentase una sonrisa de tonto?

Cuando el aire fresco golpeó mi piel suspiré y me apoyé en Kat. Ella sabía cómo odiaba las grandes aglomeraciones de personas, lo mal que se me daba interactuar. El sol se había ocultado tras las nubes y apenas dejaba pasar un par de rayos traviesos que aportaban algo de luz. Algunas parejas habían decidido caminar algo entre plato y plato, disfrutaban de las espléndidas vistas y se evadían del ruido que normalmente los rodeaba.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó Kaia a Kat —Se nos fue de las manos, se me fue de las manos. —Ambas sonrieron. Yo no tenía muy claro de que se disculpaba exactamente.

—¿Y no va a haber más sorpresas? ¿Qué hay de los invitados extra? —Los ojos de Kat brillaba y eso era que había maquinado algo.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Kaia.

—Nada, solo me preguntaba si voy a ser la única que no los he visto desnudos. Creí que lo compartíamos todo. —Kaia comenzó a reírse, yo estaba como un tomate, sentía tan calientes las orejas que podría hervir agua sobre ellas.

—Ahora eres una mujer casada, Kat —soltó Kaia con retintín—. Tendrás que conformarte con un mismo plato de por vida.

—Y muy bueno que está, ahora que lo comentas. La única regla es mirar, pero no tocar. ¿Seréis buenas y organizaréis algo divertido? No me importa si saltan algunas chispas nuevas, ahora tenemos nuestros propios bomberos —dijo Kat llena de energía. Sus ojos verdes te atrapaban, daba igual lo que hicieras por evitarlo, eran preciosos y, yo al menos, siempre acababa mirándolos embelesada.

—Creo que es muy temprano para que te arrepientas de tu decisión, aunque siempre podemos deshacernos del problema. —Ante la sugerencia de Kaia, Kat le golpeó el hombro con tanta fuerza que la hizo trastabillar—. Vale, vale.

Me solté y estiré los brazos. Ellas sabían lo que significaba.

Solo había que remontarse a siete años antes, a una tarde lluviosa en la que Ari había suspendido uno de sus importantísimos exámenes. Ella no dejaba de llorar y no había forma de

levantarle el ánimo.

Aquella tarde nos reunimos todas en su casa, nos sentamos sobre la alfombra, rodeadas de todo tipo de chucherías, y pusimos una película. No teníamos ninguna nueva a mano y, tras descartar el noventa por ciento por haberlas visto mil veces, recogimos Anastasia del fondo del montón.

Aquella tarde apenas escuchamos el argumento, solo hablábamos con Anastasia de fondo. Nos mirábamos entre nosotras, tras un par de horas, cansadas de tanta tristeza e incapaces de vencerla de que aquello no era el fin del mundo.

Ari siempre fue muy exigente, no solo con los demás, sino también con ella misma, sobre todo con ella misma. Verla en aquel estado nos destrozaba, quizás porque una vez comenzó a hablar de lo tonta que se sentía también nos contó lo mal que se sentía con su aspecto, lo mal que lo había pasado en la infancia con los compañeros... empezó con un suspenso y se abrió por fin ante las demás. Nos vimos impotentes, no podíamos contener su llanto y nada funcionaba.

—¿Por qué no puedo hacer nada bien? —Aquella pregunta fue extraña, porque se quedó reverberando en el interior de mi cabeza. Las demás dieron respuestas automáticas, en general frases tan usadas que el resto hicimos oídos sordos, pero yo aún tardé en hablar.

Mis ojos se concentraron entonces en la pantalla, en aquel momento Anastasia entraba en el palacio. A Anastasia le sobraban las preguntas, las adversidades la habían perseguido siempre, el desconocimiento era profundo en ella, al no recordar nada de su pasado, pero en aquel momento Anastasia estiró los dedos y lo aceptó todo. Aún sin saber quiénes eran aquellos fantasmas que volvían para un único baile, aún sin poder asegurar que no fuera más que una simple fantasía que se desvanecería en el olvido, Anastasia prefirió la alegría de sentirse querida unos instantes al frío que la rodeaba cuando trataba de desentrañar los misterios.

¿Por qué no puedo hacer nada bien? ¿Qué es hacer algo bien? Anastasia confió en quién no debía, se dejó llevar por el corazón y se dirigió hacia lo desconocido, ella no tenía nada que perder y, sin embargo, lo estaba arriesgando todo. Aquel día, con un lío en la cabeza de tres cojones, abrí los labios para demostrar que la sabiduría no entiende de edades.

—Si lo hicieras todo bien jamás serías feliz —solté de repente cuando la conversación ya estaba lejos de aquella pregunta que tan hondo me había calado. Ellas guardaron silencio y yo, que casi nunca decía lo que realmente pasaba por mi cabeza, le di alas a mis pensamientos. Hablé como pocas veces, las palabras salían con tanta rapidez entre mis labios que tuvieron que concentrarse para seguir el hilo de mis argumentos—. Si todo fuera siempre perfecto jamás habría sorpresa, emoción, miedo, satisfacción... Te convertirías en un ser apático y aburrido.

—A veces son demasiadas las piedras que colocan en nuestro camino —replicó Ari con lágrimas sin derramar encadenadas a sus pestañas. Yo me levanté y, agarrándole su mano derecha, tiré de ella hasta que ambas estuvimos de pie.

—Y son los mejores recuerdos aquellos que en el pasado nos revolviéron por dentro, pero que nos hacen crecer. —Y dimos vueltas, al principio solo yo sonreía, después comenzamos a reír. ¿Sabíamos por qué? Es posible que nunca lo supiéramos, pero estábamos juntas—. Siempre estaré allí donde me necesites —prometí—. No importa lo que ocurra fuera, nuestro lazo es eterno.

Aquella tarde lluviosa el cielo gritaba, rayos y truenos, lluvia torrencial, el aire zarandeaba los árboles con tanta fuerza que amenazaba con tumbarlos, pareciera que un niño travieso se aburría y había decidido destrozar su caja de juguetes para recolocar todo a su antojo. No

obstante, nosotras estábamos ante la tele, con el calor residual de la chimenea que había al fondo y la felicidad de sabernos juntas.

—¡Siempre juntas! —aullamos al unísono. Y bailamos, bailamos dando vueltas, cantando con Anastasia, cerrando los ojos y soñando con cada paso, imaginándonos el futuro, pero recordando que no debíamos afrontarlo solas.

En el presente solo éramos más viejas, no más sabias. Seguíamos queriendo enfrentarnos a lo imposible, conseguir trabajos mejores y enamorarnos. Éramos niñas que jugábamos a ser mayores, que fingíamos ante aquellos que no llegaban a ver nuestros verdaderos rostros, aquella locura que tanto temían los sensatos, pero que saltaba como una chispa traviesa cuando nos aproximábamos.

No había terminado una vuelta cuando Kaia y Kat me imitaron. Nuestras manos se juntaron, en un corro perfecto danzamos unos eternos minutos. Siempre nos juzgarían, sin embargo, mientras en ambas manos las sintiera a ellas, estaría a salvo.

Me detuve y me siguieron. Nos miramos y sonreímos, las palabras y los recuerdos, un momento en el que dábamos un paso decisivo, y que, no obstante, volvía a ser doloroso.

—Felicidades. Sé que no lo parece, pero me alegro por ti —dijo Kaia. Kat nos abrazó contra ella.

—Felicidades —susurré yo, aplastada contra ambas.

—Chicas, no es una despedida —comentó Kat dejándonos ir.

—Cierto, además, quieres un show de calidad. —Kaia volvía a colocarse la máscara, temí el momento en el que aquel dique que había levantado entorno a sus verdaderos sentimientos se desbordase. ¿Cuándo iba a confesarnos su aventura con Marta? Debíamos esperar, llegaría el momento.

—Tendréis que convencerlos, aunque creo que los tenéis comiendo de vuestra... diría mano, aunque creo que han catado mucho más que eso. —Los ojos verdes de Kat me miraban directamente, no hizo falta que respondiera, como siempre mi cuerpo me traicionó. Jamás podría ocultarles nada...

—Fue solo una vez —comenté a medio gas.

Sabían cuando detenerse, asintieron y miraron el interior de aquel salón de baile. El mismo en el que cada cual podía bailar, comer o beber a su gusto. No había un horario, una pauta a seguir. Como siempre ocurría se habían formado grupos y también estaban los solitarios, eran los que yo prefería.

Capítulo 12



Arianna

“Sin tetas hay paraíso.”

Me había dejado caer sobre la cama cuando me vi sola y, en algún momento, el sueño me venció. Pocas veces conseguía dormirme con tanta rapidez y sonreí como una tonta satisfecha cuando el móvil vibró avisando de la llegada de un whatsapp. ¿Uno?

Grupo de *cuatro secretos perfectos*:

Kaia:

¿Alguien ha visto a Ari?

Kat:

El maromo ha vuelto, pero ella no da señales de vida.

Eli:

No seáis brutas, no sabemos lo que ha pasado. Ari, ¡di algo! Estas locas tienen un nuevo plan en mente y no podemos empezar sin ti.

Kaia:

Cualquiera es mejor que el cabrón con el que salía antes. Sigo sin entender por qué no me dejasteis patearle los huevos. Solo ella era capaz de ver algo bueno en aquel tío.

Eli:

Kaia, no empieces de nuevo. Respeta sus decisiones, ha sido un momento muy duro para ella.

Y eso era lo peor. Al ser como hermanas se creían con derecho a opinar sobre todo aquello que me aconteciera.

Kat:

¿Ahora las demás vais de santas? Que levante la mano aquella que no va a mojar o no ha mojado esta noche.

Eli:

¿Por qué vamos a centrarnos en hablar de nosotras? ¡Es tu día!

Kaia:

¡Eso! Cómele el... oído a tu marido y déjanos el resto a nosotras. ¡Ariiiiiiiii! ¿Tenemos que ayudarte a ponerte el tanga?

Tomé aire. Escribiendo... Pero cada palabra que comenzaba acababa borrada. Dormir, eso era lo que me apetecía. Cerrar los ojos y seguir recordando, vivir en aquel mundo perfecto en el que las emociones eran intensas y puras, tan maravillosas que no se desvanecían, me mantenían en un estado de excitación eterno (al menos mientras siguiera durmiendo).

Yo:

Ok.

Kaia:

Ya creí que tendría que ir a vengar tu muerte y... ¿contestas con un escueto ok? ¿Qué coño estabas haciendo?

Yo:

Dormir.

Eli:

¡Esa es mi chica!

Kaia:

Pues, a diferencia de vosotras, yo ya he hablado con los chicos. También he conseguido complementos y les he explicado el plan.

Eli:

¿Plan? ¡No son boys!

Kaia:

¿Cómo lo sabes? No infravalores a la gente. ¿No confiáis en que puedan mover las... caderas de manera satisfactoria para las féminas de la fiesta?

Yo:

Entonces no me lo pierdo, aunque no entiendo para qué me necesitáis a mí.

Kat:

¿Nosotras? Es el pago que han pedido vuestros hombres. Vosotras seréis sus musas, las únicas que podréis poner vuestros dedos sobre sus abdominales...

Yo:

Bajo en diez minutos.

Aprovechando que ya tenía la maleta en el dormitorio me cambié el vestido por un top y unos pantalones cortos. La comodidad de verme en mi piel me hizo sonreír al espejo, aceptar el reflejo de la mujer de rasgos añejados. Lancé un beso al aire antes de dejar el lugar.

Cogí el ascensor y tomé aire, salí como una diva y me sorprendí al ver el mostrador vacío. Seguí el sonido de la fiesta y la vi, los vi a todos.

Habían colocado tres sillas en el centro. Kaia, Eli y Kat estaban sentadas con sendas sonrisas mientras los hombres las rodeaban. En una de las esquinas más alejadas estaba Tania observándolo todo, me llevé la mano a la frente esperando el dolor de cabeza que, sin duda, aquello me iba a causar.

—¿Y bien? —inquirí mirando a mi policía particular de reojo —¿Me he perdido algo importante?

—¡Menos mal! Pensé que tendría que ocupar tu lugar y todavía no quiero que Evan me pida el divorcio —soltó Kat con cara de traviesa. Mentirosa, habría disfrutado de lo lindo y todas lo sabíamos.

—No me lo digas dos veces que me vuelvo a la cama —susurré esquivando el bostezo que pugnaba por salir.

—¿Cama? ¿Te encuentras bien? —¿Cómo se había colocado detrás de mí?

—Mario, no la agobies —soltó el bombero de ojos dorados—. Discúlpanos. Yo soy Adrián y aquel de allí Lander. Espero que disculpes nuestros modales, pero no siempre se presenta la

oportunidad de divertirnos con mujeres tan hermosas.

—Qué rápido cambias de objetivo —soltó Kaia con sarcasmo, dejándome gratamente sorprendida.

—No, jamás haría tal cosa, pero nunca me ha importado compartir —repuso Adrián guiñándole el ojo.

Evan se acercaba con su hermana pegada a su brazo, ¿se escondía detrás de él? ¿Desde cuándo Marta se ocultaba de nosotras?

—¿Y qué tengo que hacer? —pregunté de sopetón, todos me miraron y vi muchas sonrisas.

—Catar la mercancía —respondió Mario, aquel que tan bien había catado poco tiempo antes —. Tocar, acariciar, lamer...

—Nunca repito. —No me importó que me escuchasen. Mario frunció el ceño.

—¿No? No me gustaría dejarte quedar como una mentirosa. —A aquel poli no le faltaba confianza.

—Me pido al de los ojitos bonitos —repuse, dándole la espalda a Mario. ¿Por qué me comportaba de aquella manera? Había visto como Tania le hacía carantoñas y cómo él le devolvía alguna, yo no era la tonta de turno, no más.

—¿Ojitos bonitos? —Su manaza se posó en mi brazo y me obligó a girarme.

—Creo que habla de mí —dijo Adrián, que apenas lograba reprimir la risa.

—Ella se conformará conmigo, ¿verdad? —Lo miré, fruncí los labios, miré a Adrián, volví a mirarlo. Adrián ya no era el único que se lo estaba pasando en grande, ni el único cuya risa subía de intensidad por momentos.

—Si no hay más remedio...—susurré dispuesta a cortarme la mano antes de ponerle un dedo encima. Solo mirar a Tania traía recuerdos desagradables y temía tanto volver a convertirme en la tonta que caía en una de sus argucias... Ya no era la misma, me repetí, aunque de poco servía.

Nos sentamos y los demás se alejaron, formando un círculo a nuestro alrededor. No sé quién eligió la canción, ni cuál era, pero me gustaba. ¿Cómo podría describirla para que seáis capaces de participar en lo que yo viví? Era la voz de una mujer, en francés. El violín creaba una melodía rápida y marcada, pero ella poseía un tono mucho más grave, las palabras parecían haber sido rasgadas y destrozadas, pero en su conjunto era hermosa. Sonaba bien, encendía la sangre y la forma en la que bajaron la intensidad de las luces ayudaba.

Si la gente cree que por estar buenos eran la polla bailando se equivocaba, quizás desde nuestras posturas no había tanto de lo que quejarse, pero siendo objetivas no serían seleccionados por la técnica.

Eran tres payasos guapos, haciendo gestos obscenos sobre nosotras. Ellas toquetearon, yo apreté los brazos de la silla entre mis uñas. Mario me observaba con el ceño fruncido, algo maquinaba su mente.

—¿No vas a quitarme la camisa? —preguntó sobre la música. Los demás ya habían comenzado con los botones y dejaban entrever pectorales aprovechables.

—¿No puedes hacerlo tú solo? ¿Mamá no te enseñó? —inquirí con tono hiriente.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Más bien un mosquito. —Bajé el rostro.

—¿Vas a decirme lo que te pasa? —Ya no trataba de fingir que se movía, prácticamente se colocó, con las piernas abiertas, sobre mí. Nos ocultó de los demás.

—¿Desde cuándo la conoces? No te hagas el tonto, he visto las caras de mal-follada que te ponía —solté de golpe.

—¿La recepcionista?

—Esa. —Él sonrió y me dejó perdida.

—Me contó lo mala que eras, bueno, mala quizás es quedarse corta. Creo que no le caes muy bien.

—¿Y a ti qué coño te importa? —Traté de empujarlo, una esposa se cerró en mi muñeca derecha.

—Te dije que iba a disfrutar mucho domándote, fierecilla mía. ¿Quieres ser tú el centro de este show? Lo cierto es que ya me has puesto a mil.

—Estás loco.

—Puede ser, un poco, lo justo. ¿Ahora vas a dejarte seducir o tendré que darte unos azotes delante de tus amigas? —La idea de que lo intentase no habría estado mal. Posiblemente él hubiera acabado con la nariz rota y el labio sangrando.

—No voy a amargar el gran día de Kat.

—Tócame, gatita. Me gustan tus manos en mi piel —susurró moviendo la cadera cerca de mi rostro. Tragué saliva, aunque paradójicamente sentía la boca seca—. Clava tus uñas en mí, sé que lo estás deseando.

—¿Yo?

—Tu boca miente, pero esos ojos de gatita traviesa...—Hay gestos que siempre me han parecido íntimos, una caricia en la mejilla, un simple beso en la frente, un beso en el cuello. Hay gestos que son especiales, pequeños actos como el colocarme un mechón detrás de la oreja y besar mi mejilla antes de alejarse—. ¿Crees que se asustarán? —Terminó de quitarse la camisa, era una vista digna de admiración. Su piel brillaba como el oro líquido cuando la luz se reflejaba en ella. Sus ojos castaños no me perdieron en ningún momento, el ruido de fuera no hacía más que aislarnos.

—¿Qué vas a hacer? —Agarró mis manos y las pegó a sus nalgas, ¿por qué negar que di un ligero apretón en aquella carne prieta? Si me lo estaba suplicando... ¿Sabéis la de guarradas que se escuchaban de fondo? Aquello animaría a cualquiera. Creo que en mi defensa podría alegar locura transitoria.

—Lo que muchos desean y no pueden. Están atados, mucho más que tú y yo. —Se arrodilló entre mis piernas, sus manos se movían sobre mis rodillas, amenazaban con ascender a zonas más sensibles, jugaban con mi cordura con tanta facilidad que me molestaba.

—Deberías ser tú el espectáculo.

—Y lo soy. Los hombres no dejan de mirar la piel que rozo, desean que llegue a lo prohibido. Las mujeres, por otra parte, te gritan que me arranques los pantalones con los dientes. —Bajó la cabeza, quise detenerlo, pero no llegué a tiempo. Mordisqueó con suavidad mi muslo, me quedé sin aire. Sus ojos castaños se habían vuelto negros, el deseo que vi en ellos, en su gesto, me hizo temblar—. Podría hacerlo. Me deseas, lo noto. Tu piel...—Y lamió como un gatito, estiró mi pierna y lamió desde la rodilla hasta que llegó al límite de mi braguita. Los demás no veían nada, su propio cuerpo les tapaba la visión, pero yo lo sentía todo. Estaba atrapada, no tenía fuerzas para pedirle que se detuviera porque no deseaba que lo hiciera. Él había tendido su red de araña, morir en ella sería lo más placentero del mundo—. eres tan suave, tierna, caliente, sensible... Si estuviéramos solos ya estaría en tu interior, moviéndome, buscando ese calor que desprende tu cuerpo cuando te vienes en mis brazos.

—Deja de decir esas cosas.

—Nadie nos escucha.

—Yo sí. Termina de desvestirte de una vez para que pueda irme. —Quise ordenarlo, lo supliqué. Mis uñas se clavaban en la silla, se hundían en la madera con ferocidad, conteniendo el impulso de devolver cada caricia, de buscar su lengua y perderme en él.

—¿Tienes prisa? ¿Qué vas a hacer después? —Se acercó a mí a cuatro patas, colocó sus manos sobre mis brazos, sonrió antes de lanzarse a por mi boca. Lo vi, sabía lo que pasaría. Contuve las ganas de cerrar las piernas, de enrollarlas en torno a su cintura y atarlo, obligarlo a hacer realidad mis deseos más prohibidos. Sus labios apenas se quedaron, lo vi disfrutar de mi frustración—. ¿No vas a necesitar ayuda?

—No.

—Me rompes el corazón. —Cogió mi mano derecha y la llevó a su pecho. Sentí el latido bajo mi piel, caliente, con una fuerza arrolladora. Y con mis dedos entre los suyos se autodedicó una caricia lenta que llegó hasta su paquete. Incluso por encima del pantalón noté aquella dureza, grande, palpitante. Él cerró su mano y, con ella la mía, aferró aquel glorioso artefacto del placer con tanta fuerza que sentí los dedos doloridos.

Tiró de mí y me vi de pie entre sus brazos. Me envolvió contra su pecho duro y caliente. La música seguía sonando, quería mirar a mi alrededor, no tuve fuerzas.

Mario giraba conmigo, se movía de manera lenta, coordinada, me tentaba a acompañarlo, a acompañarme con él. Lo hice, me moví con una sonrisa de libertad asomando entre mis labios. Disfruté de su carcajada, de mis manos deslizándose por sus hombros. Entre los dos había más que deseo, una compenetración silenciosa.

Me envalentoné, salté al ruedo olvidándome de Tania en la esquina, del miedo a volver a ser traicionada, a la vergüenza que sentiría después y a las miradas de pena que me dedicarían aquellos que me querían.

Toqué aquel botón de metal, él atrapó mis labios y sonrió sobre ellos. Mordisqueó y penetró, con su lengua imitó lo que deseaba hacer después, en la soledad. Lo desabroché, tiré de la cremallera con el desafío de ¿hasta dónde me permitiría continuar?

—¿No tienes vergüenza? Van a ver tu pálido y peludo culo.

—¿Tan feo es? —Puso cara de pena. Su voz era un gruñido, a nuestro alrededor el sonido era tan alto que incluso sobre mí, con sus labios rozando mi oído con cada palabra, percibía antes el escalofrío que su voz—. Pues recuerdo que te aferraste a él con desesperación, aún tengo tus marcas de guerra.

Y de un tirón bajé sus pantalones, le imposibilité el movimiento. Quise ser rápida, fui directa a por los boxers. Creo que ahí estaba su límite, ¿por qué llegué a esa conclusión? No sé cómo lo hizo, actuó como un profesional. Me vi desde lejos, como una muñeca que pierde el control de su cuerpo y se convierte en una espectadora muda. Me giró y esposó las manos a la espalda, todo el poder era suyo.

—Estás en peligro —susurró él—, pero no tienes de qué preocuparte. Estoy aquí para protegerte, custodiarte, no dejaré que nada que no desemboque en un orgasmo brutal te roce. Solo yo puedo tocarte, ¿te parece bien? Cuando termine el espectáculo me siento en la obligación de cachearte e interrogarte, siento que me ocultas cosas y eso puede ser peligroso para ambos. Debo conocerlo todo de ti.

—¿Puedo negarme?

—Siempre, ¿quieres hacerlo? —Y el tiempo se acababa, los demás estaban eufóricos, todos tenían algo que debía ser jaleado.

Dije que no con la cabeza, con los ojos, con el cuerpo que se arqueó buscando mayor contacto,

sin embargo, sonreí.

—¿Y ahora qué?

—Todo lo que tú quieras —me prometió. Sonaba demasiado bien.

—Si soy yo la que está a tu merced...

—Y, sin embargo, siempre tendrás más poder sobre mí.

Capítulo 13



Kaia

“No me mires las tetas, aunque sé que lo estás deseando...”

Era acaso el “no” que siempre recibía por su parte el que la volvía irresistible. ¿Qué tenía ella de especial? ¿Cuál era esa característica que la convertía en irresistible?

Estaba sentada, con un bombero de ojos dorados sobre mí, cual águila sobre su presa. Él quería seducirme, aquello era un combate en toda regla, tenía un objetivo en su cabeza y no iba a rendirse. Forzaba una y otra vez, a mi cerebro a mirarlo. No era de piedra, dirían muchos, sin embargo, ella no estaba lejos y también nos miraba. Sentía sus ojos azules sobre mí, y me calentaban mucho más que las caricias que Adrián diseminaba sobre mi piel.

Ambos eran todo lo que siempre me había gustado y deseé poder fundirlos en una sola persona. No podía, ella no me quería, no me deseaba, me odiaba. Yo personificaba aquello que más odiaba de sí misma, algo que temí que jamás fuera capaz de reconocer y aceptar, no podía perseguir a alguien condenado a penar por lo que no podía cambiar.

Los razonamientos eran correctos, fáciles, cabales, aunque nada de eso era suficiente. Mientras Adrián me preguntaba si después querría beber algo con él, si tal vez podría invitarlo a mi habitación a descansar, con ese toque dulce en la voz, mi cabeza recordaba la primera vez que Marta me besó. En cierta manera ambos se parecían, porque oculto bajo la superficie ambos demostraron sensibilidad, miedo, una ternura que invitaba a protegerles. ¿Quiénes eran realmente?

—“Si nadie nos mirase yo no sería yo” —me había confesado en la soledad de mi apartamento. Sus ojos azules miraban mi escote, esas tetas que tanta fama me habían granjeado.

Aquel primer beso me dio alas para imaginar algo más, algo real y duradero. Ella, sin embargo, buscaba el secreto, esquivaba la vergüenza que el hecho de desearme le provocaba minuto a minuto, para que, al terminar, no dudaba en descargar sobre mí las acusaciones.

¿Creeríais que, a pesar de todo, en ella había mucho más? Ella nos observaba, creí intuir deseo, celos, interés. Se aproximaba entre los rostros mientras Adrián tomaba mis manos para ayudarme a arrancarle la ropa. Él era exquisito, ¿no podía hacer nada más?

—Deja de mirarla. Le das todo el poder —soltó Adrián con su gran psicología.

—¿Eso hago?

—Te comportas como una exnovia herida incapaz de seguir con su vida. Ella tiene el poder de volver a tu vida cuando se le antoje, tomar de ti lo que deseé y dejarte con las sobras. Llegará un momento en el que vivirás esperando esos momentos en los que recordará tu existencia.

—Yo no soy así —negué mirándolo con odio. Tenía la capacidad de remover mis miedos con un cuchillo afilado—. Jamás lo permitiría.

—No tengo por qué ser yo, pero tampoco ella. —Su manaza acarició mi mejilla, alzó mi rostro, repasó con el pulgar mis labios. Intenté morderlo, él sonrió y yo me divertí. Pellizqué su brazo, era pequeña pero matona—. ¿Ya has dejado de arriesgarte?

—¿Qué tienes en mente? —pregunté con una sonrisa perezosa.

—Voy a robarte, borrarte la memoria y obligarte con orgasmos a pensar solo en mí. Me he cansado de ser bueno.

—¿Eso eras? ¿Y cómo eres de malo?

—De los peores. Tengo los dientes muy largos y me gustan las mujeres con cara de no romper

un plato y cuerpo de diablesas.

—Mis tetas te han impresionado.

—¡Por supuesto! Solo intentaba decirlo de manera poética, un gesto romántico de esos que os gustan a las mujeres. —Se rio con ganas mientras me plantaba el culo delante de la cara y se bajaba los pantalones. Desparpajo le sobraba un buen rato. Diré que tenía más culo que el resto, redondito, pareciera que se había metido la mitad de una pelota de fútbol en cada nalga.

—¿Son muy duros contigo? Creo que tenéis que entrenar mucho para aprobar las oposiciones de bombero. —Tomé aire y apunté al centro. Con el índice lo pillé desprevenido, diré que no fue con maldad, simplemente no lo pensé. Nunca se sabe... pensé antes de introducir de golpe tan impúdico aliado en un agujero que pocos inspeccionan a conciencia. ¿Acaso ni siquiera la creencia popular de que por ahí perdido se encuentra el punto G consigue encender la curiosidad de estos machitos? Diré que pocas veces vi a alguien incorporarse con tal velocidad. Su rostro estaba rojo, muy, muy rojo. ¿Su sonrisa? Daba miedo, mucho miedo—. Pero sois personas a las que les gusta el riesgo, probar cosas nuevas, sino no comprendo tal elección.

—El riesgo sí —respondió secamente. Miró mi mano con un odio asesino, aquellos ojos dorados no estaban hechos para mirar de aquella manera. Le permití unos minutos para recuperarse, pero su público se impacientaba con rapidez. Nadie aceptaba que mi inspección fuera muy grave—. Fue un golpe bajo.

—Dijiste que debía hacer aquello que deseara sin miedo a las consecuencias.

—¿Y tiene que ser precisamente eso lo que acude a tu mente diabólica? —preguntó con los ojos abiertos, creo que por poco no le salen rodando. Di dos palmaditas en su mano derecha.

—Lo prohibido. Digamos que siempre me ha gustado romper las normas. Si quieres podemos hacerlo juntos. ¿Hasta dónde llegarías por catar mis dulces? —Me re Coloqué mis dos pechugas con desparpajo. ¿Deseaba meterle algo por el culo? Vale, la idea no era la primera en mi lista, no obstante, no me gustaba que me dijeran que no, que había algo que yo no podía hacer.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió con miedo.

—Me gustaría demostrarte que podemos disfrutar rompiendo tus tabús. Tu cuerpo puede convertirse en mi templo, ya he probado antes mi teoría con excelentes resultados. —Mientras exponía mi plan él volvió a moverse en calzoncillos. ¿Desde cuándo tenía las patas tan largas? Me lo imaginé de espaldas, pateando el aire sin conseguir darse la vuelta—. He llevado lo de provocar orgasmos sin usar el método tradicional hasta convertirlo en todo un arte.

—No sé si te estoy entendiendo bien...

—Debes confiar en mí y abrirte. Creo que no hay mejor palabra para definir lo que necesito de ti.

—Eres diabólica. —Adrián comenzó a mover sus caderas prácticamente contra mi cara. Mis labios tan cerca, su excitación tan... dura y cerca...—Tentadoramente diabólica.

—Ya no tienes mucho más que quitarte, ¿qué te parece si me coges en brazos y me ayudas a ponerme cómoda en mi habitación? Después de nuestra conversación me tiemblan tanto las piernas que no sé si sería capaz de llegar yo sola.

—Mentirosa. —Me encogí de hombros como respuesta.

Cuando sus brazos me alzaron miré de reojo a Marta. Cuando frunció los labios mi primer instinto fue intentar justificarme, seguía siendo la misma estúpida de siempre.

Pasamos al lado de Kat, camino a las escaleras que daban al segundo piso, ella acarició mi brazo y me sonrió, un gesto nada propio en ella. La miré y me pregunté cómo podía saberlo, cómo podía leerme de aquella manera.

Sí, era feliz y estaba excitada, seguramente pasaría un buen rato, sin embargo, bajo la superficie estaba Marta y, por más que tratase de borrarla de mi mente, cuanto más lo intentaba más se grababa su recuerdo.

Capítulo 14



Marta

“Nada es lo que parece.”

La vi marchar con aquel hombre y eso me hacía arder por dentro. No comprendía cómo podía pasar página tan rápido, aunque hubiera sido yo quién la hubiera apartado. Un tiempo de luto sería lo correcto, sin embargo, ahora estaba en sus brazos, rumbo a su habitación.

Evan llevaba la última media hora como mi guardaespaldas personal, siempre el gran defensor de su hermanita pequeña, y ya estaba cansada de su presencia sobrevolándome en todo momento. Aproveché que Kat le daba un beso y él prácticamente perdía la consciencia para fundirme con el entorno y desaparecer.

Los seguí desde la distancia, a medida que nos alejábamos del comedor el silencio me permitía escuchar fragmentos, palabras sueltas que intensificaban la bilis de mi estómago. ¿Acaso no era eso lo que yo quería? ¿No le había gritado que por favor me dejara en paz?

Era difícil recordar que yo no quería más besos de su parte cuando ella se los regalaba a otro. Cerré los ojos con fuerza cuando él le prometió recorrer su cuerpo con la lengua y recrearse en aquellos lugares que más la hicieran jadear. Ciertamente aquel bombero era de todo menos comedido, no ocultaba sus intenciones. ¿Desde cuándo le gustaba que la trataran de una manera tan vulgar? La creía más sensible, inteligente...

A medida que se alejaban venían a mi mente sus acusaciones. Quizás fui cruel, tal vez había utilizado palabras demasiado duras, sin embargo, ella no lo comprendía. No sabía lo que era en mi mundo confesar que no era como todos creían. Mi gran secreto... ese que ocultaba por vergüenza, por muchas veces que me repitiera que aquello no había sido mi culpa.

Yo era joven, en aquella época creía que podía ser como me viniera en gana, que el mundo era el que debía amoldarse a mí y comprender que yo me había salido del molde. Mi autoestima era lo primero y siempre estaba rodeada, pareciera que tenía un imán mágico, algo que invitaba a los demás a seguir mis locuras, casi con auténtica devoción.

Era una buena época, el mundo tenía todas las puertas abiertas, mil posibilidades a mi alcance que yo quería tomar, pero no corría. Disfrutaba de cada paso, no me apuré en nada, aunque mi fama dijese lo contrario.

—¿De verdad aún no te has acostado con nadie? —me había preguntado Lizie unas horas antes. Ella no dejaba de repetir que debía hacerlo, que iba a ser doloroso y algo asqueroso, pero que después mejoraba. No obstante, yo me negaba a que algo que solo viviría una vez fuera un acto a olvidar.

—No, busco la persona adecuada.

—No deberías complicarte. Raúl se suponía que tenía mucha experiencia y al final no sirvió de nada. —Lizie levantó una mano mandándome callar, tenía más por decir—. Cuanto más busques más decepcionante será.

—¿Y si ya he encontrado a esa persona, pero temo que me rechace? —Siempre con esa persona, siempre escondiendo una parte de esa verdad.

—Vete a por todas. ¿Por qué no la invitas a la fiesta de esta noche?

Y lo hice, ¿por qué no acortar los detalles sin importancia?

Era una buena fiesta, la música, el ambiente, yo me sentía pletórica. Con aquel vestido que

caía como la seda sobre mis caderas y llegaba hasta la rodilla, aquellos tacones que me hacían ver más alta y unos pendientes nuevos. ¿A quién voy a mentir? Me temblaba hasta la barbilla, tal era el pavor que me causaba confesarme a Laura.

Laura para mí era perfecta, única, ideal. Todo lo que deseaba, creía que era la definitiva, que nuestros caminos se habían cruzado para no separarse jamás, así de colgada estaba por ella. Éramos almas gemelas, ridículo, ¿verdad?

Laura se acercó y yo me quedé sin voz. Bailamos como amigas, conversamos, fuimos juntas al baño. Yo nunca miraba, apartaba los ojos con vergüenza, concediéndole intimidad sabiendo que la forma en la que la observaba jamás sería la de una amiga. Para mí no había nada en ella que no fuera sencillamente perfecto.

Fue casi al final, cuando la gente ya empezaba a retirarse agotada. Ella me miró, con el rímel corrido y ya sin pintalabios. Sus ojos verdes brillaban y su voz estaba algo tomada, sin embargo, seguía pareciendo un ángel caído del cielo.

—¿Te vienes a mi casa? —pregunté —Mi madre estará encantada de volver a verte. Te adora.

—Y yo a ella. Hace unos gofres delicioso. Tienes mucha suerte. —Se mesó el pelo y recolocó el sujetador. Incluso agotada seguía manteniendo una compostura, un saber estar envidiable. Yo jamás estaría a su altura, pensé, pero si me daba la oportunidad lo intentaría cada segundo de vida—. Le mando un mensaje a mi madre y nos vamos.

Por acción del destino nuestras manos se tocaron, fue algo breve, un gesto que le habría pasado desapercibido a cualquiera, sin embargo, para mí, fue el desencadenante. Mi lengua cobró vida y, una vez dije la primera frase, esa que tantas veces había repetido en mi mente que me sabía de memoria, no pude parar. Yo creía que era un discurso hermoso, una declaración perfecta.

—Te quiero desde que te vi. Perdona que te aborde de esta manera, podemos hablar con más calma en mi casa, pero necesito que sepas que te quiero. Me gustaría que comprendieras que te veo como algo más y que...—Bajé los ojos para poder continuar, su cara de asombro me hizo dudar; temí el no y la represalia, no obstante, incluso aunque ella no compartiera mis sentimientos me conocía, éramos amigas, nada podría romper ese lazo—. me encantaría que tú fueras la primera.

—¿La primera que qué? —Debí darme cuenta de que su tono era demasiado agudo, de la pequeña distancia que puso entre ambas, como si rozarme, de repente, se hubiera convertido en algo que le causaba repulsión. Pero esas cosas ya no pasaban, la mentalidad de la gente, sobre todo gente joven, había cambiado. ¿No lo decían todos?

—Mi primera vez. ¿No te gustaría? Yo...

—¿Mi novia? —me interrumpió con cara de susto, pareciera que iba a saltar sobre ella y tomarla en medio de la calle. Me miraba como si hubiera cometido una gran traición, como si mis sentimientos fueran puñaladas que no sabía encajar.

—Quizás sea ir demasiado rápido, lo importante es saber si yo también te gusto. Creo que sí, creo que entre ambas siempre ha existido una complicidad... He visto la forma en la que nos miramos, las sonrisas...

—¡Para! —gritó. Varias personas se giraron a mirarnos y sentí vergüenza, mi cuerpo se tensó, me avisaba de que lo que me esperaba no iba a gustarme—. Para. Yo jamás estaría con una mujer, me parece asqueroso, una aberración. —Unas amigas se acercaban, yo quise pedirle silencio, que por favor me guardara el secreto, no tuve tiempo—. ¡Lía, Carmen! —Las llamó

alzando una mano.

—Por favor...—le supliqué, sin embargo, cometí el error de tocarle el brazo. Para ella yo era alguien nauseabundo, cuyo toque era insoportable. Me abofeteó, con rabia, imprimiendo en aquel golpe tantos sentimientos que yo me tambaleé hacia atrás aturdida. La miraba sin verla, sin comprender del todo cómo habíamos llegado a aquel instante —Laura...

—No te atrevas a decir mi nombre. Eres asquerosa, me has observado desnuda, ¡hemos dormido juntas! Eres, eres, ¡repugnante! —Se llevaba las manos al pecho, tapándose.

—Laura, lo siento, yo jamás...

Cuando nuestras amigas llegaron ella les gritó mi delito, ellas me miraban y la miraban. Se quedaron en silencio, pero en ningún momento me defendieron. Nos conocíamos, habíamos salido juntas, compartimos secretos y confidencias. Nada de eso cambió la visión que tuvieron de mí desde entonces.

Yo había ido en el coche de una de ellas y estaba lejos de mi casa. Las miré y tuve miedo de preguntar, cuando pasaron por mi lado me empujaron con tanta fuerza que mi cabeza rebotó contra el bordillo, preferí llamar a mis padres y pedir ayuda.

No importó cuántas veces me preguntaron por lo ocurrido, yo jamás dije nada. Ellas se alejaron, contaron lo ocurrido con alguna que otra variación y los rumores corrieron. Aquellos días sentí lo que era la soledad y el rechazo en mis carnes, era algo tangible, la vergüenza de sentir el espacio que siempre quedaba vacío entre los demás y yo.

El tiempo me hizo aprender, conseguí un novio al que apenas le dejé avanzar. Unos cuantos besos y caricias, rotar de uno a otro y la fama de zorra, que siempre era mejor que lo que yo había vivido. La gente volvió, casi parecía todo igual que antes, pero no lo era, nada volvería a ser jamás como aquel momento en el que yo me creía en la cima del mundo, en un mundo que debía aceptarme como era. La realidad era que yo no podía luchar contra todos y era mucho más cobarde de lo que quería reconocer.

Mi hermano no sabía nada de todo aquello.

Llegué hasta su puerta y los escuché en el interior. La curiosidad es un gran defecto, aunque fue más bien masoquismo lo que me llevó a empujar con suavidad la puerta. ¿Por qué había ido a por la llave de su habitación diez minutos antes? ¿Por qué no? No tenía por qué usarla, me repetí.

Abrí en silencio, me quité los zapatos y los abandoné antes de dar el primer paso. El corazón me latía desbocado, aunque temí que pudiera detenerse. Ella era especial, tal vez creí que siempre estaría ahí, que seguiría en mi vida aun cuando yo no pudiera aceptarla. ¿Egoísta? mucho, pero decir que sí y volver a exponerme se había convertido en algo aterrador. Me toqué la ceja como un acto reflejo, algo que había dejado de hacer mucho tiempo antes.

Los hoteles son lugares de descanso, aunque en sus camas también se ha follado más veces que en cualquier otro lugar. Allí acuden amantes o personas aburridas de sus monótonas existencias, aquellas habitaciones habían sido diseñadas para dar luz y oscuridad, para mostrar la cama y la convertía en el centro del lugar.

El gran espejo de cuerpo completo que se cruzó en mi camino me mostró lo que encontraría, aunque no fue real hasta que giré el cuello. Me apoyé en la pared y sequé el sudor de mi rostro. Estaba cansada, de pronto mis piernas no lograban sostenerme y respirar era difícil, porque el aire que entraba en mis pulmones era mucho más pesado. ¿Y si moría allí? Ni siquiera podría gritar, la vergüenza me lo impedía. Podía alejarme, arrastrarme lejos de allí y negar que alguna vez hubiera entrado en aquella habitación maldita, sin embargo, no quería hacerlo, algo en mi interior miraba de manera enfermiza lo que allí ocurría.

¿Cómo culparla a ella cuando sentía que era yo la causante? Ella se inclinó y besó a aquel gigante, reconocí su forma de sonreír sobre sus labios antes de llegar a rozarlos, la manera en la que apoyaba las manos sobre sus hombros, aquel brillo en sus ojos que los convertía en los más hermosos que había visto nunca.

Capítulo 15



Elani

“Soy dulce, pero puedo romperte los dientes...”

El espectáculo no era una mala idea, me apetecía, pero tocaba luchar. Mi vergüenza, el miedo a descubrirme en alguna palabra mal elegida. No estaba enamorada, aunque no negaré que Lander me gustaba mucho y deseaba poder verlo todos los días, besarlo, follármelo... Bueno, hasta que uno de los dos se aburriera. Quizás el para siempre en la actualidad ya es algo inalcanzable, no obstante, tras aquel encuentro bestial, teniéndolo moviéndose sobre mí y calentándome hasta las horquillas que mantenían cada pelo en su lugar, cualquier mujer con vida desearía lo mismo.

No babear, acaricias, no pellizcar, no poner cara de babosa. Había alguna que otra regla más, preceptos básicos para que no note que con unas migajas ya le pertenecía, ¿acaso era incapaz de comportarme como una mujer independiente? ¿Tal era mi necesidad por cariño que me convertía en una enamorada sin remedio? Normal que siempre acabasen huyendo de mí, aunque eso nunca ocurría antes de que me hicieran creer que compartían mis sueños. Los destruían todos al marcharse.

¿Sabéis lo que nunca me imaginé en aquel experimento? Que Kaia se largaría con su nuevo affaire y que Ari se pondría a comerle los morros, y si seguía así mucho más que los morros, a Mario delante de todos. Yo, al lado de mis amigas, seguía siendo la monja, la niña, la mojigata.

—¿No te lo pasas bien? —me preguntó Lander inclinándose sobre mí y besando mi mejilla. ¿Acaso no comprendía lo que aquellas caricias espontáneas hacían en mí?

—¿Cómo no me lo voy a pasar bien en pleno striptease? —Tal vez no debí poner un tono tan agudo.

—Llamémosle intuición. Siempre puedes darme clases si crees que no estoy a la altura. Aún recuerdo lo que se esconde debajo de tanta ropa, pero estaría más que dispuesto a que me lo recordases. —Acarició mi pecho izquierdo por encima de la tela, no necesitó más para ponerse en posición de combate. ¿Lo que vino a mi mente? Que todos estarían pensando que éramos unas pelandruscas. ¿Acaso no podía disfrutar de mi vida sin miedo al qué dirán?

—Lo haces bien, no es nada. —Tensé los labios en una sonrisa que no calentó mis ojos y, por su expresión, tampoco lo convenció a él.

—¿Quieres parar? No tienes por qué pasar un mal rato, ya has cumplido con tu amiga. —Asentí bajando los ojos, él me tendió la mano y yo se la cogí. No me soltó cuando me guió lejos de aquel espectáculo, la canción ya había terminado, aunque Ari no se había percatado al tener la lengua de Mario en su boca.

Nos detuvimos en la barra y me dejé caer sobre el taburete. Empecé a jugar con una servilleta y él pidió por ambos. Estaba cansada, ni yo me entendía. Necesitaba dormir, mi cerebro había procesado demasiado en pocas horas.

—Hasta hace nada estabas dispuesta a hacer cualquier cosa por catar mi mercancía, ¿qué ha cambiado?

—Nada, yo, ¡no lo sé! —grité de pronto —Ya nos hemos acostado, ¿qué quieres ahora?

—¿No te he dejado satisfecha?

—¿En serio? ¿En serio es eso lo que sacas de nuestra conversación?

—Nunca se me ha dado muy bien entender las mentes femeninas, demasiado enrevesadas. Creí

que habíamos logrado encontrar una zona neutral, ¿volvemos? Ya estoy recuperado —soltó bebiendo un gran trago de su copa.

—No quiero volver a acostarme contigo, no me dejas pensar —dije yo.

—¿Vas a pasar de repetir? —Giró mi taburete y se pegó a mí. En su mano derecha el vaso, cada vez más vacío—. Repito, ¿qué he hecho mal?

—Nada, hubo orgasmo y todo. ¿Quieres un pin? —Acerqué los dedos a mi vaso y acaricié la superficie, pequeñas gotitas se adherían al cristal y vagaban por ella sin control, deslizándose, libres.

—¿Solo uno? Ahora lo entiendo todo.

—No, no lo haces. Me acosté contigo tratando de ser alguien que no soy. —Tomé aire y bebí un trago. El sabor dulce, con un toque amargo, de aquella copa me gustó, miré su color rojizo y tomé nota mental—. ¡No soy un camaleón ni una niña!

—¿Ves? Por cosas como esta te pedí que no jugases conmigo —me acusó acercándose, desperdigando sobre mí su aroma masculino, en el que todavía perduraba el olor del sexo, de nuestras pieles rozándose, del deseo surgiendo entre ambos con tanta intensidad que todo lo demás se evaporó.

—No juego, por eso lo digo. Me gustaría poder hacer lo mismo que mis amigas, pero cuanto más nos acostemos más me pillaré. Yo soy así, soy de las que quieren rosas y canciones ñoñas. ¿No lo entiendes? Te estoy salvando de una mujer neurótica que trata de...

—Perdona que te interrumpa. —No parecía importarle mucho—. ¿Tú gran problema es hacerte adicta a mis caricias? No tengo inconveniente en encerrarme en una habitación y desgastar la cama hasta que te canses de hacerlo siempre con el mismo. —Y me besó. No obstante, sus besos son salvajes, carnales, describen, sin necesidad de desnudarme, de acariciarme, la necesidad y la intensidad que sentiremos si acepto.

—Solo me estoy cuidando.

—Eso puedo hacerlo yo. Si soy demasiado brusco prometo darte un masaje con crema por todo el cuerpo; es más, por favor déjame darte crema por todo el cuerpo. Podríamos empezar por ese culito o por esas caderas, ¿podría usar la lengua?

—¿Para el masaje? —Negué con la cabeza al percatarme de que estaba cayendo en aquella trampa, deseaba hacerlo—. Shhh, calla Satán. No vas a tentarme. Quiero más, llevo mucho tiempo contentándome con las migajas y me niego a seguir así. Es posible que seas el tío más bueno con el que nunca haya estado, —Sonrió y solté la copa para colocar mi índice ante su nariz de manera acusadora—. es posible, no obstante, yo también soy una joya y nadie lo aprecia. Nadie se toma el tiempo suficiente para conocerme y ahora, —Me puse en pie—. solo me apetece dormir y aclarar mi mente.

—¿De verdad vas a irte la primera en la celebración de tu mejor amiga? —Sabía cómo hacerme sentir culpable, aunque conmigo era sencillo—. Y te equivocas, sí que nos estábamos conociendo. Ahora ya sé que tienes un lunar en la nalga izquierda y otro muy mono en la cadera, rumbo a zonas húmedas.

—Eres un cerdo. ¿De verdad crees que con mover los labios y tensar los músculos de tu pecho caeré rendida a tus pies?

—¿Eso hago?

—Creo que ya puedes volver a ponerte algo de ropa.

—¿Cuál es el problema? No tengo frío.

—Cierto, a mí me entran calores. —Volví a coger mi vaso para humedecerme los labios, su

mano apretó la mía cuando traté de volver a dejarlo sobre la barra.

— Entonces...

—No, cúrratelo más. No me conoces, no te conozco, remédialo. Sorpréndeme. —¿Se tomaría tantas molestias? —Ni siquiera sé lo que te estoy pidiendo —confesé—. Me estoy volviendo loca.

Y hui de su mirada, de su posible respuesta y de que se riera de mí. Estaba exigiéndole a un hombre del que conocía poco más que su nombre. Casi subí los escalones de dos en dos, no sabéis lo que es gritar hasta que una mano desconocida te atrapa y la luz se apaga.

Golpeé, intenté morder, en el proceso a puntito estuve de caer por las escaleras, pero esa mano que me atrapó estaba acompañada de un brazo y ambos tenían duplicado. Me vi atrapada y de nada servía que tratase de golpear sus pelotas, pues estaba convencida de que se trataba de un hombre. ¡Lo conseguí! Mis dientes atraparon carne, apreté con fuerza. Gritó, grité, ¿me resultaba familiar?

—¿Estás loca! Eres una jodida demente —siseó alguien en la oscuridad.

—Suéltame, suéltame ahora mismo o gritaré. —Aunque estaba cagada.

—¿Y si lo hago yo? Juraría que me has hecho sangre. Joder... ¡Me has mordido! —Me giró con brusquedad, yo dejé mi cuerpo muerto. Alguien encendió las luces y me di de frente con Lander, sus ojos azules eran sospechosamente más oscuros, sus labios creaban una fina línea de lo apretados que estaban.

—¿Lander?

—¿Sí? ¿Vas a disculparte? —me preguntó en bajo, apenas podía oírle. Contuve el aliento, me apoyé en él y acaricé las marcas de mis dientes. Los había imprimido todos en su hombro, me había pasado, sin embargo...

—Me has asustado. No sabía que eras tú. En mi defensa añadiré que no has salido tan mal parado, estuve pateando el aire, pero ese no era mi objetivo. —Le guiñé un ojo, él me soltó y pasó por mi lado con aire decidido—. ¿A dónde vas?

—Lo más lejos que pueda de ti. —Me dolió esa respuesta, tan directa y esclarecedora.

—¿Podrías al menos decirme por qué me has asaltado de esa manera?

—¿Asaltado? Si es que yo solo me puedo fijar en las piradas, deben tener algo que me llama.

—¿No soy la primera? —Sonreí y me tapé la boca para que no se sintiera todavía más insultado—. Pobrecito. Adiós entonces. —No iba a suplicar ni a claudicar por mantenerle conmigo. No valía la pena, era el momento de romper el círculo vicioso por el que siempre cedía en todo para no estar sola, esa soledad que temía más que a cualquier otra cosa, era algo tangible con lo que me levantaba cada día. Las acusaciones del pasado, aquellas palabras mordaces que, por más que intenté, jamás pude borrar de mi mente.

—¡Qué te den por culo! —gritó él subiendo de tres en tres las escaleras. Sus piernas eran largas, me quedé mirando su culo.

—Es lo único que no has atendido adecuadamente.

—¡Loca!

—¡Gracias!

Capítulo 16



Kaia

“No me mires las tetas, aunque sé que lo estás deseando...”

Cuando me dejó ante la puerta de la habitación ya había golpeado mi cabeza contra dos paredes y una puerta. Quería mostrarse como un caballero, pero al final opté por usar mis piernas antes de acabar sangrando o en urgencias. Los arquitectos que habían diseñado aquellos pasillos no tuvieron en cuenta ciertas circunstancias, pues pocas mujeres son más bajitas que yo.

No iba a dejar que una tontería como esa me desanimara, estaba decidida. Él ya venía casi desnudo, la mitad del trabajo lo tenía hecho.

—¿Cómo quieres empezar? —me preguntó aquel inmenso bombero. Toqué su manguera con descaro, solo quería ver hasta qué punto estaba preparado. ¿Romanticismo? Dependía de con quién...

—¿Itinerario tradicional? —Me alzó por los brazos y me mantuvo en vilo al tiempo que recorría mi boca con su lengua. Fue una caricia lenta, un despertar silencioso de mis sentidos, el calor naciendo despacio, perezoso—. No se te da mal. ¿Qué te parece si yo también me pongo cómoda? ¿Me ayudas a quitarme el vestido?

—¿Por qué haríamos tal herejía? ¿Tú viste lo bien que te queda? Dios...—Me dejó tocar el suelo para enmarcar mis tetas con sus manos, las palpó, acarició y sopesó. Me quedé mirándolo, pero él estaba demasiado concentrado en mis dos enormes bendiciones.

—¿Os dejo solos?

—Si pudieras...—Golpeé su brazo con fuerza, ambos nos reímos. Era sencillo estar con él, no tenía que ser nadie, solo yo misma.

—¿Me ayudas? —Me giré y aparté el pelo de la cremallera. Hizo lo que le pedía besando cada centímetro de la piel que quedaba al descubierto. Mi columna vertebral siempre ha sido zona sensible, gemí sin poder evitarlo. El vestido se deslizó por mi cuerpo y me deshice de él con una patada que no había quedado tan sexy como pretendía.

El sujetador fue su siguiente objetivo, ¿cómo no! Me apretó contra él, no me permitió darme la vuelta.

—¿Sabías que mi segundo plan, si las pruebas de bombero no me salían bien, siempre fue ser policía? —me preguntó apoyando la nariz en el arco de mi cuello —Cachear a mujeres bonitas. —No llegó a desabrocharlo, metió las manos por debajo y noté algo extraño.

—¿Qué es eso? ¡Algo se mueve! ¡Tengo algo dentro del sujetador aparte de tus manos! ¡Tengo un bicho en las tetas! —Me estaba poniendo muy nerviosa. Odiaba los insectos, más que odiar era una fobia. Me puse a dar saltitos nerviosos, Adrián me sostuvo con uno de sus brazos de acero.

—Tranquila... Confía en mí, estoy preparado para misiones de riesgo. ¿Qué prefieres? ¿Lo ponemos en custodia o nos deshacemos de él? Podría hacer desaparecer el cuerpo, te prometo... —Se lo estaba pasando en grande a mi costa. Levanté mi mano y agarré su pelo con fuerza, tiré hacia mí y él se inclinó.

—Quítamelo o el que acabará muerto serás tú. —Él sonreía, ¿qué coño era lo que le hacía tanta gracia? Sus dedos tenían que haberlo atrapado, estaban en la posición exacta. En un visto y no visto me deshice de aquella prenda de lencería que las mantenía atrapadas, él seguía sonriendo mientras mantenía aferrado algo entre sus enormes dedos—. ¿Por qué no lo lanzas por el retrete?

—¿De verdad no quieres ver sus ojitos antes?

—No —respondí de manera contundente—. Sigue así y te quedas sin la fiesta particular.

—Tienes muy malas pulgas, ¿sabías? —Y sus carcajadas nos hicieron vibrar a ambos. Nos miramos, no trataba de cubrirme, más bien deseaba saltarle a la yugular.

—Te voy a patear las pelotas —prometí.

—Tranquila, mírala bien. Hazme caso, por favor...—Puso carita de perrito abandonado—. Míralo...

Lo hice y me subieron los colores. Mi piel se tiñó de carmesí, y es que no sostenía un bicho, sino arroz, no uno sino dos granitos inmensos de arroz. Me alejé hacia el baño de la esquina y me mojé la cara. Él apareció detrás de mí y me sostuvo con cariño, siempre con el gesto perfecto.

Me giré y lo me enganché a su cuello. Hay muchos motivos para acostarse con alguien, infinidad de ellos, pero aquella situación era diferente. Él me aportaba consuelo y yo simplemente me dejaba querer. Era como abrazarse a un inmenso perro que mantenía caliente mi pecho cuando mi mente desembocaba, una y otra vez, en la misma persona.

Salté sobre él y enrollé mis piernas en sus caderas. Le era sencillo soportar mi peso, de algo servía ser tan pequeñita. Arañé su cuello, mordí sus labios y él caminó hacia la cama. Me dejó caer y él se vino conmigo.

—Debajo de ese trozo de tela, ¿crees que hay un arma capaz de hacerme abrir la boca?

—Quítamelo con los dientes, seguro que encuentras un tesoro digno del esfuerzo —me propuso él. Se giró, dejándome encima. Disfruté acariciándolo, reconociendo que su cuerpo era hermoso, firme, musculoso, sus abdominales descendían hasta ocultar lo más divertido.

Cuando creía que ya me encaminaba hacia el sur atrapé su pezón derecho. Lo lamí, mordisqueé, y volví a lamer. Disfruté de que se tensara entre mis labios.

—Me haces cosquillas.

—¿Seguro que es eso? Hombretón, hoy quiero ver cómo reaccionas a todo lo que tengo en mente. —Mi mano derecha descendió hasta encontrar sus huevos, noté cierta reticencia, ni que fuera a molestarle... solo quería mostrarle zonas erógenas de su cuerpo que podrían hacerle ver estrellitas.

Tocar a un hombre o a una mujer es muy diferente, al menos en la superficie. Pero si tocas los lugares adecuados gritan de la misma manera. Incluso con un hombre yo tomaba la voz cantante, yo era la que dominaba, la que lo ataba a mí. Entre los dos existía un acuerdo tácito, solo necesitaba mirar sus ojos dorados para saber si iba por buen camino.

Marta se alejaba a medida que sus besos penetraban los escudos de mi mente se derrumbaban a mi alrededor haciéndome sentir libre. Acariciaba sus huevos y él se debatía cual lombriz, sus manos se cerraron a ambos lados de su cuerpo con fuerza, retenía el impulso de oponer resistencia, sabía que, para obtener el premio gordo, es decir, penetrar el cuerpo del deseo, era necesario cierto sacrificio.

Reconoceré que actuaba por instinto, sin embargo, me lo estaba pasando en grande

—Si te pones encima tendré acceso a todas tus armas. Quítame las braguitas, usando tus mismas palabras, “utiliza solo los dientes”. —Giramos de nuevo, nos reímos, lo solté y su boca acudió a la tira de mi braguita. Necesitó varios intentos, cada uno más placentero que el anterior, finalmente logró atraparla y la fue deslizando con suma delicadeza por mis piernas, primero un lado y después el otro, no era fácil hacerlo en un solo intento.

Viéndome liberada, desnuda, tal y como era, mostrando todas mis inseguridades ante él, llegué a la conclusión de que hasta aquel momento no había comprendido la inmensidad de las

emociones con las que había convivido en los últimos días. Él también se liberó y se frotó contra mi entrada listo para dar la estocada final, al igual que en la ópera solo faltaba que cantara la gorda; es decir, yo.

Y cuando ya se veía disfrutando del Edén, a tan solo unos segundos de lograr su meta, ¿Cómo podría decirlo sin parecer vulgar?... ¿Por qué hice tal cosa?, ¿En qué punto me pareció una buena idea?

Digamos que me vino a la mente, fue inspiración divina. No lo hice por mí, lo hice por ambos. Cuanto mejor se lo pasara él más interés pondría en mí. Bueno, mejor lo suelto de una vez para que sepáis de que estoy hablando, siempre quise hacer algo parecido, experimentar... Experimentar, experimenté metiéndole mi dedo índice por el culo.

¿Conclusión? Cuando el machito sintió que me acercaba cerró las compuertas, me encontré con un muro de hormigón. Tan infranqueable era la barrera que por poco no consigue romperme un hueso. Por su cara de susto pareciera que lo hubiera traicionado, o violado... Al final, no sin cierta resistencia, conseguí introducir la cabecilla de mi dedo. Mi huella dactilar quedaría grabada para siempre bajo su piel, sería siempre su primera vez.

A punto estuve de regalarle una rosa y prometerle amor eterno, tal era su rostro que comprendí que aquello había sido realmente impactante, ¿acaso había dado con el punto G en el primer intento?

—¿Qué haces? —Vale, podía hablar, aunque en ningún momento dejó de apretar. No podía ni sacar ni introducir mi dedo un poquito más, estábamos en terreno pantanoso. Fue ahí cuando me pregunté, ¿Estaría limpio? Y es que mis citas amorosas no siempre terminan como deberían. ¿Había terminado aquella?

—Inspección de cavidades. ¿No decías que siempre has querido ser policía?

—¡No he cometido ningún delito! Soy indecente de todos los cargos.

—Vengaaaa... Ya tenemos la mitad del camino recorrido. Abre las compuertas para mí, no me sé la contraseña, pero no soy ninguna ladrona, tu virtud ya se había perdido hace mucho tiempo —susurré con voz juguetona.

—Tú entras y yo entro, no creo que puedas hacer mucho daño con las acometidas que vas a recibir. —Parecía convencido de ello, quizás creía que el placer me haría olvidar mi jugarreta, ¡Cómo se notaba que no me conocía!

Nos miramos a los ojos, concentrados, sus labios se movieron, percibí el “uno”, la cuenta atrás estaba lista. Ahora solo se trataba de ver quién era el más rápido desenfundando, o mejor dicho enfundando el capuchoncito.

“Dos...” Mostré los dientes, contuve el aliento, “Tres”.

La luz verde, el coche arrancó, intenté penetrarlo, su culito se elevó. Estaba realmente preparado y muy bien dotado, me mordí el labio para poder concentrarme. Casi pierdo la batalla, aunque él me penetró con fuerza una vez más.

Una lucha de poder en la que no perdía nada. Incluso en la derrota era un castigo de lo más agradable. Mi mano izquierda, o mejor dicho mis uñas, arañaron su hombro. Mi mano derecha consiguió colar un dedo entre las filas enemigas, llegué hasta la segunda articulación, siempre buscando ese bulto, esa protuberancia, esa rugosidad que me hiciera saber que estaba en el camino correcto.

Puede que ahora gruñera, que su cara mostrara cierto malestar, aunque en ningún momento se detuvo. ¿Pensaría lo mismo si encontraba dicho punto y el orgasmo hacía que se le quedaran las pelotas vacías?

¿Qué es lo peor que puede pasar en estas circunstancias? Esto es un aviso por si alguien quiere imitarme. Jamás, repito, jamás llevéis anillos. Da igual que sea grande, da igual que sea pequeño, liso o con grandes relieves, por muy ceñido que creáis que os queda siempre podéis perderlo.

Y así, cuando quise imitar su gran movimiento de entrar y salir, noté que al salir mi índice volvía mucho más desnudo que cuando entró.

Él todavía no se había percatado, yo gemí un poquito para que no se asustase, lo miré y recé por que dicho objeto se hallase todavía en la superficie.

Sería muy difícil de explicar, y puede que algo vergonzoso, pedirle que se colocara a cuatro patas y abriera el ojete para que me dejara echarle un vistazo. El tiempo avanzaba demasiado rápido, esperaba que fuera de los que duran horas en la cama, porque fácilmente llevábamos ya cinco minutos y los conocía que duraban menos.

Traté de mirar su culito, dejé expuestos mis pechos para que se entretuviese, siempre había víctimas inocentes. Fue ahí, en ese preciso instante, en el que me percaté de que no estábamos solos, y es que teníamos un mirón.

Marta, esa en la que no quería volver a pensar, me ponía de nuevo las cosas muy difíciles.

Tal vez al verla la penetración que vino después se volviera mil veces más potente.

Capítulo 17



Arianna

“Sin tetas hay paraíso”

La música cesó y los aplausos nos rodearon como una marea viva que ganaba intensidad. Mario era reacio a soltarme, según él iba en contra de sus principios soltar a mujeres hermosas en una selva de penes erectos listos para atacar. Yo no lo veía de una manera tan gráfica, pero sí que noté que el interés masculino por mi persona se había incrementado exponencialmente.

Yo estaba húmeda, necesitada, con la sonrisa fácil en los labios y ganas de ofrecerle mucho más que una ducha a mi acompañante. Fui cortés. Tuve que despegarme el pelo de la cara, no recordaba haber sudado tanto.

Subimos en el ascensor en silencio, nuestras manos se rozaban, algunas caricias despistadas buscaban al otro, él se apuró en salir y acabó pegado contra mi espalda. Introduce la tarjeta en la ranura y lancé los zapatos lejos.

Me comportaba como si entre ambos hubiera confianza, como si no importara que viera la cicatriz de mi hombro o las pequeñas estrías que habían nacido en mis muslos. No era perfecta, tal vez nunca lo fui, sin embargo, él no parecía percatarse, me observaba con ojos brillantes y una sonrisa de animal salvaje que me contraía las entrañas.

Y me vi sin adornos, sin máscara tras la que ocultarme. Era yo en estado puro, con la piel brillante y los labios rojos a causa de los pocos besos que había tenido la suerte de recibir. Me preguntaba de dónde salía aquella intensidad, aunque no quería sentir, no podía hacerlo. Las emociones son peligrosas, tienden a hacerte vulnerable y, cuando caes, levantarse cuesta mucho. La confianza es el mayor de los regalos, algo difícil de recuperar cuando se ha perdido, lo que no nos cuentan es que, una vez has pasado por muchos desengaños, tienes miedo, un miedo atroz a volver a confiar. Tenderle mucho más que tu cuerpo a una persona, bajar las defensas y mostrar una parte de nosotros que normalmente permanece oculta, y es que esa parte es la más dulce y delicada, en ocasiones tanto que nos avergüenza reconocer que también somos esa personita que baila en las sombras y llora cuando nadie la ve.

Mario, con ese metro ochenta y cinco de altura y porte gallardo, podía tener a quien quisiera. Ese hombre que mantenía ocultas sus intenciones y me observaba de manera maliciosa, guardando para él las conversaciones profundas, iba a tumbarme sobre la cama, ambos los sabíamos, acariciaría los pliegues de mi piel hasta memorizarlos y tendría acceso a toda mi carne... pero no tocaría mi alma, mis miedos, mis deseos y sueños. Estaba harta, agotada de promesas, canciones, conversaciones de futuro.

Entonces lo supe, el futuro era mi presente, no quería saber lo que me depararía, quería dejarme engullir por el destino para olvidar. Me solté el pelo y avancé hasta él, re Coloqué una sonrisa tranquila, esas que tanto evitaba porque no hacía más que resaltar mis rasgos añados.

—Sé que la mirabas —dije contradiciendo mis decisiones de vivir sin pensar. Esa era la otra espinita, la que no me permitía disfrutar del todo de aquella experiencia, de aquel hombre atractivo y dispuesto a convertir mis horas en orgasmos. Sentía que cada escalofrío de placer que pudiera conseguir darme tendría el regusto amargo del engaño, de ser de nuevo la que no se enteraba de nada de lo que ocurría a su alrededor—. Y ella a ti.

—¿Ella? ¿A quién te refieres y por qué es tan importante? —preguntó él saliendo por la

tangente. Odiaba que la gente hiciera eso, ¿era tan complicado ir de frente y contestar con la verdad?

—Te daré tiempo para pensar, igual hasta consigas inventar una excusa plausible. —Me encogí de hombros al tiempo que caminaba hacia el servicio. Necesitaba sentir el agua sobre mi piel, guarecerme bajo el chorro de la ducha y permitirme cerrar los ojos.

Lo dejé allí plantado y cerré la puerta a mi espalda. Disfruté de aquel pequeño descanso, quise apartar los miedos para refugiarme en recuerdos plácidos, y con dichos recuerdos vino él. Aquel de cuyo nombre no quería acordarme, el hombre perfecto sobre el papel, el mismo que una semana antes de encontrármelo en la cama con otra había dejado un reguero de pétalos de rosa por el suelo y me había preguntado si me imaginaba pasando toda mi vida a su lado. Mi respuesta había sido casi instantánea, no me habían asaltado las dudas que ahora no me abandonaban, seguía preguntándome cómo no me había percatado de ciertos detalles, por qué no me había tomado un tiempo de reflexión, por qué había creído que lo que sentía por él era tan fuerte para soportar el paso de los años sin resentirse.

Pero había dicho que sí, algo que mis amigas no sabían y prefería mantener en secreto. ¿Cómo confesar que me había planteado la idea de ser madre con él? ¿Cómo podía decirles que, a pesar de nuestras largas conversaciones sobre todos los sueños que todavía nos quedaban por cumplir, anhelaba tener un hijo? Son espinitas, diminutas, sueños imposibles que ves cómo se destruyen ante sus ojos, que duelen más que el hecho de perder a un hombre capaz de tal traición, ¿me había conformado con él o era que no era él el gran premio final?

El agua caía sobre mi rostro borrando el maquillaje, llevándose mi máscara de mujer fatal, aquellos colores que ocultaban las ojeras de no dormir, las arrugas de cansancio, el tono blanquecino, casi enfermizo, que había adoptado mi piel.

Acaricé la mampara, apoyé la frente en ella y cerré los ojos. ¿Me hacía vieja? ¿Se debía a eso aquel agotamiento, el sentimiento de que mi vida era un círculo perfecto? Me volvía a encontrar en la casilla de salida, casi desesperada por encontrar algo en lo que ya no creía, quizás la solución era mucho más sencilla. No necesitaba a nadie, ¿podría hacerlo yo sola?

No obstante, le había pedido explicaciones a Mario y seguía teniendo esperanza, débil, casi inexistente, pero la sentía latiendo dentro de mí, casi suplicando por una oportunidad. Y fue ahí cuando el miedo ganó intensidad, cuando me pregunté por qué no me había seguido a la ducha, por qué no me había respondido en el momento. ¿Lo creería después de todo?

Me enjaboné el pelo con una calma enfermiza. Mis manos sabían lo que debían hacer, ejecutaban cada movimiento con parsimonia y, cuando finalmente terminé, sentí que había sido demasiado rápida. No tenía ningún reloj a mano, pero era pronto para abandonar aquel remanso de paz.

Tomé una toalla y me envolví. Dejé mi pelo, negro y húmedo, cayendo indómito por mi espalda, dejando que gruesas gotas de agua resbalasen por mi piel en carreras destinadas a la desaparición, pérdidas inevitables.

Caminé descalza, dejando las huellas de mis pies sobre las heladas baldosas, sintiéndome más tranquila a medida que aquella frialdad ascendía por mis piernas, adormeciéndome lentamente. Aspiré con fuerza, abrí la puerta creyendo que estaba preparada para aceptar cualquier cosa... ¿Dejaría de sentirme estúpida en algún momento?

¿Quién era la última persona que habría de hallarse con Mario? Sí, esa, la zorra de mis pesadillas, la misma que disfrutaba causándome daño. ¡Tania!

Me sentí pequeña, ella tan arreglada y yo recién salida de la ducha. Yo con el pelo

rizándoseme por momentos, mis piernas delgaduchas y sin apenas pecho contra una belleza morena que hacía morritos. No hacía falta decir nada, aquel era otro golpe, de esos que acumulaban a mi espalda y trataba de sobrellevar con tranquilidad para no dar el gusto de demostrar que me habían jodido.

—¡Qué sorpresa tan agradable visita! —exclamé tras varios segundos en los que el silencio era algo sólido, palpable, que construía un muro invisible separando la habitación en dos — ¿Querías algo? —Pasé de largo y me senté sobre la cama. La toalla apenas tapaba mis piernas, Mario se mantenía impasible, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable, apoyado en el marco de la puerta.

—Justicia —respondió, llana y sencillamente, Tania con satisfacción. La miré esperando una explicación que no llegaba, lo miré a él preguntándome por qué simplemente no se largaban, ¿de verdad tenían pensado montárselo delante de mí?

—Me sorprende que conozcas el significado de esa palabra. ¿Envidia? ¿Venganza? Me casan más contigo —solté estirando la mano hacia la mesilla y tomado mi teléfono. Lo desbloqué y marqué el teléfono de Kaia, si la situación se descontrolaba solo tenía que pulsar su nombre y ella acudiría, ella era mi comodín.

—Zorra...—Me gustaba más ver el odio en los oscuros ojos de Tania. Esa era la verdadera, la misma que disfrutaba martirizándome y haciéndome sufrir.

—Ahora que empezamos a vislumbrar la verdad... Mario, ¿no tienes nada que decir? —Tania, que estaba a un par de metro se giró y se aproximó a él. Sonrió con maldad, una oscuridad reservada para las peores, supe lo que haría antes de que posase sus sucias manos sobre él. Una diminuta parte de mí, esa que seguía brillando esperando una oportunidad, que quería creer en el príncipe azul y en que, quizás, podía surgir algo hermoso de las casualidades, gritó, aulló con dolor al ver que Mario no hacía nada por alejarla. Nos miraba alternativamente, esa era toda muestra de vida en su rostro—. Supongo que te ha comido la lengua el gato.

—Todavía no. Por algún motivo quería esperar a que salieras, —Se encogió de hombros—. te lo mereces por zorra. ¿No te trae recuerdos? —¿Era una confesión? Me negué a responder—. Voy a hacerlo disfrutar como tú no has podido. —Ella buscó su boca, él se movió lo justo para impedir que rozase sus labios. Acabó chupperreteándole la mejilla. Aquello ya no era tan sensual como ella quería que pareciera.

—Creo que se te resiste. Igual tienes que atarlo, aunque eso le gusta. —Ella iba a hablar cuando levanté la mano derecha y continué. Me apreciaba demasiado para permitirle seguirme jodiendo. Era el punto de inflexión, ¿verdad? Tenía que serlo—. Llévatelo, no me importa. Si alguien está dispuesto a tocarte, a mirarte siquiera, si prefiere a alguien podrido por dentro entonces no merece la pena. Te doy las gracias —concluí con una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Contaba los segundos que estaban tardando en abrir la puerta y largarse. Uno, dos, tres, cuatro... Ni siquiera levanté los ojos, no podía mirarlo, reconocer que me dolía, quizás a esa parte minúscula de mi ser.

Pero volvió a reinar el silencio. ¿Acaso no pillaban las indirectas?

—Vámonos, ella tiene razón. ¿No ves que ni siquiera le interesas? Ya te dije como era, no le importas —susurró tratando de convencerlo—. El pasado que os une no significa lo mismo para ambos, te dije que te abriría los ojos. —Fue entonces cuando los miré, Mario me observaba frunciendo los labios.

—¿Qué crees que es lo que he visto yo? —Las palabras de Mario me dejaron confusa, yo esperaba con tanta expectación que continuase como la misma Tania—. He visto a una mujer

rastrera, triste, que, sinceramente, me da mucha pena. —soltó con la suavidad de una cobra que está a punto de atacar. Ese peligro tangible que, sin embargo, pocas veces puedes evitar.

—Ella...—soltó Tania. Mario le tapó la boca para, a continuación, limpiarse contra el pantalón los restos de carmín rojo que quedaron impresos a su palma.

—Tú —respondió Mario. Ella estaba agarrada a él con fuerza, sus uñas postizas se clavaron en los brazos de Mario, él no parecía percatarse. Se mostraba serio, una frialdad calculada al milímetro. Esa actitud había sido entrenada durante mucho tiempo hasta el punto que controlaba cada músculo, cada microexpresión que pudiera delatarle. Sentí deseo por el hombre duro, silencioso, peligroso que tenía ante mí. Me odié por ello—. Tú eres la víbora, peligrosa, pero no tan inteligente como nos quieres hacer creer. ¿Sabes lo que odio? —Ella iba a abrir la boca de nuevo, sus dientes blancos resaltaron en la inmensidad roja que había dejado el carmín corrido, sin embargo, bastó una mirada a Mario para que se detuviera. ¿Tenía miedo? ¿Acaso no veía que él jamás le haría daño? Eso era, quizás, de lo único que yo estaba convencida, totalmente convencida—. Odio que intenten engañarme, que crean que pueden jugar conmigo. Tú lo has hecho, ¿qué te hizo ella tan grave? ¿Ser más guapa? ¿Más lista? ¿Más inteligente? —Se detuvo—. Es eso, ¿verdad? Ella es mucho más de lo que tú podrás ser nunca, llegará a sitios con los que alguien como tú, con el alma tan negra, no puede ni soñar. Ella cuenta con amigas y con un hombre que tú deseas. —A pesar del maquillaje el rostro de Tania estaba rojo, muy rojo. Lo cierto era que lo notaba por el tono de las orejas, pero era un indicativo, al fin y al cabo.

—¡Tú me has pedido ayuda! ¡Me has dicho que viniera! —aulló ella a punto de perder el poco control que todavía tenía.

—Cierto.

—¿Estás loco? ¡Tú me dijiste...! —Ella golpeó su pecho, él seguía impasible.

—Para que metas mierda cuando no nos demos cuenta prefiero atarte por el rabo antes —comentó él con indiferencia. Y ahí yo no pude. La diminuta sonrisa que pujaba por salir, esa que iba y venía, mutó, transformándose en una carcajada profunda, en una venganza que siempre deseé. Me sentí pletórica, satisfecha.

El caos era el desenlace inevitable. Ella rabiosa, yo con poca ropa y mi poli con unos reflejos de mierda.

Tania se lanzó sobre mí, en mi intento de esquivarla lo único que logré fue que en lugar de aferrar mi pelo se hiciera con la esquina de mi toalla. Yo la agarré, ella tiraba, Tania estaba mucho más rabiosa.

¿Os gustaría estar en mi situación? Desnuda, perseguida por una bruja que gritaba como loca y un poli buenorro tratando de apresarla. Ella se escurría y yo no dejaba de escapar.

Y lo inevitable pasó, mi cabellera quedó entre sus dedos, muchos pelos cayeron en batalla, yo le devolví el golpe y apresé su brillante melena.

—Suéltala —ordenó Mario.

—¿Por qué habría de hacerte caso? —preguntó Tania. Movié la mano y apretó el agarre, el dolor me hizo caer de rodillas, pero ella se vino conmigo porque en ningún momento la solté. Antes muerta que dejarla escapar. Como si estuviéramos compenetradas nos zarandeamos mutuamente, parecíamos dos maracas, aunque creábamos una melodía de mierda —Te arrancaré todos los pelos de la cabeza. ¡Te dejaré como un chihuahua! —Eso era algo nuevo.

Hay ciertas personas con las que no merece la pena discutir, nada de lo que le dijera conseguiría atravesar la capa de maquillaje, prepotencia y estupidez que la definía.

Mario la atrapó, daba la impresión de que solo la tenía sujeta por la muñeca, no obstante, la

presión que ella ejercía sobre mi pelo se suavizó hasta que me dejó ir. A mí me costó un poco más.

—Déjala...—me susurró Mario con suavidad. ¿Creía que le estaba hablando a una niña? ¿Era eso? ¿Siempre era eso?

—No —respondí tozuda.

—Mírala, ya no puede hacerte nada.

—¡Qué no! Quiero arrastrarla y hacerle sentir lo mismo que ella me hacía a mí. —No quería contar tanto.

—¿Te sentirás mejor? Puedo darte unos minutos. —Yo abrí los ojos sorprendida. Tania tenía mucho más que decir, por el grito que pegó.

—¡Estáis locos! ¡Suéltame! ¡Suéltameeee! —exigió agarrando mi mano entre las suyas, pero solo tuve que menearla un poco para que se volviera más mansa. Me quedé mirando a Mario sin saber si creerle o esperar un ataque sorpresa.

—¿De verdad? —inquirí con suavidad.

—A veces hace falta algo más que ver como esa persona se desmorona ante ti. ¿Es eso? ¿Necesitas anularla como persona? ¿Necesitas convertirte en ella? —Eso ya no me hacía tanta gracia.

Refunfuñé, pero abrí los dedos de la mano y la miré mientras, con las manos sobre su cabeza, se alejaba. No dejaba de peinarse con los dedos, creo que le dolía más el ego que cualquier otra cosa.

Fue Mario el que me colocó la toalla en las manos, sin embargo, viendo que no hacía amago alguno por cogerla, él mismo me la colocó. Lo hizo con delicadeza, rozando ligeramente mi piel, pero yo solo la veía a ella. Tania, la misma que una vez me pareció perfecta e intocable.

—Vete —ordenó Mario, Tania no tardó en salir corriendo.

Cuando volvimos a estar solos no sabía lo que sentía. No comprendía aquellas emociones. Llorar o reír, ¿cuál era la elección correcta?

Me envolvió en sus brazos, no sentí impulso por demandar más. No quería besos, caricias, solo eso. Un abrazo que me mantenía en pie y me daba serenidad, el saberlo a mi lado, sin hacer preguntas o prejuizarme, como si él, mejor que yo misma, supiera que era eso lo único que en aquel instante precisaba.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté de pronto, mirando mi reflejo en el espejo del fondo — No tenías por qué.

—Soy bueno calando a las personas.

—¿Y eso que quiere decir? —Giré entre sus brazos hasta que quedamos frente a frente. Miraba aquellos ojos castaños sin pestañear, pendiente de cualquier inflexión, buscando la mentira.

—No puedo darte otro motivo. Calo bien a las personas y tú no eres como ella decía. No te pareces en nada —recalcó acariciándome la mejilla.

—Me sirve, pero solo por ahora.

—Eres una peleona, ¿vas a darme mi premio? Llevo muy mal eso de verte desnuda y no poder aprovecharlo. Esos pezones erectos me llamaban, ¿no te dan pena? —inquirió con un hilo de voz.

—¿Y si te dijera que no estoy de humor después de lo que ha ocurrido?

—Lo aceptaría. —Besó mi hombro y se alejó, al tiempo que se estiraba—. Mejor dejamos que corra el aire.

—¿Si no te doy sexo ya no merezco tu abrazo? —le recriminé sintiendo el frío que quedó tras él.

—No es eso, —Se aproximó a mi oreja—. ¿sabes lo difícil que es no besar cada centímetro de tu piel cuando solo llevas una toalla? ¿Y ahora me pides que te toque, que sienta tu piel caliente en mis manos, y me convierta en piedra?

—¿Tan difícil te resulta? —pregunté con una sonrisa mimosa. Lo busqué, acaricié sus labios con las yemas de mis dedos, ronroneé cuando él los mordisqueó.

¿Sabéis lo que ocurrió a continuación?

Capítulo 18



Kaia

“No me mires las tetas, aunque sé que lo estás deseando...”

¿Cómo podría describir mi situación sin caer en error? Tenía dos problemas enormes y no sabía cuál debía abordar primero, ¿cuál era más grave?

El primero y más evidente, me había dejado el anillo dentro del culo de aquel maromo que, en ningún momento, pareció darse cuenta de que no cooperaba tanto como debería y seguía golpeando con fuerza mi interior. Reconoceré que una no es de piedra y, por mucho que mi cabeza estuviera trabajando a mil por hora para tratar de solucionar los ligeros inconvenientes que habían surgido, me daba un gustillo...

El segundo era Marta, esa que quería cerca, la misma en la que no conseguía dejar de pensar y a la que había invitado a mi habitación. Pero... ¡joder! ¡No imaginé que se presentaría en el peor momento, y si decía algo no tendría oportunidad de recuperar el objeto perdido! (Tampoco es que fuera muy agradable ser montada mientras la mujer que deseas desde hace tiempo observa, bueno, puede que un poco sí...)

Una decisión, piensa, piensa. Me besó, su lengua se enredó con la mía y fue ahí, con mi gran sabiduría, cuando traté de hablar. Creo que alguna neurona en mi cerebro había entrado en combustión espontánea, sentí un escalofrío cuando Marta se levantó dispuesta a largarse.

Empujé a Adrián con suavidad, lo justo para que su lengua me abandonase y pudiera mirarme reflejada en sus ojos dorados, brillantes y excitados.

—Más despacio. No quiero quedarme sola en esto. —Él ralentizó sus acometidas, las convirtió en una tortura. En la segunda frase mis ojos se despegaron de él, lo abracé con fuerza contra mi pecho, pegándolo a mí y la miré a ella. Cuántas palabras no pronunciadas, preguntas impertinentes, pero necesarias.

Ahora diré que no es lo mismo jugar a meter el dedito que a la búsqueda del tesoro. Estaba más concentrada en saber si lo que tocaba era carne o el dichoso anillo que en el acto de placer en sí. Gemía, me movía, cooperaba en cuanto mi cerebro me permitía sin cortocircuitar, dado que el 99% de su capacidad la usaba para jugar a Indiana Jones.

¡Lo toqué! Se me escapó ante la contundencia de su siguiente acometida, tentada estuve a pedirle a Marta que echara un ojo por esos parajes y me diera indicaciones, igual que cuando aparcas un coche. Izquierda, derecha, ¡no! ¡Cuidado que rozas! Bueno, en este caso rozar no era el problema precisamente.

Era como jugar a atrapa al ratón. Y Adrián no me lo ponía nada fácil, aunque por lo menos había dejado de apretar las nalgas.

—¡Lo conseguí! —grité con voz entrecortada de repente.

—¿Ya te has corrido? —preguntó él con todo el tacto masculino que poseía.

—No, casi...—gruñí yo. Puse cara de éxtasis y me estiré ligeramente. Con el índice ya tenía localizado mi objetivo, ahora tenía que lograr arrastrarlo hasta la salida y extraerlo con una pericia que no sabía si poseía.

—Disfruta, preciosa, deja de pensar en el pasado. Te noto lejos de mí, ausente —susurró Adrián. Mis ojos volaron de Marta a él, sentí que lo engañaba, que él había sido sincero y no merecía que yo le ocultara algo tan grave como que no estábamos solos. Asentí sin atreverme a

hablar, prometiéndome que lo compensaría por lo que estaba ocurriendo, que aceptaría las consecuencias, pero primero...

Me acercaba. Había logrado deslizar el anillo hasta la estrada, sin embargo, ahora necesitaba un segundo dedo. Solo que ya le costaba aceptar en su interior mi índice, dos dedos le provocarían un desgarró impresionante. Suspiré y me replanteé la situación. No era necesario entrar en profundidad, solo la uñita, conseguir aferrarlo y tirar.

—¡Ah! ¡Mierda! —gritó él.

—Mierda digo yo —contesté yo al sentir que casi lo tenía y se me había escabullido. ¿Qué podía pasar ahora?

¿Alguna vez habéis estado apasionadamente entregados a la pasión, tanto, que entre mete y saca el protagonista de la función decidió no entrar correctamente? Según los expertos, esos que juran que una patada en los huevos es tan dolorosa como un parto, lo que ocurrió en aquel momento también dolió. Provocando de paso que todo él se tensase y que la luz se entendiera bajo sus pupilas.

—¿Qué tengo en el culo?

—No sé a qué te refieres. ¿Te duele? —pregunté tocándole el capuchón húmedo —¿Seguimos?

—Si, no. No me líes. —Pero volvió a meterla. La mente masculina era demasiado compleja para mí, no obstante, no se movió, quedó congelado en aquella posición—. ¿Qué tengo en el culo?

—¿Ahora?

—¿De verdad? ¿Cuándo sino? Espero que lo que sea que tengo ahí no se quede durante mucho tiempo y acabe germinando.

—Te lo estás tomando bastante bien. ¿Puedo seguir intentándolo? —sonreí con mi cara más inocente.

—¿Eso era lo que hacías?

—Puede...—Él se movió como respuesta con fuerza y contundencia, me arrebató el aire. ¿Por qué no había dejado que Marta se fuera? Pero la idea de que se alejara me hacía sentir que podía estar perdiéndola para siempre. ¿De verdad creía que aquella situación era mejor? Nada bueno podía salir de allí.

—Espero que termines antes que yo, creo que me pondría un poco nervioso si no lo lograses y tuviera que ir a urgencias caminando al estilo cowboy. ¿Qué crees que dirían? —A continuación, mordisqueó mi cuello, provocándome de paso una risita nerviosa—. Eres una chica muy mala.

—Mucho —concordé yo.

Dado que las cartas se iban colocando poco a poco boca arriba fui a por todas. Lo aferré y tiré, él gritó, cayó hacia atrás despatarrado. ¡Yo tenía el anillo! Sin embargo, sus ojos echaban chispas y creo que su paciencia conmigo había llegado a su límite.

—¿Estás bien? —inquirí, luchando con todas mis fuerzas por no echarme a reír.

—¡Me has pellizcado el culo! ¡Por dentro! ¿Cómo cojones has logrado hacerlo? —Ante dichas acusaciones no tenía ni idea de cuál era la respuesta posible. Esboqué una tímida sonrisa, aunque mis ojos se descojonaban de lo lindo.

—¿Lo siento? Tenía que pillar el anillo, se escurría.

—Pobrecita, ¿se trataba de una zona demasiado resbaladiza? ¿qué creías que lograrías sacar de ahí? ¿diamantes?

—Tampoco profundicé tanto...—Mi voz salía estrangulada por la risa, no pude más.

Un sonido a su espalda le hizo girarse. Su rostro se tornó rojo, se volvió hacia mí. Se tapó sus partes nobles, ¿desde cuándo era tan vergonzoso?

¿Yo? Tenía ganas de lavarme las manos, quizás después podría dar las explicaciones que hicieran falta.

Visto que me había quedado en un coitus interruptus fui a por algo de ropa y me acerqué a Marta. Para parecer siempre tan lanzada, directa e independiente se mantuvo en silencio, con los ojos centrados en mí y cara de culpable.

—¿Vas a quedarte ahí espatarrado? Deja de mirarme con cara de pocos amigos y sentémonos un momento. Si te sirve de algo yo no sabía que teníamos público al principio, pero tampoco hemos hecho nada de lo que debamos avergonzarnos. ¿De verdad no te pone ni un poco saber que otra mujer nos observaba? —Ante mis palabras, si se hubiese tratado de un dibujo animado la cabeza le habría explotado allí mismo.

—Mejor me largo, creo que la culpa ha sido mía por tratar de interponerme entre vosotras dos. Estáis igual de piradas y jugáis con los demás a vuestro antojo. —Iba a levantarse cuando aferré su brazo con fuerza. Él me miró sin comprender mis intenciones, me estaba dando una salida rápida, debería haberla tomado, pero no quería que se alejara, no con esa idea en la cabeza. ¡Quién me comprendiera que me llevase a su casa!

—Siéntate machito. A mí me gusta hablar las cosas. —Por algún motivo me hizo caso.

Y ahí estábamos tres locos, pirados, con lazos quebradizos entre ambos. Le tendí la mano a Marta, ella la tomó y se aproximó despacio.

—Lo lamento —susurró Marta de pronto. Miró a Adrián por primera vez y se encogió sobre sí misma. ¿Era posible que ella tuviera miedo? La idea de que eso ocurriera me escoció por dentro, la necesidad de protegerla nació con fuerza—. Ella no sabía que yo os seguía, ni siquiera yo comprendo por qué lo hice.

—¿De verdad? Pues eres la única. Es obvio —soltó él, de manera bastante brusca—. Juegas con ella y Kaia te lo permite. Ahora sí y ahora no. No digo que no tengas tus motivos, aunque no todo es justificable. —Ella recibió cada palabra como si fueran golpes físicos que encajaba como podía.

—No seas cruel —pedí estirando los brazos hacia Marta, esperando que ella aceptase ese contacto y acudiera a mí. Necesitando tanto como ella sentirla caliente contra mí. Pero Marta no se movió, ni siquiera hizo el amago. Eso me hizo callar, la sensación de que era estúpida, una ingenua que siempre aceptaba que volviera, que no hacía preguntas incómodas y recibía las migajas que estaba dispuesta a darme con auténtica devoción.

—Cierto, no sé si podré aceptar lo que siento por ella jamás —dijo Marta. El frío de la pérdida, de presentir el dolor, me tocó con sus gélidos dedos.

—Eres una persona egoísta —soltó Adrián. ¿Quién lo había nombrado mi defensor personal? ¿Acaso yo no podía defenderme sola? Aunque no lograba despegar los labios, todo lo que tenía que decir quedaba grabado en mi mente, frases muy bien argumentadas que jamás verían la luz del sol—. ¿Qué esperas conseguir?

—Quizás necesitaba ver cómo pasaba página —susurró Marta.

—Entonces es mejor que te vayas. —Adrián fue contundente.

Me levanté y me dirigí hacia el servicio. Fue entonces cuando aquellos que solo se centraban en el duelo de gallitos recordaron que no estaban solos.

—¿A dónde vas? —preguntó él.

—¿Te pasa algo? —inquirió ella.

Me giré con las manos en las caderas y mis prodigiosos senos amenazándolos a ambos. Me había colocado una camisa encima, pero solo me había abrochado tres botones y casi mostraba

más que antes. Tenía ante mí a dos lobos hambrientos.

—¿Ahora os preocupa? ¿Cuál de los dos ha ganado? Bueno, da igual. Me voy a dar una ducha y luego ya me contáis cuál de los dos tiene mi correa —solté con desparpajo—. No sois tan diferentes, creo que al final sí que tengo un prototipo y todo.

—Yo estoy más bueno —comentó Adrián con una sonrisa bonachona. Se incorporó y caminó hacia mí con aire decidido—. No te enfades, solo era sincero. —¿Cómo podía regañarlo cuando me ponía ojitos? —Los cobardes siempre lo son, no podrás cambiarla —dijo como si ella no estuviera presente.

—No me gusta juzgar, todos tenemos nuestros motivos para hacer lo que hacemos —lo contradije yo—. Repito, no me gusta juzgar.

—Entonces estás perdida. Ella seguirá siempre ahí, en la sombra, impidiéndote avanzar. —Acarició mi rostro y recolocó un par de mechones rubios detrás de mi oreja. ¿Estaba loca al no querer que ninguno de los dos se fuera? Trataba de mantener a dos leones que deseaban despedazarse mutuamente en una misma jaula.

—Sigue aquí. Quiero oírla.

Marta se acercó entonces, creamos el triángulo más extraño del mundo. Adrián estaba tenso, ella parecía haber sido apaleada.

—¿Y bien? —pregunté entonces al ver que ella no terminaba de decidirse. Me lo merecía —El silencio no va a cambiar nada.

—No quiero estar contigo —respondió Marta. Ella conseguía hacer daño usando pocas palabras.—, sin embargo, cuando vi que te ibas con él no pude evitar seguiros. No puedo, no estoy preparada para hacer las paces con mi pasado. Yo soy la persona equivocada, siempre lo he sido, no te convengo.

—¿A quién intentas convencer? —pregunté molesta.

—¿A ambas? —Por primera vez sonrió. Su voz era hermosa, sobre todo cuando era feliz, pocos sonidos me gustaban más.

—No se te da muy bien —contesté tocando su mano, tentándola, necesitando enredar nuestros dedos.

Adrián dio un paso hacia atrás. Desaparecía poco a poco, quería huir sin llamar mi atención, dejé a Marta de golpe y salté en los brazos de Adrián.

—Mi bombero grandullón. Me gustas, tienes pequeños desperfectos que habrá que pulir, pero creo que podremos trabajar en ello. —Cuando él iba a besarme me solté y volví con Marta—. Y tú deseas las sombras por miedo a que puedan vernos. ¡Nadie es perfecto!

—¿Esto qué significa? —Adrián no se rendía, casi lo agradecía, otro ya se hubiera largado hace mucho tiempo. Miré mi mano derecha, el anillo que en ella había. Era un recuerdo familiar, de poco valor real, pero sabía que nunca me perdonaría si lo perdía. Eso me hizo reflexionar a mi manera.

—Que ella se avergüenza de que nos vean, pero eso no ha impedido que se coloque en una situación verdaderamente comprometida. Que tú, a pesar de que has acabado con el culo escocido y sin tu orgasmo, sigues esperando la decisión de una loca diminuta y muy bien dotada. Ambos estáis en mis manos —concluí, al tiempo que hinchaba el pecho al igual que un pavo real.

—No es...—empezó él.

—Tienes razón —remató Marta, hablando por encima del grandullón.

—¿Y ahora qué? —Adrián se acercó hasta que los tres prácticamente nos rozábamos. Solo Marta seguía vestida, aunque eso no era relevante, pues cuando rocé su muñeca tembló como una

pluma. Se sentía débil, no necesitaba que me lo dijera para comprenderla.

—Tendremos que improvisar —comenté sin darle importancia. Coloqué cada mano en la mejilla de uno de ellos, me abrazaron, en el proceso también ellos se tocaron, sin embargo, estaban concentrados en mí.

Y al fin todo era perfecto, imperfectamente perfecto. Quizás a ojos ajenos estábamos haciendo algo inmoral, tal vez besar a Adrián después de aspirar los suspiros de Marta, la misma mujer que gritaba odiarme, no era lo mejor. No importaba, lejos quedaron las posibles acusaciones, las malas miradas que recibiría si alguien se enteraba.

¡Qué me juzguen y que se jodan! Pensé con auténtica fascinación al ver a dos personas tan diferentes dejar de lado sus miedos por mí, ser tan importante para ellos que olvidan que tal vez aquello solo nos haga daño, que podíamos estar comprometiendo mucho más que nuestros cuerpos y reputaciones.

Pero nos acariciamos, nos besamos, nos fuimos descubriendo tan despacio que llegó un momento en el que no estaba segura de cuál era la boca que saboreaba mi pezón o cuál de los dos era el que depositaba dulces besos por mis piernas, ascendiendo peligrosamente. Yo cerré los ojos y fui venerada cual diosa, sin creer en ningún momento que mereciera estar allí, sin comprender cómo lo había logrado, pero más feliz que desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 19



Elani

“Soy dulce, pero puedo romperte los dientes...”

Y la noche llegaba perezosa, la oscuridad propiciaba que las luces y velas se encendieran, dándole un toque a aquella atmósfera, ya romántica de por sí.

Al grito de “¡Qué se besen!” o “¡Qué tire el ramo!” llegó el “¿Cuándo nos permitirás ver cómo te quitas esa liga?” a cargo de los amigos del novio, acompañado de sendas risas estruendosas.

Kaia regresó al lado de Marta y Adrián, yo no comenté nada al ver su cara, hacía tiempo que no estaba tan contenta. Ari con el poli. Kat con su recién estrenado marido, ¿y yo? ¿Por qué yo era la que sonreía entre ellos, pero me sentía completamente sola?

Rodeamos a Kat escondiéndola de los ojos de los demás. Ella levantó la falda y, solo cuando estaba preparada, nos separamos para que pudieran observar su pierna perfecta y aquella liga roja tan sensual.

Era difícil destacar entre ellas, yo siempre era la que no era lo suficientemente guapa, la que no era lo suficientemente divertida, la que no bailaba lo suficientemente sensual. Sin embargo, yo no las cambiaría por nada del mundo, cuando las tenía a mi lado me sentía segura, confiaba en ellas ciegamente y sabía que nunca me fallarían. ¿Me estaba conformando? Para mí no se trataba de eso, con ellas me había tocado la lotería, no obstante, seguía faltándome algo.

—¡Dejad de mirar a mi mujer, pervertidos! —gritó Evan saltando para recuperar tan preciado trocito de tela. Sonrió con orgullo al conseguirlo y se arrodilló ante Kat. La miraba con auténtica adoración, ella estiró la mano y él la atrapó depositando un largo beso en su muñeca. Serían felices, tenían que serlo sino no existiría esperanza para los demás.

—Cariño, pueden mirar, pero tú eres el único que puede besar, chupar y...

—¡Kat! —aulló él, presintiendo por dónde iba su esposa y sabiendo que no iba a cortarse ni un pelo.

—¿Qué? —Ella puso voz de no haber roto ni un plato en su vida, aunque en su rostro se veían sus intenciones más oscuras. Creo que, a estas alturas, cuando el alcohol ya corría por las venas de los invitados y empezaban a olvidarse de los protagonistas, Kat y Evan ya empezaban a desear con ansias la primera noche de pasión que compartirían como hombre y mujer—. Ahora que lo pienso, estaría mucho más cómoda si pudiera cambiarme. ¿Crees que yo sola seré capaz de salir del vestido? Quizás... si tuviera a mano a un caballero que pudiera acompañarme, desvestirme y atenderme en condiciones...

Todos estaban tan ocupados que ya nadie repararía en mi ausencia. Me escabullí, y llegué hasta la barra sin que nadie me detuviera a saludarme, conversar o comentar lo bonito que era todo, o lo mucho que los novios se amaban.

Allí me di de frente con Lander, bebía una cerveza sin hacer mucho caso de una de las camareras que ya había dado más de tres vueltas a su alrededor preguntándole, de manera muy sugerente, si quería algo más. O era el tío más despistado del mundo o el más insensible, por lo menos podía haberle respondido con palabras no con un leve chasquido.

—Algún día aprenderás modales —le dije. Ni un hola, ni qué tal, quería guerra. Necesitaba pelea y no me importaba no volver a verlo porque temía que tampoco fuera a hacerlo de nuevo. Solo quería que gritara, si tenía oportunidad patearle una espinilla y puede, solo puede, que en el

proceso tuviéramos uno de esos polvos estrepitosos que siempre salen en las películas románticas. Vale, en aquel momento me conformaba con no acabar sangrando y hacerle el mismo daño que yo fuera a recibir. Lo que no contaba era con su silencio, directamente giró el taburete y me dio la espalda.

Otra persona se habría retirado, habría sentido vergüenza, pero comprendido que nada bueno podía salir de allí. Había que ser muy rencoroso para no aceptar que los malentendidos ocurrieran y que no servía de nada comportarse como un niño mimado incapaz de ponerse en los zapatos de los demás.

Cuando miré a mi espalda Kaia reía con Marta, ella estaba mucho más cohibida, sin embargo, eso me hizo recapacitar. Si Kaia había logrado entenderse con una zorra fría como Marta, ¿por qué yo no podía ponerle un bozal al león durante unas pocas horas?

—O puedo enseñártelos yo —susurré, no estaba segura de que él me hubiera escuchado, aunque algo me decía que todos los sentidos estaban puestos en mí, quise creerlo al menos. Esas emociones no descritas, pequeños gestos que no podía ocultar, todo ello recubierto por una fina capa de indiferencia—. Esta vez veo que eres tú.

¿Qué le puedes hacer a un hombre que le cause dolor, auténtica agonía, pero en su ego? Entonces recordé aquellas tardes en las que descubrimos los ninjas y, como crías, intentamos conseguir convertirnos en fantasmas. Quizás, nunca logramos nuestro cometido, pero lo que sí era cierto era que había logrado adquirir una serie de cualidades que, aunque nunca utilicé en la vida real, esperaba que por fin me sirvieran de algo.

Que conste que lo que hice a continuación es delito, no obstante, como atenuante diré que mi intención estaba muy lejos de la que pueda parecer a simple vista.

Y mente sana, cuerpo sano. Desperaré mis músculos, sentí aquella sonrisa traviesa y el fuego de la adrenalina recorriendo mis venas. Lo miré, supe que tanto trataba de demostrar que yo no estaba allí, que no era nadie, que lo único que conseguía era facilitar mi labor. Observé a nuestro alrededor con cuidado, no deseaba ser descubierta por cualquiera y que se formara la marimorena.

Me pegué a su espalda, lo hice con una intención en mente y muy poco autocontrol. Habría sido muy sencillo dejar volar mis dedos por su piel, tan concentrado estaba en dejar clara su postura que no encontraba ningún tipo de reticencia, pero no era esa mi meta, y se lo repetí a cada minúscula porción de mi cuerpo.

Como iba diciendo me pegué a su espalda, quise que sintiera mis pechos, como en toda película de seducción que se precie en la que la chica deja al pobre maromo de dos metros suspirando por ella y besando el suelo que pisa. En mi caso, y es que la realidad siempre supera la ficción, ¿no dicen eso? Es posible que más que la esponjosidad de dos turgentes pechos lo que sintiera fueran mis costillas y huesos, quiero creer que ellos también tenían su puntito de sexualidad, lo único que añadiré a esto es que él se tensó y yo me anoté una pequeña, diminuta victoria.

Era un avance lento, lo estaba disfrutando. Él seguía bebiendo, no quería ni pensar lo que opinarían los demás al ver a una de las damas de honor toqueteando a un hombre que a todas luces seguía bebiendo y mirando algún punto a lo lejos demasiado fijamente. No obstante, creo, que a medida que mis dedos recorrían su espalda, él me pertenecía un poco más. Lo negaba, se negaba a sí mismo que dicha loca, esa que no soportaba porque no conseguía comprender, la misma cuya existencia prefería obviar tenía el poder suficiente sobre su cuerpo, sobre su ser para trastocar su mundo y por eso prefería volver a llevarse el botellín a los labios, marcando un ritmo lento que yo

empecé a seguir con mis avances, en una burda burla a su resistencia.

Y cuando todo mi cuerpo era su segunda piel, cuando prácticamente me había colocado sobre él y mis manos acariciaban aquellos duros pectorales cuyos pezones se habían alzado a la voz de revolución, firmes, preparados para la gran batalla, justo en ese momento disfruté al sentir su camisa bajo las yemas de los dedos mientras descendía por su abdomen a zonas más prohibidas.

Sonreí al percibir que contenía el aliento y ver, en el reflejo del cristal, que no era tan fuerte como trataba de hacerme ver, sus ojos peleaban por permanecer abiertos, pero perdían lentamente la batalla en un descenso de pestañas peligroso y sensual, todo en él lo era.

Algo en contra es que tan musculado estaba, tan perfecto era mi hombre, mi hombre... ¿no sonaba genial? Ahora tenía que convencerlo a él. Bueno, como iba diciendo, tan perfecto era y tan consciente era él de eso que vestía para que los demás también lo percibieran, aunque más sutilmente.

Su ropa demasiado pegada contribuía a que pudiera pescarme con las manos en la masa, y en este caso cuando hablo de masa no me refiero al chorizo que crecía a momentos en el interior de su pantalón, aunque no negaré que sentía cierta curiosidad al respeto.

Mano derecha preparada, la izquierda traza círculos despistados cerca del botón del pantalón. Él aprieta el botellín, sus dedos se vuelven blancos y contiene el aliento. Espera algo, ambos lo hacemos, no obstante, ni es lo mismo ni lo que él desearía es algo para lo que yo querría público.

¡Lo noto! Casi aulló mi cerebro. Quise bailar, reír como loca al imaginarme la cara que pondría cuando se percatase de mi jugarreta.

Ahí estaba, solo debía deslizarla con suavidad, sacarla al exterior, liberarla de su prisión sin que nadie en aquel lugar, ni el mismo Adrián se diera cuenta. Difícil misión, sonreí de nuevo.

Despacito y a buen ritmo. Tenía la puntita, la más delicada, fue entonces cuando pegué mi entrepierna huesuda a su espalda. Aquellos huesos estaban envueltos por la carne del placer, ¿no se lo había pasado en grande acariciando y chuperreteando mi diminuto trocito de chica del placer? Era el momento de hacerlo recordar, usé todas las armas que tenía a mi alcance.

—¿Te encuentras bien? —pregunté de pronto. Quería sacarlo de aquel trance, desconcentrarlo —Te noto tenso, ¿necesitas un masaje?

—Mmm...

—Creía que no ibas a contestarme, que no tenía ese derecho. La loca que se convierte en humo cuando ya no te interesa —proseguí en mi ataque. Casi lo tenía, casi...

—Mmm...

—Siempre me ha encantado hablar contigo —solté feliz como una perdiz.

¡Lo tenía! ¡Lo había conseguido!

Quise gritar, saltar, aullar de alegría.

Me recompuse a mi manera, escondía en mi mano derecha aquel gran tesoro, con la izquierda estiraba arrugas inexistentes de mi vestido.

Con pasos trémulos y sintiendo su mirada en mi piel, sobre todo entre mis muslos donde, por algún extraño motivo, se habían formado las cataratas del Niagara, quise mostrar una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

Uno, dos, tres, cuatro... en el doce me había encerrado en el baño de señoritas. Ese que horas antes debía estar limpio y que toda mujer evita tocar. Baldosas verdes, grifos antiguos... el lugar perfecto para ocultarme de ojos indiscretos.

¿A que no adivináis que tenía entre mis manos? Lleváis un buen rato intentándolo. ¿Que podrá ser, que podrá ser...? Os daré un par de puntos si os habéis acercado siquiera. Chan, chan, chan...

Abrí un ala y ahí estaba su foto, una foto tamaño carnet, de esas profesionales en las que todos salimos mal, pero que al cabrón le remarcaba sus preciosos hoyuelos. Tenía varias, no creo que se diera cuenta de que le faltaba una, me la escondí en el escote.

Y ahí fue cuando vi que debajo estaba el carnet de conducir. ¿Qué otros tesoros podría encontrar en aquel, en aquel...? ¿Lo habéis averiguado ya? Por mi parte diré que se parecía al monedero de una mujer, incluso en ese tono rojizo, pero seguro que si le preguntábamos era el de todo un hombre.

Pues bien, como sabía que el tiempo jugaba en mi contra y quería estar en un lugar seguro cuando se percatara de toda mi jugarreta me quedé con el carnet de conducir entre los dedos, guardé la cartera en el interior de mi vestido (ahí no aportaré más datos) y volví de nuevo a la barra.

Esta vez mi destino era el camarero. Lo llamé y le pedí un bolígrafo. Que mente más perversa tengo, era un plan redondo, ¿no? Era el momento de coger el toro por los cuernos.

—Hola, perdona. ¿Podrías darme un boli y un trozo de papel? —El camarero se alejó solícito y volvió al cabo de un par de minutos, me tendió lo que le había pedido y yo posé mi mano sobre su antebrazo haciéndole saber, de manera sutil, que no deseaba que se alejara todavía.

—¿Necesita algo más? —me preguntó él.

—Puede... Ahora bien, habrás de tener cuidado, no queremos que el lobo te muerda. —Sonreí quedamente y añadí en un tono mucho más bajo—. A ti. Dame unos segundos, por favor.

Y en esos segundos escribí con rapidez una nota corta para un enamorado que no sabía que lo estaba. Lo que hay que hacer por los hombretones necios.

Y esas palabras elegidas, esas palabras que contendrían su corazón y me lo entregarían en bandeja de plata...

“Tengo tu cartera... tengo tu cartera... (Tienes que leerlo con el tono adecuado)

Si quieres recuperar a mis rehenes solo has de recordar...

Me gusta cenar en italianos.

Te dejo la prueba.

Un besito.”

Corrí, corrí como una liebre. No me importaban mis pies ni algún que otro tropiezo, solo llegar a la seguridad de mi habitación.

Paso nº 1. Esconder la prueba del delito. ¿Lugar escogido? Dudaba mucho que se le ocurriera algo tan maligno.

Paso nº2. (Mierda, alguien golpeaba la puerta como un loco). Ni siquiera me había dado tiempo de quitarme el vestido. Creía, quizás ingenuamente, que cuanto más carne estuviera expuesta menor sería la regañina. Ahora que lo pienso, debió haber subido las escaleras de tres en tres para llegar tan pronto.

Y ahí fue cuando los nervios hicieron grrrrrr en mi estómago. No cuando le metía mano, no cuando le sustraía, quizás ilegalmente, la cartera. No, los nervios llegaban al saberme a solas con él, al temer que todo lo que había hecho caía en saco roto, al sentir como la esperanza era absorbida por las dudas.

Di dos saltitos hacia la puerta y apoyé las palmas en ella. Quería postergar lo máximo posible aquel momento, pero la puerta seguía temblando entre mis dedos. No tenía miedo de él, algo absurdo teniendo en cuenta que no lo conocía.

—¿Quién es...? —Ni que no lo supiera, ahí gané otro segundo más.

—No teagas la tonta y ábreme ahora mismo. ¡Estás loca!

—Eso ya lo has dicho, empiezas a repetirte...—repliqué desde la seguridad de mi alcoba.

—¡Abre ahora mismo si no quieres que eche la puerta abajo!

—Cierto, y se te daría la mar de bien, ¿verdad? —Pero con cada pregunta que yo le hacía su tono se suavizaba un poco más.

—¿Cómo has conseguido quitármela sin que me diera cuenta? ¿Acaso tienes experiencia?

Ante aquella acusación encubierta mi mano accionó el picaporte con vida propia y nos vimos frente a frente. Aquella forma de tensarse, cual león antes de saltar sobre su presa, sus músculos, aquella vena traviesa encima de su frente... Estaba para comérselo.

—Pobrecito, ¿Qué te ocurre realmente? ¿He herido tu ego? —Coloqué mis manos en la cintura y fruncí el entrecejo—. He de decir que ha sido realmente sencillo, parecías perdido en los mundos de yupi, casi agradecido de las atenciones de una loca. Seguramente preferías que hubiéramos terminado de otra manera. ¿Se trata de eso? Normalmente te diría que sí sin pensar, no obstante, creo que ya he dejado claros mis términos. —Me moví ligeramente permitiéndole acceder al interior de mi habitación.

—Si yo quisiera no me dirías que no. —Parecía convencido de ello.

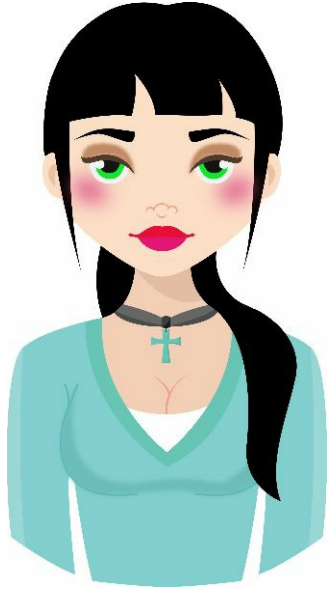
—Ooooh, jajaja, te puedo asegurar que te diría que no, porque ya quiero decir que sí y sigo diciendo que no, por lo cual, si tuviera que decir que sí no necesitaría que tu...—Me pasé las manos por el pelo, frustrada—. Da igual, I —T —A —L —I —A —N —O, si quieres volver a verla de una sola pieza. Cuando cojo las tijeras...Dejémoslo en que se me dan muy bien las manualidades. Como ya habrás comprobado. —Le guiñé un ojo.

Él abría la boca como si quisiera decir algo, yo, con suavidad, lo iba guiando de nuevo a la salida.

—Pero...

—Mañana estoy libre —dije yo—. Traje, no es necesaria corbata, llega puntual, sobre las 9. —Me toqué la frente como si se me olvidara algo importante. Me acerqué a su oreja como si fuera a contarle un gran secreto. Coloqué la mano...— Hasta la tercera cita no hay sexo —susurré. Y le cerré la puerta con una sonrisa en la cara.

Epílogo



Kat

“Descubrí que lo amaba al tiempo que lo cataba.”

Cinco meses después

Hay mucho que contar en poco tiempo, nuestras vidas han dado un giro radical. De ser cuatro solteras con muchas ganas de juerga hemos pasado a ser mujeres responsables, con pareja y muchas ganas de juerga.

Dado que las otras están muy ocupadas, sacándole brillo a los aparatos masculinos (o femenino) de sus queridos, he decidido que era mi deber contaros como ha terminado la fantástica historia de amor.

Empezaré con Kaia, mi traidora particular. Se ha aliado con el enemigo, más bien enemiga. Cuando creía que siempre seríamos como hermanas, nunca pensé que acabaríamos realmente en la misma familia. No sé lo que le está haciendo a Marta, he de confesar que tengo curiosidad por las artes amatorias (u oscuras) que ha usado para amansarla de esa manera, parece una gatita en comparación con la fiera a la que estábamos acostumbrados. Pero mi Kaia no se conforma con eso, también se ha agenciado al maromo, ese hombre de ojos dorados que la mira con admiración, tan sumiso él, creo que cada uno ha aceptado perfectamente su papel en una relación poliamorosa.

Espero que si se casan me dejen ser dama de honor.

Si sigo con Ari, tendré que confesar la que más necesitaba un buen tío en su vida. Ella había sido engañada de la peor manera, cuando nos enteramos de todos los detalles tuvimos ganas de rebanarle las pelotas al cabrón, sin embargo, ahora está embarazada de tres meses y felizmente prometida. Otros dirían que va muy rápido en su relación, yo los he visto juntos y sé que serán muy felices.

Aquél poli ha sabido encerrar sus miedos y esposar sus dudas para dejar solamente la Ari que todos sabíamos que estaba ahí.

Finalmente nos queda Eli, jamás pensé que fuera la más cruel de las 4. ¿Por qué lo digo? Porque trae a Lander por el camino de la amargura, pero empiezo a creer que el pobre es masoquista y le gusta que lo pongan firme. Creo que a Eli le está gustando eso de ser cortejada y es posible que mantenga al pobre Lander en la recámara varios meses más.

Lander nunca debió decir que estaba loca, aunque yo espero que acabe diciéndole que sí.

¿No os he dicho lo que he hecho yo? ¿Os acordáis de la fastidiosa de la prima? Digamos que ya no tiene cejas, su estilista tiene 100 euros más en el bolsillo y la comida familiar fue la caña. Ah, y también estoy embarazada.

Un beso...

Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A_R_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCID

Os espero...